

Alice Kellen

A woman with dark hair styled in an updo, wearing a light pink dress with a lace collar and a green hair clip with red flowers. She is seen from behind, looking towards the right. The background is a light-colored wall with a subtle floral pattern.

El chico que
dibujaba
constelaciones

El chico que dibujaba
constelaciones

Alice Kellen

Copyright © 2018 Alice Kellen

Título original, «El chico que dibujaba constelaciones»

All rights reserved.

Todos los derechos están reservados, incluida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso de su autora, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los derechos de la imagen de la cubierta pertenecen a Shutterstock.

Índice «El chico que dibujaba constelaciones».

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[Un amanecer de invierno](#)

[El chico que dibujaba constelaciones](#)

[Agradecimientos](#)

Canciones que aparecen

Cuéntame – Fórmula V

Chica Ye Ye – Concha Velasco

Black Is Black – Los Bravos

Mi gran noche – Raphael

Te quiero, te quiero – Nino Bravo

The Wind – Cat Stevens

Enamorado de la moda juvenil – Radio Futura

Chica de ayer – Nacha Pop

Forever And Ever – Demis Roussos

*A mis abuelos,
que inspiraron esta historia.
A ella, que todavía sigue conmigo.
A él, que ya no está, aunque lo siento cerca.
Por ser parte del cambio. Por los recuerdos bonitos.*

«El día de hoy no se volverá a repetir. Vive intensamente cada instante, lo que no significa alocadamente; sino mimando cada situación, escuchando a cada compañero, intentando realizar cada sueño positivo, buscando el éxito del otro; y examinándote de la asignatura fundamental: el amor. Para que un día no lamente haber malgastado egoístamente tu capacidad de amar y dar vida».

El club de los poetas muertos.

Biguellos maravillosos
sesenta

1

Recuerdo como si fuese ayer la primera vez que te vi.

Tuve la sensación de que un imán me obligaba a mantener los ojos sobre ti y de inmediato se me calentaron las mejillas. Inquieta, apresuré el paso mientras abrazaba la bolsa de ganchillo en la que llevaba una barra de pan aún caliente.

Respiré hondo cuando te dejé atrás, todavía con el pulso acelerado. No supe qué fue lo que despertó esas sensaciones. Evidentemente tú, claro. Pero me dije que tenía que deberse a algo más. Algo como la despreocupación de tu postura, recostado como estabas sobre la fachada de aquel edificio al lado de dos amigos. O por tu cabello rebelde y oscuro, cuando estaba acostumbrada a ver a mis hermanos mayores siempre con el pelo perfectamente engominado y la raya al lado. O por la manera en la que sujetabas aquel cigarrillo mientras seguías mis pasos con la mirada.

Y tu voz. Sí, esa que escuché después detrás de mí.

—¿Necesitas ayuda? —No contesté. Estaba demasiado nerviosa. Apresuré el paso y tú me seguiste, caminando a mi lado. Vi cómo tirabas el cigarro al suelo antes de meterte las manos en los bolsillos—. ¿Vives lejos de aquí? —Más silencio—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—No. Y gracias, pero creo que puedo sola con el pan.

Entonces contemplé por primera vez esa sonrisa tuya que me acompañaría durante el resto de mi vida. Era casi tímida pero cargada de intenciones. Peligrosa. Y, al mismo tiempo, reconfortante. Tanto que, cuando quise darme cuenta, llevaba mirándote fijamente más tiempo de lo normal. Por eso choqué con aquella señora malhumorada.

—¡Por todos los santos! —exclamó indignada—. ¡Mira por dónde vas, chiquilla! Estos jóvenes de hoy en día ya no saben ni cómo debe uno caminar por la acera.

Me echó una última mirada cargada de irritación antes de alejarse caminando con la cabeza en alto y aires de grandeza. Hasta ese momento no fui consciente de que tú me sujetabas del brazo y de que el pan se me había caído en un charco. Ahogué un gemido.

—Tengo... tengo que llevárselo a la señora...

—No te preocupes. Compraremos otro.

—No, no. —Empecé a ponerme nerviosa—. Tiene que ser de esa panadería y estaba a punto de cerrar cuando me marché, así que...

—¿Por qué solo de esa panadería? —preguntaste.

—Porque dice que es el mejor de la ciudad.

Sonreíste otra vez. Cerrabas los ojos cuando lo hacías. Me fijé entonces en que eran oscuros como una noche sin estrellas, pero intensos, abrasadores.

—Ven conmigo, te prometo que conozco un sitio en el que hacen un pan mejor.

—Yo... no puedo. Llegaré tarde. Y ni siquiera te conozco.

—Me llamo Gabriel.

—Pero...

—Ahora es cuando tú me dices tu nombre.

—Es que... tengo que irme...

Noté que dudabas. Y luego un Citroën DS pasó por la calzada y te quedaste mirándolo como todos hacíamos por esa época cada vez que un coche así aparecía. Pero no te mostraste anhelante contemplando las ruedas que giraban conforme se alejaba, sino tan solo pensativo.

—Está bien, hagamos un trato. Voy a conseguirte una barra de pan del mejor sitio que conozco y tú me esperarás aquí mientras tanto. Cuando regrese, me dirás cómo te llamas.

Estaba tan nerviosa que no me salía la voz, pero asentí con la cabeza y después me quedé allí quieta mientras te alejabas. Quizá no sabías que no estaba acostumbrada a hablar con hombres como tú, porque a pesar de que aparentabas poco más de veinte años tenías los rasgos duros y marcados, y una seguridad que me costaba enfrentar de buenas a primeras.

Pero te esperé. No sé durante cuánto tiempo. Diez, quizá quince minutos. Esperé a pesar de que sabía que la señora Gómez se enfadaría si llegaba tarde. Pensé que aquel pequeño riesgo valía la pena. Sonaba ridículo, pero fuiste el percance más inesperado de mi vida en meses. Tenía una rutina tan marcada que pocas veces me enfrentaba a imprevistos.

Me levantaba temprano, antes de que saliese el sol. Desayunaba pan con mermelada casera y leche que mi hermano solía traer el día anterior. Luego me marchaba a casa de la señora Gómez y llevaba a su hijo al colegio. Por suerte, Marcos era un niño encantador y de carácter tranquilo, nada que ver con su madre. Durante el resto de la mañana limpiaba aquella enorme casa, preparaba la comida y salía a comprar el pan del día y, si faltaba, algo más. Después regresaba, servía el plato caliente que había hecho y terminaba las tareas hasta que llegaba la hora de recoger de nuevo a Marcos. Al caer la tarde, dos días a la semana, seguía asistiendo al colegio para adultos. El resto del tiempo ayudaba a mi madre en casa y, el domingo, si la semana había sido buena y me sobraba algo de dinero, salía con mis amigas a pasear por el centro de Valencia y comprábamos castañas asadas, maíz recién hecho o esos caramelos de nata que tanto me gustaban. Eran sin duda los mejores momentos que podía recordar.

Hasta que tú apareciste, porque entonces todo cambió.

Llegaste cuando ya casi había decidido marcharme. Giraste la esquina y volviste a sonreírme antes de alzar en alto la bolsa de papel con la barra de pan. Los nervios regresaron con tu presencia. Notaba los dedos como entumecidos mientras intentaba abrir el monedero y no era por el frío. Negaste con la cabeza y me obligaste a coger el pan.

—No me debes nada.

—Pero... debería...

—Insisto —susurraste.

—Muchas gracias.

Como no sabía qué más decir o hacer, me di la vuelta como una tonta y eché a caminar hacia la casa de la señora Gómez. Escuché tus pasos apresurados detrás de mí.

—¡Oye! ¿A dónde crees que vas?

—Trabajo ahí. —Señalé el edificio rojo.

—No está de más saberlo. —Sonreíste. Siempre parecías estar haciéndolo. Inspiraste hondo dando un paso hacia mí, y yo sentí que el aire a nuestro alrededor se cargaba de tensión—. Tu nombre. Una promesa es una promesa.

Así que era eso...

Respiré aliviada.

—Valentina.

—Me gusta. Valentina...

En tus labios sonó diferente. Como cascabeles agitándose. O miel derramándose. Jamás hubo nadie que pronunciase mi nombre como tú lo hacías, con esa delicadeza y fuerza a la vez. Aquel día memoricé el sonido, lo guardé entre nuestros primeros recuerdos.

Farfullé un rápido «tengo que irme ya» y desaparecí dentro del portal. Subir las escaleras no tuvo nada que ver con lo rápido que me latía el

corazón. Mientras servía en los platos el guiso de aquel día y cortaba la barra de pan en rebanadas, recordé tus ojos negros, cada gesto y palabra que habíamos compartido, el estremecimiento que despertaste...

Estaba tan absorta que casi tropecé al entrar al salón, pero logré mantener el equilibrio en el último momento y dejar el plato delante del señor Gómez. Hice un segundo viaje para servirla a ella y llevar la jarra con el zumo de naranja y el pan. Después me senté en la mesa que había en la cocina y comí un poco de lo que había sobrado, aún con aire distraído, pensando en ti, preguntándome por qué me habías impactado tanto cuando tan solo eras otro desconocido más; uno que, probablemente, no volvería a ver.

—¡Valentina! ¿Puedes venir un momento?

Me levanté y me limpié las manos en un trapo antes de ir al salón. La señora Gómez tenía una rebanada de pan en la mano y la miraba con el ceño fruncido.

—¿Necesita algo más? —pregunté.

—Este no es el pan de siempre.

—No. Es que... —dudé, nerviosa.

—No muerdo, chiquilla —gruñó ella.

—Llegué tarde. Había cerrado —mentí.

—¿Y dónde has comprado este?

—En otro sitio que está cerca.

Miró a su marido, que seguía absorto leyendo el periódico con aire distraído, y luego volvió a fijar su astuta mirada en mí. Me estremecí en respuesta. Pensé que me despediría. Pensé que me diría que no volviese al día siguiente y temblé solo de imaginar el momento en el que tendría que dar la noticia en casa, cuando no nos sobraba ni una peseta y mi padre era un hombre de paciencia limitada.

—Quiero que vuelvas a comprarlo mañana.

—¿Este... este pan? —balbuceé incrédula.

—Sí. Eso es todo. Ya puedes irte.

Me giré y salí de allí a paso apresurado, aliviada y preocupada a la vez. Aliviada porque al parecer le había gustado el cambio y no iba a despedirme. Y preocupada porque solo tú sabías dónde vendían ese pan y, o bien tenía la suerte de tropezarme de nuevo contigo, o bien debería prepararme para recorrer todas las panaderías del centro en busca del dichoso pan.

De cualquier modo, ese día mi rutina se rompió.

Los cambios pequeños pueden ser significativos.

Y más cuando ese cambio fuiste tú, Gabriel.

2

Ahí estabas de nuevo, apoyado en la misma pared de aquel edificio donde te había visto por primera vez el día anterior. En esta ocasión te encontrabas solo y también llevabas un cigarrillo en la mano, pero lo tiraste en cuanto pasé por tu lado y me seguiste calle abajo.

—Valentina, Valentina... —murmuraste bajito.

Te miré. Reprimí una sonrisa. La tuya se acentuó.

—Necesito que me hagas un favor —dije.

—Vale. ¿Y qué me darás a cambio?

Fruncí el ceño y eso te hizo gracia.

Tenías luz en la mirada. Se te marcaban los hoyuelos en las mejillas cuando curvabas los labios. Y, al mismo tiempo, parecías misterioso e inteligente. O quizá era cosa mía, que quería verte así, porque recuerdo que pensaba que nunca había conocido a un hombre más guapo que tú, con ese aire rebelde y calmado a la vez. Ni siquiera entendía por qué parecías interesado en mí.

—No sabía que tuviese que devolverte el favor.

—Todo tiene un precio, Valentina.

Frené delante de la puerta del Mercado Central. Ya desde el exterior se distinguían las voces de los vendedores, el olor a pescado y a fruta fresca de primera calidad.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres?

—Una cita. —Me observaste con atención.

—Yo... —Inspiré hondo—. No sé si... No puedo.

—¿Por qué no? ¿Estás casada? —Te falló la voz.

—No, pero no tengo tiempo para tener citas.

—¿Acaso no libras ningún día?

—Los sábados por la tarde. Y los domingos.

—Vale, el domingo me va bien.

—Pero esa no es... no es la cuestión... —titubeé, con el corazón en la garganta. Incapaz de sostenerte la mirada, la fijé en la bolsa de tela que llevaba colgada del brazo—. Ni siquiera te conozco. No sé nada de ti. Y no puedo permitirme *distacciones*...

—Distracciones —me corregiste.

—Eso. —Estaba avergonzada.

—Pregúntame lo que quieras.

—No entiendo qué pretendes...

—Has dicho que no me conocías y tienes razón.

—Pero no sé... no sabría por dónde empezar.

Me reí, porque la situación era tan surrealista que empezó a parecerme divertida. Tú siempre conseguías eso, que todos los momentos se llenasen de risas. Quizá fue la determinación que encontré en tus ojos o que, en el fondo, a mí también me apetecía averiguar qué significaba ese cosquilleo que sentía cada vez que estabas cerca.

—¿En qué trabajas? —Las palabras escaparon en voz baja.

—¿Eso es lo que más te interesa saber sobre mí? —Alzaste una ceja y negaste con la cabeza, como si supieses que mentía. Y tenías razón. Porque lo que de verdad deseaba saber sobre ti eran otras muchas cosas, como si te gustarían las cerezas maduras o la sensación de la arena cálida de la playa contra la piel, si eras de los que cantabas en voz alta sin avergonzarte o si te asomabas al anochecer a tu ventana y mirabas las estrellas—. Trabajo en el taller de tapicería de mi padre, aunque sigo estudiando, pero esa es una larga historia...

—Yo también estudio. Aunque es algo básico.

—¿Qué quieres decir con eso? —Casi de forma natural, tú retomaste el paso y entraste en el mercado, así que te seguí mientras pensaba en la mejor manera de decirlo.

—Viví y crecí en una casa de campo a las afueras de la ciudad hasta que nos marchamos hace unos años. No fui mucho a la escuela cuando era pequeña, estaba lejos y además tenía que ayudar con los animales y las tareas del día. Pero al mudarnos a la ciudad convencí a mi padre para que me dejase ir a clases nocturnas después del trabajo.

—¿Qué te enseñan en esas clases?

—Matemáticas. A leer y a escribir. En realidad, ya sabía hacerlo, pero era muy lenta y ahora cada vez voy cogiendo más... más...

—Práctica —dijiste sonriéndome.

—Sí. ¿Qué estudias tú?

—Filosofía y Letras. Entonces, ¿nos veremos el domingo?

Sonreí antes de apartar la mirada de ti y centrarla en un puesto de fruta. Recordé que la señora Gómez me había pedido que comprase naranjas, y las que había al lado de las manzanas tenían un aspecto estupendo. Cogí también mandarinas para el pequeño Marcos, que prefería comerse los gajos poco a poco a la hora de la merienda.

Cuando terminé de pagar, retomé el paso.

—Me estás haciendo sufrir, Valentina.

—No pretendo eso. Es solo que... no lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes? Sé clara conmigo.

Respiré hondo y dejé de caminar. Te miré a los ojos.

—No entiendo por qué quieres salir conmigo.

—Ya. Así que eres una de esas personas que necesitan una explicación lógica y detallada para todo, ¿verdad? De las que nunca se lanzan al vacío sin pensar. Vale. Entonces te diré que quiero salir contigo porque me gustas.

Y antes de que tú respondas que no te conozco, me adelantaré y te aclararé que esa es precisamente la razón por la que quiero que pasemos juntos el domingo por la tarde. Si aún tienes dudas sobre qué es lo que me hizo fijarme en ti el otro día cuando te vi en esa calle, bueno, no lo sé, y eso es lo mejor de todo, la parte del iceberg que se esconde bajo el agua, lo que no puedes ver ni aunque lo tengas delante de tus narices. No puedo darte una respuesta que aún no tengo, solo sé que me encanta tu mirada desconfiada, que parezcas pensar cada palabra antes de atreverte a decirla, que ahora mismo estés interrogándome antes de aceptar salir conmigo...

Tu tono de voz me calentó por dentro hasta el punto de que, por un segundo, olvidé que estábamos en medio de un mercado, acompañados por gritos, por el olor a comida fresca y personas que se movían con prisa a nuestro alrededor.

—Quizá podría salir contigo, sí...

—Me gusta cómo suena eso. —Tus labios se curvaron. Ese es el gesto que mejor recuerdo de aquel día, cómo dibujaron una media luna en tu rostro.

—... porque tengo que averiguar de dónde es el pan.

—Eso le ha dolido a mi orgullo —bromeaste.

3

Le hablé a mi madre sobre ti, pero no le dije nada a mi padre ni a mis hermanos. El domingo por la tarde ella me ayudó a arreglarme, me recogió el pelo y me animó a rizarme las pestañas y a ponerme polvos en las mejillas. Aunque en otras partes del mundo la moda *hippy* había despuntado en los sesenta, en España seguíamos anclados en un estilo de vida más clásico y conservador. Como el vestido que me puse, el mejor que tenía, uno de cintura estrecha, tela de color amarillo pálido y falda plisada.

Me miré en el espejo y sonreí.

—Estás preciosa, Valentina —me dijo mi madre.

—Gracias por la ayuda. Prometo llegar temprano.

—Eso espero. Le he dicho a tu padre que salías con tus amigas, así que no te retrases.

Le aseguré otra vez que cumpliría con el toque de queda y me marché. Había quedado contigo en la calle donde nos encontramos por primera vez, cuando te vi fumando junto a esos chicos que te acompañaban. Al girar la esquina, vi que ya estabas allí, esperándome. Por primera vez, también parecías estar nervioso y me alivió pensar que no era la única que se sentía así. Nos miramos como dos tontos durante unos segundos eternos antes de comenzar a caminar juntos hacia una zona más transitada de la ciudad.

—¿A dónde vamos? —pregunté insegura.

—No tenemos mucho tiempo si tienes que estar en casa dentro de una hora y media, pero he pensado que podríamos ir a tomar un helado a un sitio que conozco. O cualquier otra cosa que te apetezca —añadiste rápidamente—. ¿Tenías algún plan en mente...?

—No, qué va. Solo era curiosidad. —Te sonreí.

Nos internamos entre unas calles más estrechas. En algunos barrios, como por el que caminábamos, había casas que tenían televisor y dejaban las puertas abiertas para que los niños pudiesen reunirse fuera y verla un rato. Esquivamos una peonza cuando pasamos al lado de un grupo de críos y me sujetaste de la cintura cuando estuve a punto de tropezar. ¿Qué puedo decir, Gabriel? Creo que, en ese instante, cuando alcé la vista y nos miramos en silencio y nerviosos, ajenos a las voces de los chiquillos, supe que iba a enamorarme de ti. O quizá fue antes, en cuanto te vi por primera vez. O día a día, conforme fuiste demostrándome con hechos y certezas que eres el mejor hombre que he conocido nunca.

Llegamos poco después a la heladería.

—Eres de chocolate, lo sé —dijiste.

—Tú tienes pinta de nata —contesté.

—Chica lista. Espera aquí un momento.

Me quedé sentada mientras te acercabas al mostrador y pedías. Me froté las manos bajo la mesa, todavía nerviosa. No podía dejar de mirarte. Tiempo después llegué a pensar que fue cosa de magia. Que, aquel día, cuando pasé por tu lado en esa calle, alguien nos lanzó un hilo invisible que nos conectó a los dos y nos mantuvo sujetos con fuerza.

Porque me despertabas la piel, Gabriel.

Fuiste eso, un despertar en todos los sentidos.

—Chocolate para la más bonita de la ciudad. —Me ofreciste el helado—.

Nata para el más afortunado del día —añadiste con una sonrisa traviesa antes de probarlo de un bocado.

En la radio que estaba en el mostrador sonaba *Cuéntame*, de Fórmula V.

—Está delicioso —susurré.

—Es la mejor heladería.

—Eso me recuerda que aún tienes que decirme donde compraste el pan del otro día.

—Puedo hacer algo mejor y acompañarte el lunes.

—De acuerdo. —Saboreé el chocolate, aunque casi parecía que te saboreaba a ti al no quitarte los ojos de encima. Vi cómo arqueabas las cejas, divertido—. Solo... me fijaba en el suéter. Es como el que lleva a veces Paul McCartney. —Era tan negro como tus ojos y de cuello alto, porque al caer la tarde refrescaba. Te daba un aire intelectual.

—No negaré que me gustan Los Beatles.

—A mí también. ¿Por qué estudias literatura?

—Porque también me gustan los libros. Y, si he de ser sincero, porque sé que eso hace que mi padre esté orgulloso de mí. Cualquiera otro querría que me limitase a aprender el oficio y heredase el taller de tapicería, pero él... es un hombre especial.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mi madre murió.

—Lo siento... Gabriel...

—Fue hace mucho. La cuestión es que mi padre ha sufrido, pero aun así sigue siendo la persona más increíble que conozco. Y me esfuerzo cada día por parecerme un poco más a él. Si dependiese de mí, me encargaría del taller sin rechistar. Se me da bien. Es fácil cuando llevas toda la vida allí dentro. Pero él quiere que sea alguien mejor, alguien más importante, ¿lo entiendes? Así que lo haré. Terminaré de estudiar. Voy un poco más lento que el resto porque no podemos prescindir de toda mi ayuda en el taller.

Me encandilaba eso de ti, que hablastes tanto. Siempre tenías algo que decir, siempre tenías una palabra de más rondando por tu cabeza. Intentaba cazarlas, escucharlas y quedármelas para siempre a buen recaudo. Aprenderte.

—¿Cómo... cómo puedes permitirte...?

—Esa es otra larga historia. Pero, en resumen, mi padre conoce a un profesor importante de la Universidad de Valencia, un hombre con muchos contactos. Le salvó la vida hace años cuando los grises le dieron una paliza y se lo llevó a casa, donde le curó las heridas y dejó que se recuperase. Así que, desde entonces, Martínez se siente en deuda con él; aunque, en el fondo, simplemente se hicieron tan amigos que se convirtieron en familia. Paga mis estudios y el material, me consiguió un carné de la biblioteca y suele echarme una mano.

—Es bonito cómo hablas de tu padre.

—¿Qué hay del tuyo? —preguntaste.

Apoyaste un brazo en el respaldo de tu silla.

—Es... es un buen hombre... —titubeé.

Frunciste el ceño y ladeaste la cabeza.

—Valentina, ¿estás mintiéndome?

—No, no quería... —Inspiré hondo. Hubo algo en tu expresión que me dijo que, si no era sincera contigo, te alejarías. Querías verme de verdad, con las partes buenas y las malas, como tú mismo te habías mostrado ante mí—. Es egoísta, aunque a veces puedo entenderlo. Quiere que trabaje hasta que me case porque necesitamos el dinero en casa, por eso me costó convencerlo para apuntarme a esas clases nocturnas, pero mi madre... ella me entiende.

—¿Te gusta leer? —Asentí con la cabeza—. Puedo enseñarte. Más de lo que ya sabes, quiero decir. El próximo día traeré un libro.

Lamí la cucharilla. Tú me miraste los labios.

Empezó a sonar *Chica ye-ye* y sonreí.

—Me encanta esta canción —susurré.

Te inclinaste, con los codos sobre la mesa.

—Será porque eres parte de la revolución. ¿Sabes lo que significa eso, Valentina? «Con el pelo alborotado y las medias de color...». La música pop será un concepto, una forma de ser, de vestir, un cambio social. ¿Has usado alguna vez minifalda? —Negué con la cabeza y sentí que se me encendían las mejillas. Tú te reíste—. ¿Y has ido a algún guateque? —Volví a negar, sin ser consciente de que, poco a poco, tú abrirías las grietas de mi mundo.

4

Cada día intentabas escaparte del taller a la hora del almuerzo para coincidir conmigo cuando iba a comprar. Nos encontrábamos a medio camino y hablábamos de todo y de nada, sobre todo tú. Al principio, a mí me daba vergüenza contarte cosas, porque pensaba que no eran interesantes, no tanto como lo que tú decías; esa revolución sobre la que te encantaba fantasear, esa manera que tenías de hablar de conceptos con los que yo apenas empezaba a soñar, como la libertad o la diversión. Me fascinaba tu mente, el tono ronco de tu voz y los horizontes que dibujabas y abrías cada día a mi alrededor...

Pero me daba miedo aferrarme a ello.

Pensaba que en algún momento te cansarías de mí. ¿Qué pintaba una chica tan simple como yo en tu vida?, ¿qué podía ofrecerte? La mayor parte del tiempo permanecía en silencio, intentando asimilar todo lo que me decías. Y tus ojos... brillaban cuando me miraban, aunque no lo entendía, y eso me mantenía alerta.

—Así que iremos este domingo a un guateque —anunciaste después de una larga conversación sobre música. Suspiré hondo y me crucé de brazos.

—No es posible. Lo siento.

—¿Por qué no? —Me seguiste.

—Porque... no puedo salir contigo...

—Salimos hace dos domingos.

—Por eso mismo —expliqué.

—Estamos hablando ahora.

—Es algo casual, fortuito.

—Valentina, Valentina...

Me sujetaste del codo y contuve la respiración. Recé para que te compadecieses de mí, porque sabía que no tenía nada que hacer ante esa sonrisa tuya. Inclínaste la cabeza, mirándome como si estuvieses intentando desentrañar algún tipo de acertijo.

—Cuéntame qué ha cambiado.

—Pasamos demasiado tiempo juntos.

—¿Y eso es malo? Yo creo que no.

—Podría dar a entender cosas que no son.

Tenía el corazón en la garganta. Tú te limitaste a sonreír. Seguías sujetándome del codo y no sé en qué momento habías dado un paso hacia mí, pero de repente sentí que estábamos muy cerca, demasiado cerca. Nadie en la calle parecía prestarnos atención, pero a mí me sudaban las manos y tenía la garganta seca. Lo notaste, sé que lo notaste.

—¿De qué cosas estamos hablando, Valentina?

—Ya lo sabes. De ti. Y de mí. Sobre nosotros.

—¿Eso sería algo malo? —Alzaste una ceja.

Tragué saliva, insegura. Sacudí la cabeza.

—Depende de qué sea lo que quieres.

—Quiero salir contigo. —No vacilaste.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

Había oído hablar a mis amigas sobre chicos que se divertían con jóvenes con poca experiencia que caían deslumbradas ante el primer halago, para, después, terminar rompiéndoles el corazón tras unos meses de diversión y casándose con alguna chica de su entorno, de esas que a veces te miraban por encima del hombro al pasar por la calle.

—Eso es lo mejor de todo, que no lo sabes, así que es una elección tuya y puedes hacer lo que quieras, Valentina, arriesgarte o no. ¿No te gusta la idea de poder decidir? Que dependa solo de ti.

Tomé aliento. Tenías razón, como siempre.

No había ninguna bola mágica en la que pudiese ver el futuro, si me estaba equivocando contigo o si valía la pena dar un paso al frente y dejar atrás los barrotes tras los que veía pasar mi vida, una en la que apenas tomaba esas elecciones de las que a ti tanto te gustaba hablar.

—Supongo que podría escaparme un rato...

5

Días más tarde, mientras caminábamos hacia allí, me contaste que la casa en la que se celebraba el guateque era de un conocido de unos amigos con el que habías coincidido solo un par de veces, pero, al parecer, la gracia de aquello era precisamente eso, poder reunirse en un lugar, bailar, comer y hablar para conocer gente. Lo entendí en cuanto traspasamos el umbral de la puerta y el sonido de la música llegó hasta mí desde el otro lado de la estancia. Saludaste a un par de chicos antes de que el anfitrión nos preguntase si queríamos beber un refresco. Nos lo terminamos casi sin hablar, tan solo apoyados en una pared algo alejada del resto y mirándonos por encima del vaso. Cuando sonó *Black Is Black*, tú me cogiste de la mano sin dudar y empezamos a movernos al ritmo de la música.

Llevaba el mismo vestido de color amarillo pálido que había usado el primer domingo y algunas chicas que estaban reunidas más allá en un grupito parecían cuchichear sobre nosotros mientras te miraban con descaro, pero pronto todo eso dejó de importarme. Porque cuando nuestros ojos se encontraban no había nada más. Comencé a relajarme. Y a sonreír. Bailamos hasta cansarnos y nos marchamos un poco antes de mi toque de queda.

El viento de la calle era húmedo pero agradable.

Tú te encendiste un cigarro. Me pediste que nos sentásemos un momento cuando pasamos por una pequeña plaza y te sacaste un libro del bolsillo interior de la chaqueta. Estaba gastado, casi doblado, con las hojas amarillentas y la cubierta cuarteada. Me lo diste.

—¿Lo conoces? —Expulsaste el humo.

Era de un tal Jack London. Negué con la cabeza.

—Quédatelo. Te gustará. —Te sentaste a mi lado.

—Tardaría años en terminármelo —murmuré mientras lo abría y pasaba las páginas. Me di cuenta de que dentro había anotaciones y deduje que esa caligrafía curvada y bonita era tuya. Te envidié por un momento, porque mi letra era terrible, propia de un niño.

—Entonces podríamos leerlo juntos, quizá.

—¿Lo dices en serio? —Te miré ilusionada.

—Claro. Lo llevaré siempre encima, cada vez que te vea. Y no solo este. —Te dejaste el cigarro en los labios y me quitaste el libro de las manos—. Leeremos más. Todos los que tú quieras. Bastará con unas pocas páginas al día al encontrarnos de camino al mercado...

Tragué saliva, con las manos en el regazo. Alcé la barbilla hacia ti y te quedaste callado, pero tus ojos descendieron hasta posarse en mis labios. Tiraste el cigarro.

—¿Por qué haces todo esto por mí? —te pregunté.

—Es evidente, ¿no? Voy a casarme contigo, Valentina.

Me eché a reír, aunque el corazón me latía tan rápido que pensé que tú también podrías oírlo. Pero luego, tras los nervios, fruncí el ceño y me puse seria. No entendía cómo podías ser así, tan... directo, tan... todo. Tampoco entendía el miedo que me dabas. La inseguridad. Lo que sabía que no habría sentido si el chico que me hubiese pedido salir fuese el vecino de enfrente de mi casa, ese con el que mi padre decía que haría buena pareja y que a mí me parecía soporífero porque solo sabía hablar de caza, de los conejos que conseguía cada fin de semana que iban al campo, y a mí no podría haberme interesado menos.

—No te burles de mí —susurré bajito.

—No me rompas tú a mí el corazón.

Y mientras tu voz aún me envolvía, me sujetaste la barbilla con los dedos, te inclinaste y tus labios rozaron los míos. Cerré los ojos, temblando. «Gabriel», tu nombre se deslizó por mi piel como si buscara quedarse grabado en cada línea y cada lunar, pero no lo dije en voz alta, porque en esos momentos solo podía pensar en la calidez de tu boca sobre la mía, en que aquel beso era como encender una cerilla que prende con fuerza, de golpe. No sabía qué hacer con las manos, no conseguía moverme, pero sí entendí lo que me hacías sentir; esa calidez que trepaba por mi tripa y quemaba cada vez más, hasta que te apartaste despacio y te quedaste mirándome, esperando a que abriera los ojos. Tenía la respiración agitada.

Nos sonreímos bajo la luna llena de aquella noche.

6

Cumpliste tu palabra. Intentábamos vernos a diario, si no era cuando iba a comprar por la mañana, coincidíamos al atardecer tras recoger a Marcos del colegio y llevarlo a casa de los Gómez. Cada vez el paseo se alargaba un poco más, cada vez leíamos más páginas de aquel libro. Los domingos aprovechábamos el tiempo libre para ir a alguna sesión doble de cine, cogernos de la mano y robarnos besos en la última fila. Cuando el calor del verano llegó, cogimos la costumbre de sentarnos a leer al aire libre; tú eras paciente y sabías enseñar mucho mejor que los profesores de las clases nocturnas a las que aún asistía. Seguías la línea con la punta del dedo y sonreías cuando me trababa en alguna palabra, en lugar de resoplar.

Estaba loca por ti, Gabriel.

Me encantaba tu sonrisa traviesa, tus ojos que me recordaban a una noche cerrada y sin estrellas, el timbre profundo de tu voz y acariciarte el pelo con los dedos cuando pasaba una mano tras tu nuca; te lo habías dejado algo más largo de lo que dictaban los cánones sociales y te rozaba las orejas, como si deseases gritarle al mundo que eras diferente. Vaya si lo eras. No te parecías en nada a mis hermanos, ni mucho menos a mi padre. Y tu cabeza estaba llena de ideas increíbles y sueños que empezaba a desear poder cumplir.

Me presentaste a tu padre. Y tenías razón: era un hombre maravilloso, de mirada humilde y carácter amable. Se mostraba tan orgulloso de ti como tú de él, y lo llenó de felicidad saber que estábamos conociéndonos en serio. No como el mío, que no pareció demasiado contento cuando se lo contamos, aunque terminó aceptándolo con el paso de las semanas y gracias a la insistencia de mi madre, a la que encandilaste de inmediato.

Cuando llegó el invierno, ya habías terminado los estudios y Martínez, el amigo de tu padre, te consiguió un trabajo a tiempo parcial en un colegio privado como profesor de literatura. Yo estaba tan contenta que el día que me lo contaste me lancé a tus brazos en medio de la calle, aunque lo cierto era que había dejado de sentir vergüenza por cosas así.

Un mes después, me pediste que nos viésemos una tarde de un jueves cualquiera y, cuando te pregunté a dónde íbamos, te limitaste a negar con la cabeza un par de veces. Parecías meditativo. Solías morderte las uñas cuando algo te preocupaba, así que las llevabas cortas y nada bonitas, aunque hasta ese detalle tonto me gustaba de ti. Igual que tu manera de cogerme de la mano, siempre con esa firmeza que me transmitía tranquilidad. Como aquel día, cuando caminábamos con paso firme por la calle Jesús. Tú frenaste delante de un edificio de cuatro plantas y de color crema, y alzaste la vista hacia arriba.

—¿Te gusta? —preguntaste algo inseguro.

—Sí. No lo sé. ¿Qué hacemos aquí?

Un hombre vestido con un traje de chaqueta nos interrumpió en ese momento y te saludó tras constatar que eras Gabriel Alcañiz, la persona con la que se había citado para reunirse. Lo seguimos dentro del edificio. Tenía un patio interior que daba a un jardín algo salvaje entre dos edificios colindantes y las escaleras por las que ascendíamos eran estrechas y con un pasamanos bonito y de madera oscura.

El tipo sacó unas llaves, abrió la puerta dieciséis de la tercera planta y nos invitó a pasar. Nos enseñó las estancias, que eran luminosas y de techos altos, mientras hablaba de las virtudes de aquel edificio. Cuando nos dejó a solas para que pudiésemos echar un vistazo por nuestra cuenta, te acercaste hasta mí acortando la distancia que nos separaba y me cogiste de la mano.

Nunca te había visto tan nervioso, ni siquiera el día que estuve a punto de negarme a volver a salir contigo por miedo a que solo estuvieses jugando.

—Necesito saber qué opinas de esta casa.

—Gabriel... es muy grande, es demasiado...

—¿Prefieres algo más pequeño? Porque me parecerá bien. Tú solo dime qué es exactamente lo que quieres e intentaré dártelo.

—No podemos pagarlo —dije con un hilo de voz.

—Ya nos arreglaremos, no te preocupes por eso.

—Tú y yo ni siquiera... todavía no...

—Solo dime si te gusta. Es el último que queda en el edificio y no durará mucho. Está en una buena zona y da a dos calles, el comedor es amplio y le da el sol.

—¡Me encanta! Es precioso, pero...

—Eso era todo lo que necesitaba oír.

Me abrazaste y yo me aferré a la calidez de tu cuerpo.

Dos días después, mientras nos perdíamos en una nueva historia sentados en un banco, pasé las páginas del libro y leí en voz alta la nota que encontré escrita por ti. «Cásate conmigo, Valentina». No era una pregunta. Eso me hizo sonreír antes de dejar caer la novela y estrecharte con fuerza. Ninguno de los dos dijo nada. Tan solo nos quedamos en silencio durante lo que pareció una eternidad, escuchando el pío de los pájaros y el sonido de las ramas movidas por el viento. Fue bonito. Fue como respirar hondo con los ojos cerrados.

7

Nos casamos unos meses más tarde. No lo recuerdo todo de aquel día; ya no sé qué comimos después de la corta ceremonia ni a qué conocidos decidimos invitar. Lo que sí recuerdo como si fuese ayer fue tu mirada mientras esperábamos aquel momento, el uno frente al otro, nerviosos y sonriéndonos como niños a punto de empezar una aventura trepidante. Yo me sentía así, llena de energía, de felicidad y de amor. Tú parecías tener ganas de empezar a morderte las uñas allí mismo. Me tembló la mano mientras me colocabas el anillo, uno sencillo con nuestras iniciales grabadas dentro. Y cuando el cura dio por terminada la ceremonia decidiste que era un buen momento para besarme y escandalizar a mis hermanos y a mi padre, aunque, por suerte, ya no había marcha atrás.

«Eras mi marido».

Cuántas veces he saboreado esta frase y todavía sigo sonriendo por el regusto dulce que me deja en los labios, como cuando uno se traga una cucharada de miel caliente.

Similar a nuestra primera noche juntos.

Admito que me daba miedo. Nunca había hablado con mi madre sobre aquello ni tampoco con mis amigas. Temía no saber qué hacer y había oído que era doloroso. Pero cuando llegamos a casa, esa aún vacía a la que ya consideraba más mi hogar que al que acababa de dejar, tú me sonreíste e intentaste tranquilizarme. Me cogiste de las mejillas y me diste un beso suave en los labios, y luego otro, y otro más.

—Prometo que intentaré no hacerte daño.

—Quiero verte —te pedí bajito y avergonzada.

Tu sonrisa se volvió más amplia mientras te quitabas la camisa y la dejabas caer al suelo. Después te acercaste, me pediste que me girase y desabrochaste lentamente todos y cada uno de los pequeños botones blancos del vestido. Dejé de temblar cuando te acercaste más y recosté la espalda en tu pecho mientras tus labios recorrían mi cuello y tus manos se perdían por mi estómago subiendo hasta mis pechos. Contuve el aliento. Nos habíamos acariciado antes, a escondidas, aprovechando cualquier ocasión, pero nunca como aquella vez, cuando sabíamos que teníamos toda la vida por delante para nosotros, empezando por esa primera noche y por los besos que ibas dejando sobre mi piel.

—Valentina... ¿Cómo no iba a enamorarme de ti?

—¿Por qué? —Me di la vuelta y te miré de frente.

—Porque tenías el mundo a tus pies, pero aún no lo sabías. Y quería estar a tu lado cuando empezases a descubrirlo.

Te abracé. Nos mecimos en una canción de silencio mientras nos desnudábamos en la penumbra. Tu mejor traje acabó al lado de mi vestido de encaje, a los pies de la cama. Me besaste por todas partes. Tus manos eran cálidas sobre mi piel fría. Sentir el peso de tu pecho junto al mío hizo que nuestro mundo, aquella pequeña habitación, empezase a girar muy rápido, cada vez más deprisa, más llena de respiraciones entrecortadas y susurros. Pero cuando tu cuerpo encajó con el mío... Gabriel, cuando encajamos por primera vez, sencillamente entendí que éramos dos estrellas perdidas en un firmamento inmenso que se habían encontrado por casualidad.

Te lo dije horas después, con nuestros cuerpos aún entrelazados.

—Me gusta cómo suena eso. —Me acariciaste la mejilla, luego frunciste el ceño y te levantaste—. Espera un momento. —Saliste de la habitación y regresaste con algo en la mano y un cigarro encendido en la boca.

—¿Qué estás haciendo? —Me reí, sujetándome la sábana por encima de los pechos desnudos mientras tú te arrodillabas en la cama y mirabas la pared que había encima del sencillo cabecero forjado. Y entonces lo hiciste. Trazaste un punto oscuro sobre la superficie lisa. Abrí la boca, alucinada—. ¿Te has vuelto loco? ¡La pared es nueva!

—Por eso. Es nuestra pared. Nuestra, Valentina. Podemos hacer con ella lo que queramos. Y eso de las estrellas me ha dado una idea. Deberíamos recordar cada momento.

—Existen los álbumes de fotografías.

—Pero esto será solo para nosotros. Un punto por cada instante importante. Una estrella, una marca que solo tú y yo sepamos descifrar. Será el álbum de nuestras vidas.

Sonreí con la vista clavada en ese punto solitario; el día de nuestra boda, la primera vez que hicimos el amor, tus labios cubriendo los míos unos segundos después, cuando volvimos a caer en la cama y nuestros cuerpos se encontraron entre jadeos y besos eternos.

Aquellos maravillosos

setenta

8

Los primeros meses a tu lado fueron como vivir sobre una nube cómoda y esponjosa. Esa es la primera idea tonta que me viene a la cabeza cuando recuerdo nuestro viaje de luna de miel durante aquel verano a comienzos de los setenta, un tiempo después de la boda. Fuimos a Ibiza y estuvimos seis días recorriendo la isla, perdiéndonos entre calas y rincones increíbles. Tu padre nos había regalado una cámara de fotografías Kodak y tú parecías querer immortalizar cada instante, aunque no pudieses retratar el olor del mar y la sensación de libertad que nos envolvía allí, como si al alejarnos de casa fuésemos dos personas con un pasado en blanco que podían hacer cualquier cosa. Allí me compré mi primer bikini, cuando la sociedad conservadora seguía rechazándolo; no era de los de braga alta, al revés, casi diminuto. Recuerdo la cara que pusiste cuando llegamos a la playa y me animaste a quitarme la ropa. Sonreíste como un niño antes de cogerme en brazos y correr hasta el agua cristalina ignorando las miradas de aquellos que quizá pensasen que estábamos locos. Y en parte lo estábamos, sí. Locos de amor. De ese primer año tan intenso en el que casi te echaba de menos incluso cuando estábamos juntos.

Pero también fue el comienzo de una época difícil. Una en la que podías cogerme de la mano, pero no tirar de mí, porque había cosas que tenía que aprender a hacer sola.

Tal como era habitual por aquel entonces, dejé de trabajar en cuanto nos casamos. Me despedí de la familia Gómez, a pesar de que íbamos justos de dinero, e intenté seguir los consejos de mi madre. «Una buena esposa tiene la comida preparada cuando su marido llega a casa». «Debes arreglarte

todos los días. Hazme caso o terminará buscándose a otra más guapa que tú. Los hombres son así». «Dale pronto un hijo, Valentina. Es importante».

No le guardo rencor a mamá, sino todo lo contrario: me compadezco de ella. No conocía nada más que lo que le habían enseñado, un mundo entero reducido a una canica que podías sujetar entre dos dedos. Se había criado en el campo y tenía una visión limitada en la que todo se reducía a conseguir sobrevivir día tras día sin hacer enfadar a su padre y más tarde a su marido.

De modo que lo intenté. No porque ella me lo dijese, sino porque era lo que todas hacíamos entonces. Te casabas y te centrabas en tener hijos mientras empezabas a ocuparte de mantener tu hogar impoluto. La vida rutinaria de las jóvenes esposas se resumía en ver quién hacía un mejor guisado, quién cosía mejor y quién luchaba más ferozmente contra las motas de polvo. Y aunque había cambiado mucho desde que tú entraste en mi vida, estaba acostumbrada a seguir las normas y ya tenía experiencia ocupándome de una casa ajena.

Así que me gustaría poder edulcorar la realidad y decir que me rebelé contra las normas establecidas por un impulso loco y visceral, pero tú sabes que eso no es cierto. No ocurrió así. No fue exactamente por tener que quedarme en casa mientras te ibas a trabajar, aunque al final una cosa terminase arrastrando a la otra casi sin pretenderlo.

Fue por el bebé.

Fue porque no llegaba.

Fue porque, conforme pasaba el tiempo, lloraba cada mes cuando me venía el periodo y una especie de nudo sólido e incómodo se me iba formando en el estómago.

Nunca lo hablamos abiertamente. Era algo que los dos sabíamos que estaba ahí, sobre nosotros, colándose en cada silencio que compartíamos,

pero casi parecía que en cierto modo intentábamos evitarlo, fingir que no pasaba nada.

Tú habías conseguido que te ampliaran la jornada y cada vez dabas más clases. Yo empezaba a sentirme atrapada entre esas cuatro paredes. No sé en qué momento pasamos de ser las dos personas más felices y abiertas del mundo a una pareja que huía y se escondía de un problema como aquel, de algo que en el fondo nos preocupaba a los dos. Hablábamos de todo, Gabriel, tú lo sabes. Hablábamos de nuestros sueños, de ideas locas que a ti se te pasaban por la cabeza, de cómo imaginábamos el futuro, de qué ocurriría si algún día cambiaba la situación política en la que nos había tocado vivir. Hablábamos de esa casa en el campo que deseábamos tener para veranear o del apartamento en la playa que podríamos alquilar algún año en el Perelló o cerca de Cullera, de libros e historias increíbles, de películas y de música, de los detalles más cotidianos. Hablábamos de sexo; de qué te gustaba a ti y qué me gustaba a mí, de lo excitante que era conocernos a través de la piel.

Pero no podíamos hablar de aquel problema.

La decepción llegaba cada mes, siempre.

Y entonces éramos dos silencios.

Podríamos haber seguido así, supongo, porque no dejaba de ser como vivir bajo una nube de tormenta bajo la que nunca llovía. El problema es que, a veces, algo estalla de pronto, en el momento más inesperado, y ese día nos pilló sin el paraguas en las manos.

Acabábamos de celebrar nuestro segundo aniversario. Era de noche e íbamos paseando por el centro por un mercadillo navideño que ponían todos los años. Olía a mazorcas asadas y tú me apretaste contra tu costado cuando te diste cuenta de que tenía frío. Sonreí ante el gesto, ante lo segura que me sentía siempre a tu lado. Y entonces ocurrió. Un niño que apenas podía

caminar sin tambalearse por lo pequeño que era, chocó con mis piernas y lo sujeté antes de que terminase cayéndose de culo tras el impacto.

Lo miré.

Lo miré fijamente mientras escuchaba la voz agradecida de su madre de fondo y la tuya contestándole con amabilidad. Pero en ese momento... en ese momento solo podía pensar que aquel bebé podría ser nuestro, Gabriel. Que deseaba con todas mis fuerzas cogerlo entre mis brazos y alzarlo hacia ti para que lo llevases sobre tus hombros mientras seguíamos recorriendo ese mercadillo lleno de luces y villancicos. Deseaba... lo deseaba tanto...

—Valentina, ¿estás bien? —Tiraste de mí para que me incorporase.

El niño desapareció con su madre, y tú y yo nos quedamos mirándonos en silencio, en medio de la gente que seguía andando a mi alrededor sin saber que, en ese instante, uno que no tendría por qué tener más importancia que cualquier otro, el nudo se rompió. Y por aquel entonces había dejado que creciese tanto que no pude controlar las emociones. Fue como abrir una presa de golpe, dejar que todo saliese. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento. Lo siento mucho, Gabriel...

Tú parpadeaste y te tragaste el dolor. Puede que no hablásemos del tema, pero me conocías mejor que nadie; sabías cómo sentía, cómo me expresaba (siempre mal y a trompicones), cómo canalizaba las cosas, gota a gota hasta que era incapaz de contenerlas.

—No digas eso, no vuelvas a decirlo. Ven aquí.

Me cogiste de la mano y nos alejamos de la multitud hasta dar con una calle tranquila y sin salida. Te inclinaste sobre mí, me sujetaste las mejillas y me limpiaste las lágrimas con los pulgares mientras yo intentaba concentrarme en respirar... solo respirar...

—Hay algo que no está bien en mí —gemí.

—Ni se te ocurra pensarlo. Escúchame, Valentina; te elegí a ti, ¿de acuerdo? No elegí a unos hijos que no conozco, que puede que nunca conozca, te elegí solamente a ti porque quería compartir mi vida contigo. Porque te quiero. Y todo lo demás es prescindible.

Sollocé cuando te abracé aferrándome a tu abrigo.

¿Sabes lo mejor? Que incluso entonces sabía que tú estabas tan roto como yo en ese momento. Pero también sabía que necesitabas sostenerme, que no podías permitirte que los dos cayésemos en aquello a la vez, que tenías razón cuando decías que teníamos que tirar del otro al verlo tropezar. Que, en ocasiones, el dolor propio puede esperar e incluso se hace más pequeño ante el de los demás. Y esa noche te necesitaba tanto que el tuyo menguó un poco, que me pusiste a mí por delante de ti para demostrarme una vez más que eras el mejor hombre que he conocido jamás. El más generoso. El más valiente.

Regresamos a casa en silencio. Calentaste leche en un cazo mientras me cambiaba de ropa y me limpiaba los restos de maquillaje. Encendí la lamparita de noche, aparté las mantas de la cama a un lado y te sonreí con tristeza cuando apareciste con dos vasos y los dejaste en mi mesita antes de abrazarme de nuevo. Me miraste al apartarte y respiraste hondo.

—Tenemos que hablar, Valentina. Deberíamos haberlo hecho hace tiempo. Y siento haberlo evitado, pero no sabía... no sabía cómo afrontarlo y conforme pasaron los meses fue más difícil. Pero somos nosotros. Míranos. Prometimos que no tendríamos secretos, que compartiríamos lo bueno y lo malo.

Asentí con la cabeza. Volvía a llorar.

—Me gustaría que las cosas fuesen diferentes...

—Ya lo sé, pero no lo son. Es la realidad.

—Al principio ni siquiera lo deseaba de verdad, ¿sabes? Pero parecía lo lógico después de la boda, el orden que había que seguir. Ni siquiera me entristecí. No sentí nada. Pero entonces algo cambió, no sé cuándo fue ni por qué, pero pasó y empecé a notar un vacío, este inmenso y vacío agujero que no puedo llenar con nada y que ni siquiera debería estar ahí porque es ilógico sentir ausencia por algo que nunca se ha tenido. Pero lo quiero. Quiero un bebé, un bebé nuestro, y cada mes que dejamos atrás me pesa más... y me duele verte a ti, ver cómo miras a los niños de los demás cuando vamos por la calle... porque no puedes esconder algo así, Gabriel, no a mí. Y es... todo.

—Valentina, cariño...

Pero no podía parar. Ni siquiera ante el ruego de tu voz.

—Es que no me encuentro a mí misma. Me levanto cada mañana y solo veo ante mí otro día vacío y gris, al menos hasta que regresas a casa. Entonces se arregla un poco... Entonces... aún encuentro consuelo cuando leemos juntos o te acurrucas en la cama a mi lado, pero el resto del tiempo no sé quién soy y aquí solo hay silencio...

Tú parpadeaste. Quizá sorprendido al darte cuenta de que no era feliz. Quizá confundido porque era la primera vez que no te habías adelantado a mis propios sentimientos. Porque normalmente era así; casi siempre sabías ver a través de mi piel.

Pero esa vez no te dejé hacerlo. No fue culpa tuya.

—No quiero verte así —susurraste.

—Ya lo sé. Siento todo esto...

—No hagas eso. No lo sientas.

—Es que las cosas deberían ser distintas.

—Las cosas son como son, Valentina. No podemos cambiar eso, pero sí podemos cambiarnos a nosotros mismos. Y no quiero que tu vida gire en

torno a todo esto, no quiero que te sientas así nunca más. —Me limpiaste las lágrimas con los pulgares.

Entonces esa idea se coló en mi cabeza. Solo porque sabía que me mantendría ocupada, que tendría cosas que hacer y menos tiempo para pensar o lamentarme.

—Quizá... quizá podría trabajar...

Te frotaste la nuca, pensativo. Luego suspiraste y negaste con la cabeza antes de levantarte de la cama. Parecías incómodo, como si aquello te hubiese pillado por sorpresa. Te miré de reojo, sin saber qué decir. No estaba segura de si era mejor mantenerme callada o...

—No me hagas esto, Valentina —dijiste entonces, antes de cerrar los ojos y suspirar hondo presionándote el puente de la nariz. Tenías la mandíbula tensa—. No me hagas decirte que no a algo, porque sabes que no puedo. Pero no soporto... no soporto que vuelvas a trabajar allí, limpiando y dejando que esa idiota te dé órdenes todo el tiempo...

—Pero es lo que sé hacer. No es un problema para mí.

—¡Puedes hacer mucho más...! Joder, Valentina.

—Creo que así me distraería. Me sentiría útil.

Sé lo que debiste de pensar entonces. Seguro que se te pasó por la cabeza que las cosas serían más fáciles si me limitase a comportarme como las demás mujeres; la mayoría sencillamente se ocupaban de sus tareas en casa y no se enfrentaban a sus maridos. Pero se suponía que nosotros éramos diferentes. Tú siempre decías eso. Tú... me habías prometido que no habría límites ni normas que nos silenciases. Y allí estábamos aquella noche, mirándonos como dos extraños que de repente hablaban un idioma distinto. Fue como si todo acabase de estallar de golpe. El bebé. Que quisiese trabajar. Que descubrieses que necesitaba más.

Apenas llevábamos dos años casados y estábamos viviendo una de las peores crisis por las que pasaríamos nunca. Porque yo estaba perdida. Y porque tú aún no habías abierto la puerta para salir a buscarme. Así que no nos encontrábamos. Estábamos a unos metros de distancia, mirándonos fijamente a los ojos, y no nos encontrábamos, Gabriel.

Saliste del dormitorio. Escuché el chasquido del mechero a lo lejos y esperé, esperé, esperé hasta que regresaste y cerraste la puerta despacio antes de acercarte hasta la cama. Apartaste las mantas, te metiste dentro y noté tu brazo rodeándome, atrayéndome hacia tu cuerpo, que estaba frío después del rato que habías pasado fumando en la ventana del salón.

—Pensaba que eras feliz —murmuraste contra mi pelo.

Tardé en responder. Tenía un nudo en la garganta, porque me dolía pensar que creyeses que aquello tenía algo que ver con nosotros. Tú eras lo mejor que me había pasado en la vida, el antes y el después que lo cambió todo, que me ayudó a abrir las alas. El problema era que el resto dependía de mí y no podías hacer nada para llenar ese vacío.

—Y lo soy, Gabriel. Cuando estamos juntos todo es perfecto, no necesito nada más. Pero cuando me quedo a solas conmigo misma, siento que me falta algo, ¿lo entiendes? Es como un agujero que cada vez se hace más profundo, como si cavase sin parar, y no consigo llenarlo ni taparlo o fingir que no lo siento aquí. —Cogí tu mano y me la llevé al pecho. Escuché que dejabas escapar el aire que estabas conteniendo—. Quizá algo esté mal en mí...

Silencio. Todo fue silencio.

Y nuestras respiraciones juntas.

—No. Tienes razón, entiendo lo que debe de ser pasarte el día entre estas paredes, pero creo que podrías hacer algo más, algo que te gustase. Dame

un mes, ¿de acuerdo? Dame ese tiempo para ver si se me ocurre algo y, si no, decide tú qué quieres hacer.

—Vale. —Sonreí y me acurruqué contra ti.

Nuestros labios se encontraron, se rozaron.

—Y en cuanto al bebé...

—No lo digas —rogué.

—Deberíamos dejar de pensarlo.

El murmullo de la noche nos envolvió.

Te abracé más fuerte y luego busqué los botones de tu camisa y empecé a desabrochártelos despacio, mientras te oía respirar hondo. Te susurré que te quería. Te lo susurré mil veces.

9

Era un martes cualquiera, pero llegaste a casa de buen humor. Lo sé porque siempre que tenías un buen día encendías el tocadiscos que habíamos comprado las anteriores navidades y elegías un vinilo del pequeño repertorio que cada vez hacíamos más grande. *Mi gran noche*, de Raphael, inundó el salón y sonreí, porque a mí me encantaba esa canción y tú siempre te burlabas. Solían gustarte más los grupos extranjeros, esos que se escuchaban menos por la radio, aunque Nino Bravo era tu debilidad. Me tendiste la mano y me diste una vuelta antes de pegarme a ti y empezar a cantarme al oído.

—«¿Qué pasará, qué misterio habrá? Puede ser mi gran noche...».

—¿Qué mosca te ha picado hoy? —pregunté.

—«Caminaré, abrazado a mi amor, por las calles sin rumbo...».

—Gabriel, tengo el arroz al fuego. —Me reí.

—Pues será mejor que lo apaguemos, porque esto es importante. —Me soltaste y fuiste a la cocina a toda prisa mientras la canción seguía sonando. Después me pediste que me sentase en el sofá tapizado que tú mismo habías hecho en el taller de tu padre para nosotros—. Creo que esto te va a gustar. Lo vi el otro día colgado en la pared de anuncios de la universidad, lo he consultado con Martínez y dice que es una buena opción.

—Me estás poniendo nerviosa.

Te sacaste un papel doblado del bolsillo del pantalón y me lo tendiste. Parecías entusiasmado. Mientras esperabas mi reacción, sonreías con los ojos. Lo leí. «Curso de taquigrafía y mecanografía». Parpadeé confundida antes de alzar la vista.

—¿Qué te parece? Pensé que te gustaría.

—Pero... Gabriel, no puedo hacer esto.

—¿Por qué no? —Frunciste el ceño.

—¿Te burlas de mí? —Me levanté, sofocada—. ¡No tengo estudios! Hasta que te conocí a ti, apenas sabía leer ni mucho menos escribir. ¿Y ahora quieres que haga esto...? —Agité el papel del anuncio en la mano, alterada mientras tú me mirabas sin saber qué decir.

Cuando conseguiste reaccionar, te levantaste también y me rodeaste la cintura con los brazos. Yo intenté zafarme, pero me pediste que me calmase y respiré hondo.

—Confío en ti, Valentina. Y sabía que te gustaría. Te encanta el mundo de las letras, de las palabras, y es algo que tiene demanda. Podrías trabajar como secretaria en algún despacho de abogados, o en los juzgados, o en muchos otros sitios. ¿No era eso lo que querías, cariño? Dime qué es lo que necesitas, porque te juro que me voy a volver loco si sigo viéndote así, tan apagada cada día. Sabes que también sufro, ¿verdad? —susurraste con la mirada brillante, enfrentándome mientras los dos respirábamos agitados—. Necesito que lo sepas. Que también me duele todo esto. Y que estoy a punto de caer...

Tú, el chico valiente e idealista que siempre tenía una sonrisa para mí, estabas «a punto de caer». Hubo algo en esa frase que se me clavó en el alma. O quizá fue por lo que encontré en tus ojos, la inseguridad, esa incertidumbre que ya no sabías disimular.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano.

—Me da miedo no ser capaz. Decepcionarte.

—A mí nunca podrías decepcionarme, cariño.

—No te merezco. —Escondí el rostro en tu pecho.

—No vuelvas a decir eso. Espera un segundo. —Fuiste hasta el tocadiscos, quitaste el vinilo de Raphael y pusiste el de Nino Bravo, tu

preferido. *Te quiero, te quiero* empezó a sonar y yo sonreí, aunque aún estaba llorando. Era una de tus preferidas. Esa que me cantabas al oído los fines de semana, cuando las horas del sábado se deshacían entre música y los ratos que pasábamos juntos—. Deberíamos salir a celebrarlo. Ir al cine, por ejemplo.

—Suena bien. Por cierto, eres consciente de que mi padre intentará matarte, ¿verdad? Consentir que su hija estudie y nada menos que para conseguir un empleo...

—¿Parezco preocupado? —te burlaste antes de inclinarte y que tus labios me rozasen la oreja—. «Te quiero, vida mía. Te quiero noche y día, no he querido nunca así. Te quiero con ternura, con miedo, con locura, solo vivo para ti... Yo te seré siempre fiel, pues para mí quiero en flor ese clavel de tu piel y de tu amor. Mi voz igual que un niño, te pide con cariño, ven a mí, abrázame...».

Yo me reí al tiempo que nos mecíamos juntos, con mis manos alrededor de tu cuello y tu aliento haciéndome cosquillas en la mejilla. Ese día, cuando nos acostamos, me di cuenta de que aún tenía miedo, Gabriel. Temía no estar al nivel de los demás en el curso, quedarme atrás, no conseguirlo, porque ahora tenía un reto por delante. Pero, cuando me di la vuelta tras darte un beso de buenas noches, dibujé una sonrisa en la almohada.

Y sentí un cosquilleo en la tripa.

Era emoción. Era ilusión.

10

Notaste que estaba nerviosa y me cogiste de la mano antes de cruzar el umbral de la puerta. Era domingo. Quizá debería haberme puesto el vestido más recatado que normalmente usaba cuando iba a ver a mis padres, pero aquel día no me apeteció. Me vestí con un modelo azul cielo que había comprado no hacía mucho un día que me acompañaste a la modista; era unos centímetros por encima de la rodilla, de corte recto y cuello ovalado. A ti se te iban los ojos cada vez que me lo ponía y me encantaba eso, que siguieses mirándome como ese primer día que nos cruzamos en aquella calle. Puede que por eso decidiese ponérmelo esa mañana, porque me hacía sentir segura y poderosa, como si estuviese rompiendo alguna norma. Y en parte lo hacía. Rompía las de mi padre. Qué ridículo sonaría eso años después, cuando las mujeres pudiesen vestirse como les viniese en gana sin pararse a pensarlo.

Mi padre no se fijó en mi ropa hasta que me quité el abrigo y me senté a la mesa. Intenté no reaccionar ante su mirada inquisidora. Mis hermanos, uno de ellos acompañado por su prometida, se acomodaron frente a nosotros. Mientras servíamos la comida de la cazuela que mi madre había preparado, te preguntaron sobre tus clases y, cuando se quejaron de las últimas huelgas de estudiantes, sentí cómo te tensabas a mi lado. Ellos no lo sabían, pero tú cada vez estabas más implicado en las revueltas a favor de la libertad de expresión; te quejabas a menudo de la censura, me contabas lo que se hablaba en los corrillos de la universidad cuando Martínez te pedía que le echases una mano con sus alumnos.

—Cada vez hay menos respeto en las aulas —se quejó mi hermano.

Tú clavaste la mirada en el plato caliente y felicitaste a mi madre diciéndole que estaba delicioso; ella, como siempre, se sonrojó en respuesta, porque no estaba acostumbrada a recibir halagos de nadie. Mi hermano siguió hablando. Yo sabía que tu opinión estaba tan lejos de las de ellos que cada vez que comíamos con mis padres tenías que hacer un esfuerzo por mantenerte rígido y quieto en la silla, aunque puede que ellos ni siquiera se imaginasen que estabas en contra de los métodos que antes usaba el profesorado. Una vez me contaste, aún con enfado, los golpes que te daban con una regla de madera en las puntas de los dedos cuando solo eras un niño o las veces que os hacían sentaros de rodillas debajo de la pizarra con los brazos extendidos en cruz durante toda la tarde. A ti, que habías tenido un padre adelantado a su tiempo, que jamás te levantó la mano y que te educó con palabras y respeto.

Y entonces vino lo peor, quizá porque estaba pensando en aquel tema y me pilló desprevenida. Teresa, mi futura cuñada, me miró sonriente e hizo la última pregunta que deseaba escuchar en esos momentos. No lo hizo con maldad, ni siquiera la tenía.

—¿Ya habéis pensado qué nombres les pondréis a los niños? Tu hermano y yo estuvimos hablando sobre eso porque sería ideal no coincidir entre nosotros, ahora que pronto seremos familia —añadió, tras limpiarse con una servilleta despacio para no quitarse el carmín.

Creo que noté tu mano en mi muslo, bajo la mesa, pero no puedo asegurarlo. En ese instante supe que no iba a volver a responder las constantes preguntas sobre aquel asunto, ni tampoco quería seguir guardándome aquel secreto que aún no sabía cómo contar.

—Podéis ponerles los nombres que queráis, nosotros aún no sabemos si tendremos hijos. De hecho... —apoyé la cuchara en el borde del plato y alcé la mirada—, de momento he decidido apuntarme a un curso de

taquigrafía y mecanografía. Me gustaría poder empezar a trabajar el próximo año.

El silencio se cargó de tensión. Todos contuvieron la respiración hasta que mi padre te señaló con el cubierto y golpeó la mesa sacudiendo la vajilla.

—¿Qué clase de marido no puede mantener a su mujer?

—La cuestión no es si puedo o no, sino si ella quiere.

—¡Déjate de esas palabrerías tuyas y sé un hombre como Dios manda!

—Se puso en pie, apartando la silla hacia atrás mientras tú intentabas mantener la calma—. Mírala, vestida como una golfa e incapaz de tener hijos, ¿de qué le sirve haberse casado contigo?

Saltaste de golpe. Y quizá porque nadie se esperaba una reacción así, mis hermanos no pudieron pararte antes de que cogieses a mi padre del cuello. Vi cómo apretabas. Vi la rabia que había dentro de ti cuando lo miraste. Teresa gritó, sofocada. Mi madre se llevó una mano al pecho. Entonces tus palabras llenaron el salón.

—Te mataré si vuelves a hablar así de mi mujer.

Lo soltaste tan rápido como lo habías sujetado.

Mi padre tenía los ojos muy abiertos y parecía consternado. Nunca nadie se le había enfrentado así. Mis hermanos lo respetaban y lo temían casi a partes iguales, mi madre ni siquiera era capaz de llevarle la contraria. Tenía la cara roja cuando habló.

—¡Largo de aquí! —bramó—. Largo de mi casa.

—Vamos. —Me cogiste de la mano con firmeza.

—¡Y ni se os ocurra volver jamás!

—Seguro que no —mascullaste por lo bajo, pero creo que no te oyó, entre el lamento de mi madre y los gritos que seguía profiriendo incluso cuando llegamos al rellano.

Me apretabas la mano con tanta fuerza mientras caminabas con la mirada nublada calle abajo que tuve que pedirte que me soltases cuando empezaste a hacerme daño. Entonces reaccionaste. Dejaste de andar, me besaste los dedos, respiraste hondo. Vi cómo te humedecías los labios, incapaz de hablar, incapaz de mirarme a los ojos.

—Está bien, Gabriel, todo está bien.

—Lo siento, lo siento. —Me abrazaste.

—No lo sientas. —Me aparté y te sostuve las mejillas—. Mírame. No has hecho nada malo, no ha sido culpa tuya. Suficiente... suficiente has aguantado. Ya encontraré la manera de hablar con mi madre, ¿de acuerdo? Sé cuándo sale a comprar cada día.

Asentiste, pero parecías a punto de desmoronarte.

Así que te abracé hasta que te calmaste.

Aquel día se cerraron algunas puertas. Mi padre cumplió su palabra y no hubo más comidas los domingos, pero casi fue más un alivio que un castigo. Como había previsto, seguí viendo a mamá a menudo, aunque fuese a escondidas y aunque tuviese que explicarle una y otra vez por qué no iba a consentir que le pidieses perdón a mi padre. No quería que lo hicieses. No pensaba que fuese justo para ti ni tampoco para mí.

Sé que durante muchos años seguiste sintiéndote culpable, aunque intentase convencerte de lo contrario. Nunca pensé que me hubieses arrebatado nada, Gabriel. Nunca te guardé rencor. Y los domingos a partir de entonces empezaron a ser mucho mejores. Más bonitos. Íbamos a ver a tu padre, ¿lo recuerdas? Aurelio siempre me compraba esas galletas de canela que tanto me gustaban y las guardaba en esa caja de latón que escondía en el armario de comedor o en cualquier otro sitio fácil de encontrar para que yo pudiese buscarlas. Comíamos en el salón y después nos reíamos y hablábamos, o me entretenía con él cuando me enseñaba el

catálogo de telas que los proveedores le habían dejado, porque tenía en cuenta mi opinión como si fuese importante. Quise a tu padre como no fui capaz de querer al mío y, aun hoy en día, no me arrepiento de ello. Porque hay amores que no se pueden comprar, de esos en los que no importa la sangre ni lo que las normas sociales te dicten.

Y tú y yo, Gabriel, no estábamos hechos para seguir ninguna norma.

11

Compramos una máquina de escribir a buen precio que iban a jubilar en el colegio donde trabajabas; no era muy práctica porque pesaba una barbaridad, pero estaba tan emocionada que me daba igual, y no quise ceder cuando intentaste convencerme para gastarnos todos nuestros ahorros en una más nueva y bonita. Estaba ilusionada. Tanto que aquella primera noche antes de empezar el curso, apenas pude dormir y no paré de dar vueltas en la cama.

Al día siguiente, me acompañaste hasta el aula en la que se impartían las clases. Era dentro de un edificio de la universidad, a la que tú cada vez acudías con más frecuencia como refuerzo para sacarte un extra al mes. Te prometo que me temblaban las piernas. Me sentía como el día de Navidad, justo antes de abrir los regalos, pero también como cuando te piden que hagas una exposición sobre física cuántica delante de mil personas y no tienes ni idea de qué decir.

El miedo se entremezclaba con las ganas de hacer algo nuevo y diferente.

—Creo que debería irme a casa —dije entre risas.

—Lo peor es que sé que no bromeas del todo. —Te inclinaste y me diste un beso en la frente—. Todo irá bien, ya lo verás. Seguro que los demás se sienten igual. Vamos, entra. Estaré aquí esperándote cuando salgas. —Te diste la vuelta, te encendiste un cigarro y te marchaste sin mirar atrás caminando por el pasillo lleno de estudiantes.

Tomé aire y entré en el aula. Casi todos los alumnos que ya estaban allí tenían sobre la mesa la máquina de escribir y el manual que usaríamos durante todo el curso. Me fijé en que la gran mayoría eran chicas jóvenes que llevaban los labios pintados y vestían a la moda. Me alegré por

haberme puesto aquel día un vestido menos clásico y terminé sentándome en la tercera fila, al lado de una joven de cabello rubio y rizado que me sonrió.

—Soy Clara. —Ella deslizó la vista por mi mano y se fijó en el anillo que llevaba en el dedo anular—. Vaya, ¿estás casada? Qué afortunada.

Correspondí su sonrisa.

—Sí. Me llamo Valentina.

Por aquel entonces, cuando aparté la vista de ella al ver entrar al profesor al aula, no sabía que terminaría convirtiéndose en una de mis mejores amigas. Ella y también otras chicas de aquella clase. Pronto descubrí que era la única que estaba casada, pues todas eran mujeres solteras cuyos padres les habían permitido estudiar, pero entre ellas me sentía una más. Pensábamos igual, soñábamos con las mismas cosas y teníamos ideas parecidas. «Somos una nueva generación», solía decir Clara, una que ya no se conformaba con seguir las reglas de la *Guía de la buena esposa*, ese manual que a muchas nos hicieron leer conforme crecimos. Aspirábamos a más. Ya no solo deseábamos tener alas, sino que queríamos echar a volar sin paracaídas y sin esperar a que nadie nos diese permiso para hacerlo.

12

Tenía el corazón en la garganta. Eran las once de la noche pasadas y tú no habías aparecido, cuando siempre llegabas a media tarde los días que no pasabas a recogerme después de las clases. Cuando escuché el sonido de las llaves en la puerta, fui corriendo y abrí.

—¡Gabriel! ¿Qué ha ocurrido?

—Los grises... —susurraste.

En la madrugada del veintitrés de abril de 1971 se había llevado a cabo una de las redadas más amplias contra el PCE en la Universidad de Valencia. Toda la estructura fue detenida, entre ellos más de treinta estudiantes, y los que no se escondieron para evitarlo. Se los sometió a interrogatorios y torturas. La universidad se paralizó. Pero las manifestaciones, las protestas y el ambiente de agitación constante continuó años después, hasta entonces. Yo estaba orgullosa de ti, de que luchases por tus ideas, de que siempre fueses valiente por aquello que pensabas que valía la pena, pero cuando esa noche te vi con el rostro ensangrentado, lo único que deseé fue que jamás volvieses a meterte en nada que pudiese ponerte en peligro.

Te cogí del brazo y te llevé hasta el baño.

Tenías una brecha en la frente, casi en la línea del pelo, y te sangraba la nariz y el labio. Fui a por una caja en la que guardábamos gasas, aspirinas y un antiséptico. Te limpié las heridas en silencio. ¿Sabes? Ya por aquel entonces, en muchas ocasiones, no hacía falta que hablásemos para que pudiésemos entendernos. Sabía que habías hecho lo que creías correcto. Y sabía que eso podía tener consecuencias. A ti no te hizo falta mirarme más de un segundo para darte cuenta de que eso me ponía nerviosa. Me sujetaste

la mano en la que llevaba la gasa cuando empecé a temblar, respiraste hondo y alzaste la vista.

—Lo siento, ¿de acuerdo? Intentaré...

—¿No terminar en la cárcel? —jadeé.

—Es un buen propósito, sí.

—Gabriel...

—Ya sabías esto.

—Sí, pero ahora... ahora...

Tus ojos negros se clavaron en los míos.

Me senté a tu lado, en el borde de la bañera, cuando noté que empezaban a temblarme las piernas. Había decidido esperar, sobre todo cuando la posibilidad me parecía casi un milagro, hasta el punto de que no lo sentía real.

—¿Qué ha cambiado, Valentina?

—Es que creo... —tragué saliva—, creo que estoy embarazada. Solo tengo una semana de falta, aunque suelo ser regular, pero no quería contártelo hasta estar segura para que no te hicieras ilusiones, porque me aterra estar equivocada y yo...

—Ven aquí, cariño.

Me abrazaste tan fuerte que te rodeé el cuello para no caer. Sentí tu aliento cálido en mi piel mientras murmurabas, aunque el pulso me latía tan rápido que apenas escuchaba lo que me decías, palabras sueltas cargadas de emoción, promesas susurradas.

13

Seguí acudiendo a las clases. Me pasaba el día con náuseas y sueño, pero de repente aquel curso ya no era algo opcional, sino un deseo, una meta. Quizá porque descubrí que la taquigrafía me gustaba más de lo esperado o porque en aquel ambiente me sentí bien conmigo misma, arropada por esas chicas que no temían decir lo que pensaban y que quedaban para divertirse los domingos por la tarde.

Tú me animabas a salir con ellas cuando nos despedíamos de tu padre tras la comida y la partida de rigor al dominó, pero estaba tan cansada que lo único que me apetecía era ir a casa, acurrucarme en el sofá a tu lado y escuchar alguno de nuestros discos preferidos.

—El domingo que viene —te dije.

—Como quieras. Toma, cariño.

Me diste un caramelo de nata, de esos que me encantaban y a los que nunca podía negarme. Sonreí y me lo metí en la boca mientras tú hacías lo mismo y echábamos a andar hacia casa cogidos de la mano y en silencio. Había algo en esos momentos, en los paseos compartidos juntos, que me dibujaban una sonrisa tonta en la cara.

—¿Caliente leche? —preguntaste al llegar, mientras te quitabas la chaqueta—. Creo que aún quedan galletas, ¿has comprado esta semana? —Te encantaba merendar algo dulce.

Asentí, distraída. Me dolía la tripa. Me dolía todo, en realidad. Colgué la bufanda del perchero tras la puerta y me quité los pendientes antes de ir al cuarto de baño.

No me di cuenta hasta entonces.

Sollocé tan fuerte que me escuchaste desde la cocina.

Llamaste a la puerta, pero no podía responder. No podía decir nada. Estaba paralizada y sin saber qué hacer. Volviste a llamar más fuerte. Tomé una bocanada de aire.

—Valentina... voy a entrar.

Abriste la puerta. Y te quedaste pálido. Te llevaste una mano al pecho mientras me mirabas y un velo de dolor cubría tu expresión. Había empezado a sangrar. Cada vez más y más. Y solo podía preguntarme por qué. Eso y llorar. Intenté apartarte cuando te acercaste para abrazarme y decirme que teníamos que irnos a ver a un médico. Quería gritar, pero no me salía la voz. Estaba rompiéndome en mil pedazos delante de ti y tú no podías hacer nada por evitarlo. Ni siquiera reaccioné cuando nos dijeron media hora más tarde que habíamos perdido al bebé, ya sabía que había demasiada sangre. Solo te miré, temblando.

—Lo siento —susurré muy bajito.

—Yo también lo siento, cariño.

Me diste un beso tierno en la frente.

Los siguientes días fueron una sucesión de silencios y miradas cargadas de palabras no dichas. Al principio estaba enfadada. Lo estaba porque pensaba que eran nuestros primeros años, esos en los que nos merecíamos ser felices. Lo estaba porque nos queríamos y me dolía que no pudiésemos tener algo que otros ni siquiera deseaban y conseguían. Creo que pasé por todos los estados de ánimo tan solo en unas semanas. La tristeza, la desilusión, la melancolía. Después llegó la rabia, la ira, la incomprensión. El pensamiento continuo de que aquello «era injusto», que «no nos lo merecíamos».

Y, luego, sorprendentemente, llegó la calma.

Tener las clases y salir con Clara y las demás chicas fue un impulso, porque sentía que mi vida no giraba en torno a una sola cosa, sino que

estaba haciendo algo útil, algo más.

Pero no siempre hemos recorrido todos los caminos cogidos de la mano, ¿verdad, Gabriel? A veces uno de los dos necesitaba soltarse. A veces uno de los dos se quedaba atrás por mucho que hubiese intentado correr para alcanzar al otro.

Y en esa ocasión te ocurrió a ti. Tropezaste. Te raspaste las rodillas, pero no encontraste el valor para pedirme ayuda porque temías arrastrarme contigo. Lo supe luego. Lo supe aquella tarde, cuando llegué a casa y tú no me oíste entrar. Tenías puesta la música. Se suponía que iba a llegar más tarde, pero cambié de opinión a última hora y decidí que me apetecía más pasar la tarde contigo que con mis compañeras. Y allí estabas tú, sentado en el suelo del salón, con la espalda apoyada en la pared y la mirada acuosa y perdida.

Me arrodillé delante de ti. Te acaricié la mejilla.

No dijiste nada, pero me rompió el corazón verte así.

Y te hice la pregunta que no debería haber retrasado tanto.

—¿Qué es lo que sientes, Gabriel?

Respiraste hondo, apartando la mirada.

—Siento... siento vacío y lo contrario a la vez. —Parpadeaste—. Me siento todo el tiempo como si tuviese un nudo en la garganta y no sé por qué, ni siquiera lo entiendo, Valentina. Y siento que debería estar más entero para ti, ser el más fuerte de los dos. Pero esta vez no puedo. Y me mata pensar que tu padre pudiese tener razón, que te des cuenta algún día de que tu vida no ha cambiado al casarte conmigo, porque te quiero más que a nada. Te quiero a ciegas, por impulso, porque te siento aquí. —Te llevaste una mano al pecho—. Y quería dártelo todo. ¿Recuerdas lo que te dije aquella noche? Que me enamoré de ti porque tenías el mundo a tus pies, pero aún no te habías dado cuenta.

—Gabriel... —sollocé y te abracé fuerte.

—Yo quería estar a tu lado cuando fueses descubriendo ese mundo tuyo que aún no sabías que te pertenecía, pero me da miedo que falte un trozo, un trozo tan grande que...

—No. —Te obligué a mirarme y el alivio me golpeó cuando entendí que gran parte de tu dolor ya no estaba allí, cuando me di cuenta de que lo que de verdad necesitabas era hablar conmigo, decir en voz alta todo aquello, dejar que las palabras escapasen solas, sin pensarlas, sin preocuparte por una vez por ser tú el correcto, el que guardase la calma—. Tú siempre serás mi mejor casualidad. ¿Sabes por qué? Porque tenías razón: no lo sabía, Gabriel. Llevaba una venda en los ojos y no se me pasó jamás por la cabeza deshacer el nudo. Qué tonto suena ahora, pero ni siquiera sabía que existía esa posibilidad. Lo único que me enseñaron antes de venir a la ciudad fue a matar animales, preparar la comida y mantener la casa.

Sonreíste. Y pensé que tenías la sonrisa más bonita del mundo, como la que me dedicabas al conocernos, esa de medio lado que te llegaba a los ojos. Despreocupada. Sincera.

—Ahora no te imagino haciendo eso.

—¿Matando animales? —Me senté de lado en el suelo—. Tenías que verme, no se me daba nada bien. Menos mal que nos mudamos. La primera vez que mi abuela me pidió que matase a una gallina, pensé que sería fácil, pero... te aseguro que no. Son más resistentes de lo que parece. Salí de allí despavorida y dejando el trabajo a medias.

Te reíste y se te formaron un par de hoyuelos en las mejillas mientras te sacabas el paquete de tabaco del bolsillo del pantalón y te encendías un cigarro.

—Me alegra que prefieras la taquigrafía —bromeaste.

—Me encanta. Y todo gracias a ti.

—No soy yo el que acude a las clases todos los días.

—Pero sí fuiste tú el que me enseñó a leer y a escribir mejor.

—Al parecer ayudó a que te casases conmigo.

Sonreíste travieso y te di un empujón en el hombro antes de que dejases escapar una carcajada entre el humo de la última calada. Suspiré hondo. Habíamos empezado aquella conversación lamentándonos y allí estábamos, mirándonos llenos de amor, de ganas.

—He estado pensando que este verano deberíamos irnos de vacaciones.

—Me mordí el labio inferior, pensativa—. Hemos pasado unos años complicados. Nos lo merecemos. Nos merecemos un respiro y no pensar en nada, ¿qué te parece? No hace falta que nos vayamos muy lejos, podríamos ir donde todos esos turistas, a Benidorm o la Costa Brava.

Me cogiste la cara con una mano, apretándome los mofletes.

Sonreí cuando me besaste con esa seguridad tuya.

—Creo que es una idea perfecta, cariño.

Te pusiste en pie y tiraste de mí para alzarme.

—¿A dónde vamos? —pregunté siguiéndote.

—Necesito hacerlo, necesito... esto...

Miraste la pared del dormitorio. Había varias estrellas que habíamos ido acumulando con el paso de los años. En realidad, ni siquiera eran estrellas como tal, aunque nosotros las llamábamos así. Eran puntos. Círculos pequeños que resumían recuerdos inmensos. El de aquella primera noche que pasamos juntos en esa habitación. El de esa vez que nos pasamos la tarde bailando en el salón y riéndonos hasta que nos dolió la tripa. El de mi primer día de clase. Todos estaban sobre el cabecero de la cama, fijos.

—¿Estás seguro, Gabriel? —te pregunté.

Me miraste. Sí que estabas seguro. Lo vi.

—Los recuerdos malos también somos nosotros.

Y entonces trazaste otro punto. El de la pérdida. El de «lo que pudo haber sido y no fue», ese que marcó el fin de algo porque, después de aquello, los uniste hasta formar nuestra primera constelación. Pensé que era bonita. Agridulce. Única.

14

Me hacía gracia tu reloj interno. Si estábamos de vacaciones, dormías más que nadie. Sin embargo, cualquier día normal acostumbrabas a levantarte antes de que saliese el sol. Lo recuerdo especialmente porque siempre te decía que no había nada más placentero que abrir los ojos aún en la cama y quedarse un rato entre las mantas observando la primera luz de la mañana. «Y tú te lo estás perdiendo», añadía. O quizá era que, cuando despertaba y veía tu hueco en el lado derecho, ya empezaba a echarte de menos.

Como de costumbre, eso fue lo que encontré aquel día.

Me puse la bata y cuando entré en la cocina sonreí al ver que habías ido a la panadería de la esquina para comprar dulces recién hechos. Me serví café y fui hasta el salón. Estabas sentado en el sillón con el cuerpo inclinado hacia delante y los codos apoyados en las rodillas sin apartar la vista del televisor. Alzaste la barbilla cuando me viste. Sonreíste. Empezaste a morderte las uñas. Parecías preocupado pero también feliz.

—¿Por qué estás tan raro?

—Franco ha muerto.

Y entonces una nueva palabra se coló en la vida que conocíamos. «Incertidumbre». Pero pronto entendimos que a veces hasta los mejores cambios implican sacrificios y riesgos.

Recuerdo aquel verano como si fuese ayer. Recuerdo la luz del sol al amanecer, tan bonita, tan suave. Recuerdo nuestros cuerpos enredados bajo las sábanas de aquel colchón lleno de muelles sueltos en el que costaba dormir, pero no tanto hacer el amor hasta cansarnos. Recuerdo tu sonrisa, Gabriel, siempre tu sonrisa. Llena, plena, honesta. Recuerdo tus manos en mi piel manchada por la arena de la playa y lo mucho que nos reímos en aquel restaurante en el que nos dimos el capricho de cenar y donde el camarero se equivocó con todos los platos, pero estábamos tan felices que ni nos importó. Recuerdo tu voz susurrando cada noche el libro que estábamos leyendo entonces, lo mágico que era escucharte e imaginar historias, vivir dentro de aquellas páginas a tu lado, compartir ese momento. Recuerdo que no necesitábamos nada más para ser felices, porque en aquellos días llenos de sol, mar y miradas brillantes nos dimos cuenta de que siempre nos tendríamos a nosotros mismos.

Lástima que solo guardemos un par de fotografías de aquel viaje. Nos lo pasamos tan bien en aquel camping que a partir del segundo día no nos acordamos de coger la cámara.

Y regresamos más enamorados que nunca.

Porque esa era una de mis teorías contigo.

Podía enamorarme de ti muchas veces. Lo comprobé con el paso de los años. A veces pasábamos una mala racha, a veces la vida golpeaba tan fuerte que apenas recordábamos qué hacíamos allí, viviéndola juntos, cogidos de la mano. Pero entonces ocurría. Podía ser un instante, una frase, una mirada. Y volvía a sentirme como la chica ingenua que se sonrojaba tan solo al ver cómo curvabas los labios.

Volvíamos a ser, a querernos más y mejor.

Aquel viaje fue un punto y aparte, uno de los buenos.

Cuando regresamos estaba agotada pero radiante. Dibujamos juntos esa nueva constelación, una que siempre recordaríamos con cariño, la que vino después de la última, la que estaba teñida de dolor, pero también queríamos conservar, porque tú tenías razón: «los recuerdos malos también somos nosotros». Qué cierto era eso.

Así que, cuando fuimos al médico unas semanas más tarde para ver si me podía dar algo para la gripe o algunas vitaminas, no nos esperábamos aquello. Habíamos estado tan perdidos encontrándonos de nuevo y saboreando cada momento que no llevé la cuenta de los días.

El doctor suspiró hondo tras examinarme.

—No está enferma, está embarazada.

16

Sofía nació una mañana templada de primavera.

Y todavía hoy en día, después de tantos años, sigo sin palabras para describir lo que sentí en aquel momento, cuando la tuve entre mis brazos, cuando por primera vez te vi a ti llorar, Gabriel. No podías dejar de mirarla. Le entregaste tu corazón en cuanto la cogiste con los ojos aún brillantes, y ya nunca se lo pediste ni intentaste recuperarlo.

Fue suyo así, de forma incondicional.

Los grises años setenta, como algunos los recuerdan, tuvieron un sabor agrio al principio. Tú solías decir que fueron como cuando muerdes una manzana que está demasiado ácida y al principio te cuesta asimilarla, pero, conforme vas dándole un bocado tras otro, empiezas a pensar que quizá no está tan mal, incluso con la piel y todo, con pepitas agrias y el corazón fibroso. Porque fue el principio del cambio. Porque aprendimos que después de la tormenta llegaba la calma y que «nosotros» éramos nuestra historia de amor, la parte bonita y dulce, pero también la otra, la ácida, la dolorosa, la que no siempre se sabe desenredar.

Y fue una época convulsa, confusa y complicada.

Pero durante la década de los setenta también ocurrieron cosas más allá de la situación política en España. Yo terminé el curso de taquigrafía y mecanografía con honores y recibí una primera oferta de trabajo que rechacé porque temí ponerme a dar a luz el primer día, pero, aun así, fue uno de los momentos más bonitos de mi vida, porque me sentí orgullosa de mí misma y me llevé de allí a un buen puñado de amigas que siempre me acompañarían. Se estrenó la película *Tiburón* y tú te empeñaste en verla, aunque a mí me daba pavor; a cambio, me vengué años más tarde convenciéndote para que me acompañases a ver *Grease*, que a ti te horrorizó. Murió Elvis Presley y también Charles Chaplin. Nos compramos el primer televisor. Y también el primer coche. Tú parecías un niño con un juguete nuevo. Era un Renault 4 y nos costó 234.296 pesetas. Ahora me hace gracia recordar que era tan pequeño que apenas sabíamos dónde llevar el equipaje cuando viajábamos, y en verano nos asábamos dentro incluso

con todas las ventanillas bajadas. Por aquel entonces, nos parecía que no podíamos desear nada más, que estábamos en la cima del mundo.

Y llegó nuestra pequeña Sofía.

Cuando ya menos lo esperábamos...

Cuando casi habíamos dejado de pensarlo...

La cuestión es que llegó y sacudió nuestras vidas. Estábamos enamorados de ella. De esas piernas rollizas con las que terminó dando sus primeros pasos poco después de cumplir un año, aquel que celebramos en casa de tu padre un domingo que mi madre pudo escaparse para venir. Y de sus ojos, que eran idénticos a los tuyos, negros y profundos, llenos de verdad. Sofía siempre se pareció a ti en todo. En el carácter. En la sonrisa. En la forma de afrontar las cosas, con esa costumbre suya de tragárselo todo hasta que no podía más y terminaba por soltarlo de golpe. En lo soñadora y lo idealista que era. En todo, Gabriel.

Y, quizá por eso, siempre fue tu gran debilidad.

Biguetos maravillosos
ochenta

18

Los ochenta... Qué bonitos fueron. Tan nuestros, tan llenos de alegría después de épocas más grises, tan locos e imprevisibles. Los vivimos expectantes. Apenas te daba tiempo a asimilar algo antes de que llegase otra novedad. Eran como el pica-pica, chispeantes; eso decías tú entre risas años después cuando te preguntaban. Estuvieron cargados de intensidad.

Llegaron esos cómics que a ti tanto te gustaron, la Movida madrileña y los anuncios que incitaban al consumismo. Las chaquetas de cuero, los peinados multicolores, las hombreras y los cardados. Los primeros videojuegos, esos a los que terminarías aficionándote con el tiempo para sorpresa de todos. Programas en la televisión que sorprendían, como *La edad de oro* o, más tarde, *Un, dos, tres*; también series como *Falcon Crest* y *Dallas*. Bebíamos tónica Schweppes mientras la cantante de Mecano daba a conocer la Coca-Cola Light. Fue la revolución sexual. También musical; con Radio Futura, Alaska, Hombres G o Nacha Pop. Y en medio de todo aquello, vivimos la muerte de Chanquete y fuimos testigos de la caída del muro de Berlín y de mucho más.

Los ochenta no solo fueron especiales porque marcaron un antes y un después, sino también porque fue la época más dulce de nuestra vida. Recuerdo aquellos años siempre con una sonrisa, cuando alcanzamos la cima de la felicidad tras una década llena de altibajos y que nos serviría para decir en el futuro eso de que «cualquier tiempo pasado fue mejor».

19

—¡Papá, mira! ¡Mira, papá! ¡No me estás mirando!

—Sí que te miro, nena. ¡Vaya, qué salto más alto!

Sofía sonrió y luego correteó por la arena hasta la orilla de la playa, riéndose cada vez que la espuma de las olas le bañaba los pies. Me miraste bajo la luz del sol de aquella mañana de verano y te inclinaste para darme un beso corto en los labios antes de ponerte en pie e ir tras ella. Os contemplé desde lejos con una sonrisa tonta en los labios. Ella chapoteaba en el agua. Tú te reías al verla. Ella te cogió de la mano para que la siguieras y terminasteis los dos sentados en la orilla y jugando con el cubo y la pala de plástico. Me tumbé en la toalla y suspiré hondo. Cuando abrí los ojos veinte minutos más tarde, habíais empezado a construir un castillo de arena con una fosa alrededor para que el agua lo rodease.

—Deberíais hacer una torre —comenté.

—¿Le encargamos a mamá que la haga?

—¡Sí! —Sofía me dio el rastrillo, contenta.

Es curioso cómo cambian las prioridades a lo largo de la vida. También es curioso lo mucho que lo hacemos las personas. Nosotros, Gabriel, ya no éramos los mismos. Éramos más, para bien y para mal. Éramos aquellos que crecimos en caminos separados y también los que se encontraron más de diez años atrás y decidieron compartir una misma dirección. Éramos las canciones que habíamos bailado juntos y todos los momentos que salpicaban la pared en la que tú dibujabas constelaciones. Y pese a todo lo que alcanzamos, a pesar de los pasos que dábamos cada día como si no pudiésemos detenernos, aún teníamos sueños y ambiciones, metas y planes que añadíamos sobre aquellos que ya habíamos dejado atrás.

Y a veces despertaban con fuerza...

Notaba el anhelo burbujeando...

Pero aquel día no. Aquel día, mientras os miraba, pensé que todo era perfecto, que no necesitaba nada más. Me dijiste una vez que pensabas que la vida eran instantes, fotografías que se quedan en nuestra memoria, palabras sueltas que nos guardamos incluso sin saber por qué. Y tenías razón, Gabriel. La vida es eso. O al menos lo fue para nosotros.

Supongo que por eso aún recuerdo aquel momento, el de los tres jugando con la arena en la orilla de la playa hasta que Sofía terminó agotada y se durmió en cuanto la subimos en el asiento trasero del coche. Hicimos el camino de regreso sin hablar, escuchando *The Wind*, de Cat Stevens, con las ventanillas bajadas y mirándonos de reojo en cada semáforo como si acabásemos de conocernos y fuésemos dos adolescentes idiotas. ¿Por qué? No lo sé. Creo que esos instantes surgen, aparecen cuando menos te lo esperas. Nos pasamos la vida planificando días especiales, el de los cumpleaños, el de Nochevieja y tantos otros que a menudo permanecen menos tiempo en la memoria que los más sencillos, los cotidianos, esos que son tan difíciles de prever que uno nunca sale de casa con la cámara de fotografías colgada del cuello para poder capturarlos. Permanecen solo en nuestra memoria y, cuando llegamos al final del camino, sencillamente se convierten en polvo, en nada.

Una vez te dije que me parecía triste...

... y tú contestaste que era bonito.

Ahora lo entiendo, Gabriel. Ahora recuerdo aquel día en la playa, nuestras miradas dentro del coche, tu rostro sonriente con ese bigote que te habías dejado porque estaba de moda y la manera en la que sostenías el volante con una mano y pienso... pienso que es triste que algún día desaparezca el sabor dulce de ese momento, pero, al mismo tiempo, sé lo

que querías decir. Que era solo nuestro. Que nos pertenecía. Que no tenía precio. Que, cuando llegamos a casa, aunque pareciese un día más, ni siquiera hizo falta que nos dijésemos nada antes de ir al dormitorio y dibujar otra estrella, una que abría una nueva constelación.

—¿Qué te ocurre hoy? Pareces enfadada.

Suspiré hondo. Estábamos en una cafetería cerca de la universidad. A veces iba allí por la tarde con Sofía, me llevaba algún cuento que las dos leíamos juntas o compraba una revista en el quiosco que estaba en esa misma calle si veía que se entretenía con algún juguete. Me tomaba un café y pedía un zumo para ella mientras pasábamos el rato hasta que tú terminabas de trabajar y pasabas a recogernos. Sofía solía apoyar las manos en el cristal cuando te veía venir caminando y tú la imitabas desde fuera antes de entrar un rato hasta que, poco después, decidíamos regresar a casa dando un paseo tranquilo.

Aquel día habías llegado temprano y yo tenía el ceño fruncido mientras le echaba un vistazo rápido a la revista que había comprado antes. Nada. No estaba por ninguna parte. Ni en la sección «buzón de sugerencias» ni en «preguntas y respuestas de las lectoras».

—No lo entiendo. Aquí dice que, si tienes algo que aportar o deseas ponerte en contacto con la revista, puedes escribir una carta a este apartado de correos.

—Comprendo —dijiste mientras Sofía se sentaba en tus rodillas.

—Ya hace dos meses que envié la mía y nadie me ha respondido.

Alargaste el cuello para ver mejor esa sección de la que hablaba.

—Cariño, dudo que respondan todas las cartas que les llegan.

—¡Pues que contraten a alguien para que lo haga! —protesté, y tú sonreíste hasta que te diste cuenta de que estaba enfadada de verdad y la expresión se borró de tus labios—. Puedo entender que no la publiquen, pero no que no se tomen la molestia de contestar. Es una cuestión de

principios. De respeto. Y más en una revista que se dirige principalmente a mujeres, con el tiempo que nos hemos sentido ignoradas. No es justo. O, al menos, deberían avisar en letra pequeña de que sí, puedes escribirles, pero que jamás responderán.

—Valentina...

—No, lo digo en serio.

—Mamá está enfadada... —dijo bajito Sofía.

—No estoy enfadada, cielo. Solo indignada.

—¿Qué es «indignada», papá?

Te mordiste la lengua para no decir en voz alta que «indignación» era «enojo, ira o enfado», por aquello de no llevarnos la contraria delante de nuestra hija. Yo sacudí la cabeza, aún pasando las páginas de la revista y demasiado centrada en ese problema como para atender a nada más. Me había molestado sentirme ignorada. Había escrito aquellos dos folios llenos de sugerencias con todo el cariño del mundo, repasándolo y tecleando en mi máquina de escribir durante una mañana mientras Sofía corría de un lado a otro del salón. Después la había metido en un sobre, lo había cerrado antes de comprar un sello, y la había echado al buzón.

Por supuesto que esperaba una respuesta.

En mi carta, además, me quejaba sobre parte del contenido de la revista. En esencia, las ideas eran buenas, pero no tanto el resultado final. Era una de las publicaciones más leídas en aquella época por el género femenino, pero nosotras avanzábamos rápido y sus páginas, en cambio, empezaban a quedarse algo anticuadas. Por no decir que esas secciones en las que se nos invitaba a participar no tenían demasiado sentido cuando, al parecer, nuestra voz no era escuchada por los que dirigían la revista.

—No importa, deberíamos irnos ya —dije.

—Claro que importa. Espera. Voy a pagar y me lo cuentas mejor mientras vamos hacia casa, ¿de acuerdo? —Te levantaste, me diste un beso en la frente y fuiste hasta la barra mientras te sacabas la cartera del bolsillo de los vaqueros, ese estilo de pantalones que se habían convertido en tus preferidos desde que llegaron para quedarse.

21

La relación con mi familia seguía siendo tensa, pero habíamos vuelto a hablarnos. No los veía tan a menudo como antes y tú intentabas evitar coincidir con mi padre. Te entendía. Entendía que erais tan distintos que te daba miedo volver a chocar con él o que dijese algo ante lo que no pudieses contenerte. Aunque no le tuvieses demasiado aprecio, no querías interferir de nuevo en nuestra relación. Porque puede que, exceptuando a mamá, yo ya no los quisiese de la misma manera, de esa incondicional que sientes cuando eres pequeño porque sencillamente has nacido en ese nido y no conoces nada más, pero seguían siendo mi familia. De algún modo retorcido, me calmaba saber que estaban bien. Que mis hermanos eran felices después de casarse, que Sofía pudiese conocer a sus primos, que tú te guardases lo que pensabas porque respetabas mi decisión, incluso aunque no estuvieses de acuerdo con todo o a veces te viese morderte las uñas cuando te ponías nervioso.

Te doy las gracias por eso, Gabriel.

Por no imponerte nunca. Por no darme órdenes ni intentar convencerme de cosas que, en ocasiones, tú veías más claras desde fuera. Por aconsejarme sin presionar más. Por ceder. Por quererme con mis defectos y por dejarme ver los tuyos. Por mucho más.

Aun así, pasábamos mucho más tiempo con tu padre que con mi familia. Era inevitable. Aurelio era el hombre más dulce que nunca conocí, más incluso que tú, porque él era incapaz de enfadarse, no tenía ese carácter que solía decir que habías heredado de tu madre. Recuerdo todos los momentos a su lado con una sonrisa. Seguía comprándome esas galletas de canela que tanto me gustaban y, años después, descubrí que tenía que ir caminando

hasta una pastelería del barrio del Carmen para conseguir esa bolsita que yo devoraba en un pestañeo mientras él me miraba satisfecho y servía el café. Entonces, cuando tú le contabas qué tal te había ido esa semana en el trabajo o le hablabas de ese libro de texto escolar en el que te habían pedido que participases, Aurelio dejaba escapar el aire para esconder el orgullo que sentía, y a mí me entraban ganas de llorar. Y con Sofía... con Sofía se desvivió desde el primer día.

Hacía lo que quería con su abuelo, ¿recuerdas? Te reías al ver que intentaba subirse a su espalda para que la llevase a caballito como tú solías hacer. A ella le gustaba mandar y era de ideas fijas, mientras que Aurelio se dejaba manejar a su antojo.

Aquel día a mediados de primavera, fuimos a comer a casa de tu padre y noté que parecíais compartir algún secreto, porque, seamos sinceros, Aurelio era incapaz de hacer como si nada, no sé cómo pudiste confiar en que él podría disimular.

—¿Hay algo de lo que no me haya enterado?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! ¿Por qué lo dices?

—Aurelio, te has puesto nervioso —insistí.

—¡No es verdad! ¡Por supuesto que no!

—Parece que te vaya a dar un ataque.

—Ha tenido una semana dura en el taller —lo excusaste, antes de sentarte a su lado y pasarle un brazo por los hombros. Tu padre asintió con más énfasis de lo esperado. Os miré. Erais como dos gotas de agua, aunque él tenía el cabello salpicado de canas y los rasgos más suaves, mientras que tú acababas de cumplir los treinta y cuatro años y tenías la piel resplandeciente y los ojos brillantes. Pero vuestra nariz era igual. Y también los dedos largos, ásperos.

—Supongo que sabéis de que no me engaños.

—¿Quién te engaña, mamá? —preguntó Sofía.

—A mí no me mires —contestaste riéndote.

Te lancé una ficha de dominó que esquivaste.

Tu padre también terminó riéndose por lo bajo, y yo alcé una ceja, incrédula, porque no entendía qué estaba ocurriendo y, oh, no había nada que odiase tanto como las sorpresas. Tú lo sabías, claro que lo sabías.

Las Navidades del año anterior estuviste semanas hablándome de mi regalo y yo revolví toda la casa. En serio. Toda. Miré encima de los armarios, debajo de la cama y hasta en el taller de tapicería de tu padre cuando fui a hacerle una visita. Necesitaba saberlo porque la intriga me estaba matando. Nunca lo encontré. Al final resultó que siempre lo llevabas encima, en tu cartera. Eran dos entradas para ver una obra de teatro a la que me había empeñado en asistir y que sabía que a ti te horrorizaría, pero que a mí me hizo llorar y me emocionó. Fue la primera vez que dejamos a Sofía con tu padre para salir y poder compartir un rato a solas, algo que no todo el mundo veía bien por aquel entonces, o eso fue lo que comentó en susurros la vecina de enfrente unos días más tarde.

La cuestión es que estabas raro y lo seguiste estando cuando llegamos a casa, bañamos a Sofía y la acostamos antes de quedarnos en el salón hasta que nos entrase el sueño.

—¿No piensas decírmelo? —Me crucé de brazos delante de ti.

—¿Decirte el qué, cariño? Hoy pareces de otro planeta.

—Muy gracioso, Gabriel. Te conozco. Desembucha.

Sonreíste como un niño, con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué siempre quieres estropear la sorpresa?

—¡Lo sabía! —Te señalé con el dedo—. ¡Lo sabía! Maldito seas.

Me tiré sobre ti y forcejeamos como críos en el sofá hasta que terminamos sobre la alfombra del salón. Me hiciste cosquillas, mi debilidad,

y me revolví y grité hasta que vi que te llevabas un dedo a los labios para hacerme callar.

—Vas a despertar a Sofía —susurraste.

—Y será por tu culpa... —repliqué.

Aún sonreías cuando tus labios cubrieron los míos. Te rodeé el cuello con las manos y durante aquel momento, desde que empezaste a quitarme el camisón hasta que los dos terminamos gimiendo a la vez piel con piel, me olvidé del misterio.

Al menos hasta que poco después de acabar volviste a mirarme de reojo con ese brillo travieso, aún tumbado boca arriba en la alfombra del salón. Te estiraste hacia un lado para alcanzar el paquete de tabaco y encenderte un cigarro. Me apartaste el pelo de la frente.

—Prométeme que no te enfadarás.

—Dios mío, ¿qué has hecho, Gabriel?

—Fue un impulso. Luego recordé que odias las sorpresas.

—¿Eres consciente de que me estás matando lentamente? —Te miré mientras terminaba de abrocharme los botones del camisón.

—La cuestión es que hace unas semanas tú dijiste algo... dijiste algo que me pareció interesante. Así que luego estuve pensando sobre eso. Y unos días más tarde quedé con Martínez para almorzar y, no sé cómo, salió el tema... y de repente él dijo que era una idea brillante y que podría hacer un par de llamadas para conseguirte una entrevista y yo...

El corazón me latía tan rápido que casi ni te escuchaba.

—¿Una entrevista? ¿Qué ocurre? Habla claro.

Te incorporaste un poco, aún con el cigarrillo en los labios. Distes una calada larga, expulsaste el humo y tardaste unos segundos en clavar la mirada en mí, porque sabías que de repente el ambiente se había enrarecido y que no podías retrasar más aquello.

—Es para un trabajo. Fue todo pensado y hecho, allí, en el momento. No lo sé, cuando me preguntó le dije que sí, que era genial. Pero ahora me estás mirando así y creo que quizá me equivoqué. ¿Sabes qué? No tenemos por qué ir, anularé el compromiso.

—Deja de irte por las ramas, Gabriel —siseé.

Se te escapó una sonrisa pequeña. Tiempo después me confesaste que fue porque, en ese instante, sin venir a cuento, te vino el recuerdo de aquellos primeros días juntos, cuando yo me sonrojaba tan solo con una mirada y titubeaba al hablarte. Te hizo gracia verme así, comprobar cuánto había cambiado, lo mucho que los dos lo habíamos hecho.

—Dijiste que alguien debería contestar las cartas de la revista.

—¿Estamos hablando de lo mismo?

—Depende. ¿Iba en serio? ¿De verdad quieres contestar las cartas de las lectoras?

—Estás bromeando. Dime que estás bromeando...

—No es algo seguro, pero sabes que Martínez tiene muchos contactos y conoce al hijo del director de la revista. Al parecer, se hará cargo del negocio en breve y quiere renovarlo un poco, así que cuando le comentó que era amigo de una lectora indignada por cómo funcionaban algunas cosas en la revista, le hizo gracia y dijo que estaría dispuesto a reunirse contigo y a escuchar esas sugerencias que tenías que decirles.

—¡No me lo puedo creer! Madre mía, Gabriel.

—¿Te gusta la idea? —Me miraste fijamente.

—¡Pero si yo no soy nadie! ¿Cómo voy a reunirme...?

—Eres una mente creativa e inquieta. —Sonreíste—. Mira, solo tienes que ir allí, sentarte con él y ser tú misma. Dile lo que piensas. A veces una visión distinta es lo que algo viciado necesita. Si quieres hacerlo, saldremos dentro de cuatro días.

—¿Saldremos a dónde? —pregunté aún alucinada.

—A Madrid. ¿No te lo he dicho? La reunión es allí, en las oficinas de la revista. No te preocupes por nada, ya lo he hablado con mi padre y él se quedará con Sofía. Le comenté que se viniese a casa para que estuviese más cómodo, si a ti no te molesta...

Parpadeé intentando asimilar toda aquella información. Volví a sentir aquel cosquilleo en la tripa que noté esa primera mañana durante el curso que hice años atrás. La ilusión ante un reto inesperado por delante. Inspiré hondo al tiempo que deslizaba una mano por tu pecho aún desnudo, recorriendo el estómago hacia arriba, hasta llegar a la línea de tu mandíbula, mientras seguías mirándome con esa intensidad de los grandes momentos que los dos saboreábamos incluso antes de que ocurriesen, como si pudiésemos adivinar que con el tiempo los recordaríamos. Un viaje. Un desafío. Madrid.

—Y Sofía... —dudé un segundo, nerviosa.

—Él se la llevará al taller cada día.

—Pero... no lo sé, Gabriel...

—Yo crecí allí. Me pasaba las tardes en ese taller, no le pasará nada. Tampoco nos pasará nada a nosotros si nos separamos de ella unos días. Todos estaremos bien, ¿de acuerdo?

Sonreí despacio, vacilante, pero tú supiste en seguida que pronto estaríamos rumbo a otra ciudad, porque me llenaba demasiado la idea de atrapar esa oportunidad repentina, y me moría de ganas de pasar un fin de semana contigo, a solas, sin pensar en nada.

Lo recuerdo todo de aquella escapada, hasta el viaje en coche; cuando no escuchábamos música, leía en voz alta el último libro que habíamos elegido entre los dos. Tú sonreías cada vez que algún diálogo te hacía gracia, sobre todo cuando me venía arriba y me esforzaba por imitar las voces que pensaba que tendrían los protagonistas. Así que las horas se nos pasaron volando y, cuando quisimos darnos cuenta, ya estábamos dejando atrás la Puerta de Alcalá.

Apenas tuve tiempo para prepararme. Cuando llegamos ya había anochecido y pedimos un par de sándwiches en el hotel, que nos comimos en la habitación, mirándonos nerviosos.

—Así no me ayudas, Gabriel —me quejé riéndome.

—Es solo... que creo que es una gran oportunidad.

—Pero no pasará nada si me da largas, ¿verdad?

—Claro que no, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque hemos hecho todo este viaje...

—¿Y qué? Después de la entrevista, salga como salga, vamos a divertirnos. Tú y yo a solas, Valentina. Como en los viejos tiempos. ¿Recuerdas aquel viaje a la playa?

—Cuando me quedé embarazada de Sofía, sí.

Tú sonreíste travieso y alzaste las cejas, mirándome.

—Como para no quedarte. ¿Cuántas veces lo hacíamos al día?

—No lo sé, pero parece que fue en otra vida.

Algo cambió en tu mirada mientras deslizabas los ojos por mi cuerpo, allí sentados en la cama aún cubierta por la colcha. Sé que pensaste que últimamente hacíamos el amor menos a menudo. Que, a veces, cuando

llegaba el final del día y nos metíamos bajo las sábanas, estábamos tan agotados que tan solo nos dábamos un beso rápido de buenas noches antes de quedarnos dormidos. Que ese deseo loco e intenso del principio se había calmado.

—Deberíamos acostarnos ya —dijiste—. Mañana será un día largo.

—Sí, tienes razón. —Me levanté y aparté los restos de la cena.

Después nos pusimos el pijama, cada uno en su lado de la cama, y apagamos la luz de las lamparitas de noche antes de encontrarnos entre las mantas. Te abracé. En medio del día a día, a veces cuesta parar y disfrutar de esas cosas que las primeras veces nos llenaban; como la sensación de rodearte la cintura y sentirte estremecerte, o la de apoyar la cabeza en tu pecho en medio de la oscuridad y escuchar el latido de tu corazón. También oírte respirar. Y notar tus manos acariciándome el pelo, enredando mechones entre tus dedos.

—Te quiero, Gabriel —susurré bajito.

—Yo también te quiero, cariño.

Me levanté con diez minutos de retraso y con el estómago revuelto. Tú seguías sentado en la cama con la mirada algo perdida mientras yo empezaba a vestirme antes de meterme en el baño. Me miré en el espejo e intenté arreglarme un poco; oculté las ojeras, rímel en las pestañas y un pintalabios rojo. Por aquel entonces llevaba el pelo oscuro por los hombros y recto, un corte que me encantaba, así que tan solo me lo peiné con los dedos.

Desayunamos en el hotel, aunque, en realidad, apenas probé bocado por culpa de los nervios. Poco después, mientras avanzábamos por la calle en la que estaban las oficinas y tú me dabas un apretón en la mano para animarme, me di cuenta de que aquello era una locura. Estaba allí porque un amigo nos había hecho un favor y me daba la impresión de que el hijo

del director, el tal Samuel Jiménez, ni siquiera recordaría que hoy tenía una cita conmigo. Porque, ¿quién era en esos momentos? Tan solo un ama de casa que años atrás hizo un curso de taquigrafía y mecanografía, curso que a niveles prácticos solo le sirvió para terminar escribiendo cartas de opinión con quejas y propuestas a revistas y otros medios.

—Deberíamos dar media vuelta e irnos a casa.

—Valentina, Valentina... —Te reíste.

Suspiré. Antes hacías mucho aquello, sobre todo los primeros años, dejar que mi nombre resbalase entre tus labios como si con eso ya estuvieses diciendo suficiente.

—Lo digo en serio, Gabriel. Ha sido un error.

—Vamos, sube. Yo te espero aquí. No tengas prisa, me tomaré un café en ese bar de ahí enfrente. Y estate tranquila, cariño. Limitate a decir lo que piensas.

Asentí, aunque me temblaban las piernas. Me diste un beso en la frente y luego cruzaste la calle sin mirar atrás mientras te encendías un cigarro. Suspiré hondo antes de entrar en el edificio y dar mi nombre en recepción. La chica me sonrió y me dijo que me estaban esperando, algo que me sorprendió y alivió a partes iguales. El interior de aquel lugar estaba decorado con tonos claros en contraste con los muebles oscuros de aspecto clásico. Seguí las indicaciones, así que subí hasta la última planta, en la que estaban los despachos. Una vez allí, llamé a la puerta y esperé con un nudo en la garganta.

El hombre que abrió tendría más o menos nuestra edad. No era lo que esperaba. Vestía de forma informal y su despacho estaba hecho un desastre, con papeles y carpetas por todas partes. Apartó la silla hacia atrás y me invitó a sentarme antes de disculparse.

—Perdona el desorden. No tardaré mucho en mudarme al despacho principal y llevo unas semanas ajetreadas. ¿Quieres tomar algo? ¿Pido que te suban un café?

—No, pero muchas gracias.

—Genial. ¿Puedo llamarte Valentina?

—Sí, claro. ¿Y usted es el señor...? —tanteé.

—Samuel, a secas. Es más fácil así. —Rodeó la mesa y se sentó en el sillón negro que había detrás antes de suspirar hondo—. Así que, por lo que me contó Martínez por teléfono, escribiste una carta a la revista. Una carta de la que nunca obtuviste respuesta.

—Dicho así en voz alta no suena para tanto, pero...

—Vamos, desahógate. No te cortes —me animó.

—Es una falta de respeto.

—Entiendo.

—La revista se dirige principalmente al público femenino y, ahora que por fin empezamos a tener voto y opinión, creo que es indignante que animen a sus lectoras a escribirles, pero luego no se tomen ustedes esa misma molestia en contestarles, ¿no le parece? Además, ¿qué tipo de fidelidad esperan conseguir ignorando a quienes les dan de comer?

—Bueno, visto así... —Sonrió.

—No es gracioso, señor Jiménez.

—Samuel —corrigió—. Y lo que me hace gracia es tu entusiasmo, que es admirable. No sé si te lo comentó tu amigo Martínez, pero ahora que me haré cargo de la revista tengo intención de renovarla, darle un aire distinto; hemos perdido suscriptores en los últimos años.

—No me extraña —se me escapó.

Él se limitó a sonreír más abiertamente.

—Me gustaría poder contar contigo. Recibimos cientos de cartas, de las que normalmente se seleccionan unas cuantas al azar para publicar. Ahora mismo no tenemos personal que se encargue de leerlas ni de filtrarlas, es así de sencillo. Pero creo que, teniendo en cuenta tu currículum y que te graduaste en un curso de mecanografía, podría interesarte el empleo. Mi propuesta, Valentina, es la siguiente. Cada dos semanas te llegaría el material a casa a través de un mensajero y tú te encargarías de responder las cartas de las lectoras, así como de hacerme llegar aquellas que contengan sugerencias que creas que puedan ser de mi interés. En este momento, no puedo ofrecerte un sueldo alto hasta que no veamos resultados, pero...

—Quiero el trabajo —dije de inmediato.

Samuel sonrió y buscó algo entre el fajo de papeles.

—Como intentaba decirte, confío en que con el cambio de rumbo que queremos darle a la publicación las cosas vayan mejor, lo que sin duda será bueno para todos nosotros.

—Podría hacer un resumen mensual con las recomendaciones más interesantes. Imagino que estarás ocupado haciéndote cargo de la revista, eso agilizaría las cosas.

—Buena idea. Bienvenida a la empresa, Valentina.

Un rato más tarde, salí de allí flotando en una nube. Bajé por las escaleras tan solo para poder echar un vistazo a la planta de redacción y, cuando abrí la puerta que daba a la calle, tú ya estabas esperándome mientras expulsabas el humo del cigarro con la vista clavada en el cielo.

Me lancé a tus brazos, tan feliz, tan ilusionada...

—¡Tengo trabajo, Gabriel! Un trabajo increíble.

—Lo sabía. Era un palpito.

Nos miramos sonrientes y luego tú me cogiste de la mano y echamos a andar por las calles de la ciudad, perdiéndonos por el centro y visitando

tiendas y ojeando escaparates mientras yo hablaba sin parar de todo lo que había ocurrido allí dentro y de los planes que tenía para mi día a día a partir de entonces. Tú escuchabas y sonreías, como siempre, dejándome disfrutar de aquel momento.

Te comenté que, como me había dicho Samuel casi al despedirnos, quizá tendría que reunirme con él allí en Madrid en alguna ocasión, más adelante y si aquello marchaba bien. Asentiste y me calmaste asegurándome que tu padre cuidaría entonces de Sofía y que, además, si alguna vez él no podía hacerlo, tú pedirías que te sustituyesen ese día.

Estaba eufórica.

Llamamos a casa más tarde, cuando regresamos al hotel para cambiarnos antes de ir a cenar. Aurelio me aseguró que todo estaba controlado, que Sofía se había comido las espinacas que le había preparado (algo sorprendente, con lo mucho que se resistía a la hora de comer verduras) y que ya estaba con el pijama puesto y a punto de irse a la cama.

Esa noche me puse un vestido con el que me veía guapa, algo que tú corroboraste en cuanto me viste al salir del baño. Era holgado y corto, informal. Igual que tus vaqueros y la camisa que elegiste antes de que abandonásemos la habitación del hotel y fuésemos dando un paseo hasta el restaurante en el que cenaríamos. Yo había protestado porque era un poco caro, pero entonces me recordaste que a partir de entonces tendríamos dos sueldos y que, además, teníamos que celebrar aquel día y darnos un capricho.

Así que disfrutamos de la cena. La carne estaba tierna y el postre, un flan de queso, delicioso hasta el punto de que lamí la cucharilla al terminar.

—¿Sabes que no hay nada más increíble que verte comer?

—Creo que eso no me lo habías dicho nunca.

—Pues lo pienso siempre. Pienso en la manera que tienes de cerrar los ojos y sonreír cuando das un último bocado a algo que te gusta mucho. Es estimulante.

—¿Estimulante?

—Provocador...

Estabas mirándome de esa forma que me hacía contener el aliento, de esa que cuando te había conocido años atrás me calentaba las mejillas y me hacía bajar la vista. Pero entonces ya no. Entonces te sostuve la mirada mientras tú te inclinabas sobre la mesa sin dejar de observarme, hambriento, como si hubieses reparado en mi presencia después de unos meses sin verme del mismo modo, ciegos entre la rutina.

—Me muero por llegar al hotel... —susurraste.

—¿Desean algo más? —Nos interrumpió el camarero.

—No, gracias. La cuenta ya —le dijiste sin mirarlo.

Salimos del restaurante cogidos de la mano y caminando rápido. Cuando vi que no nos dirigíamos por donde habíamos venido, fruncí el ceño.

—Es por el otro lado, Gabriel.

—No creas que no me tienta la idea, pero tengo un plan mejor. Vamos a ir a divertirnos. Y vamos a emborracharnos. Como si aúnuviésemos veinte años.

Me reí y decidí dejarme llevar, porque hacerlo de tu mano era fácil. Terminamos en el barrio de Malasaña, bebiendo cerveza en un garito en el que ponían música que estaba de moda, hablando mientras bebíamos con tu cuerpo cada vez más cerca del mío hasta que los dos taburetes en los que estábamos sentados acabaron juntos y mis piernas entre las tuyas. Le diste un trago a la segunda copa, esa que era de algo más fuerte que nos calentaba la garganta, y después deslizaste la mano hasta posarla en mi rodilla.

—Deberías llevar este vestido todos los días.

—Claro, saldría a comprar el pan con este trozo de tela.

—A mí me gusta cómo suena —susurraste mientras acariciabas el borde con los dedos y subías un poco más—. ¿Sabes que cuando te vi por primera vez pensé que no podrías ser más guapa? Pues me equivocaba. ¿Cómo es ese dicho sobre el buen vino...?

Solté una carcajada. No por nada en particular, solo por el momento, por la gente que bailaba a nuestro alrededor vestida con ropas que hacía tan solo unos años no podíamos imaginar, porque parecías más joven que nunca mirándome con los ojos brillantes, porque tosí al dar el último trago a esa copa de lo que fuese que habías pedido, y eso nos hizo gracia.

—Elige tú la siguiente —me dijiste.

No recuerdo bien qué respondí, creo que pedí algo que sabía a lima y estaba bueno. Lo que sí recuerdo es que nos lo bebimos ya de pie, moviéndonos al ritmo de la música sin dejar de reírnos. Tus manos estaban por todas partes, como si fueses incapaz de dejar de tocarme. Empezó a sonar *La chica de ayer* y me la cantaste al oído mientras yo te besaba el cuello, recordando lo suave que era tu piel y lo mucho que me gustaba el olor de la colonia que usabas. Luego bailamos *Enamorado de la moda juvenil* junto a varios desconocidos y, durante ese instante, mientras saltábamos sin pensar en nada, volvimos atrás en el tiempo, a mirarnos como si aquella fuese nuestra primera cita y deseásemos más.

Si he de ser sincera, no tengo claro cómo llegamos al hotel. Andando, sí, pero no sé cuánto tardamos ni qué calles recorrimos. Solo me viene a la memoria que no parábamos de reírnos porque tú decías un montón de tonterías sin sentido. Y que en medio del trayecto me arrinconaste contra un coche para besarme como si fuésemos dos chiquillos que tuviesen que

despedirse antes de volver cada uno a casa de sus padres después de una noche de juerga.

Y entonces empezó a llover, fuerte e intensamente.

Eso nos hizo más gracia, nos dio otra razón para reírnos antes de echar a correr ignorando las cornisas de los edificios para protegernos. Llegamos al hotel, aunque durante un instante llegué a pensar que no lo conseguiríamos. Subimos hasta la tercera planta y cerraste la puerta en cuanto entré y los dos nos quedamos allí, mirándonos fijamente.

Estábamos empapados. Respiraste hondo, lamiéndote los labios mojados, y después nos fundimos en un beso. Uno diferente, que sabía a ti y a mí, a los que éramos en ese instante que estábamos compartiendo. Solo nosotros. Solo jadeos llenando la habitación y tus manos quitándome el vestido y recorriendo mi piel como si trazases un camino infinito.

Hicimos el amor como si no llevásemos haciéndolo durante más de una década. Hicimos el amor como si nos descubriésemos por primera vez...

Encontrándonos...

Amándonos...

Un mes después, justo cuando me llegó la primera tanda de cartas, descubrí que estaba embarazada. Y al mirar atrás, reconozco que fue un momento raro. O, más bien, inoportuno. Los dos queríamos tener más hijos, pero de nuevo ocurría justo cuando por fin despegaba laboralmente. Ya había sacrificado aquella parte de mi vida años atrás, porque fue imposible aceptar el empleo que me ofrecieron estando de ocho meses, y justo en aquel instante estaba tan centrada en el proyecto que tenía entre manos que la noticia fue como el zumbido de una abeja que no esperas y que te hace despertar. Quería otro bebé, lo quería...

Pero también quería lo otro...

Y entonces me sentí culpable.

—No hagas eso, Valentina. Escúchame, esta vez será diferente, ¿de acuerdo? Porque trabajas desde casa y puedes seguir haciéndolo. Yo te ayudaré. Intentaremos compaginarnos. Puedo cambiar el horario de tardes para recoger a Sofía del colegio. Nos apañaremos.

Asentí, con un nudo en la garganta.

Un nudo que desapareció semanas y meses después, conforme Pablo crecía dentro de mí. De hecho, fue un embarazo diferente, uno que pasé mejor que el de Sofía. Simplemente, en algún momento, conecté con él. Quizá porque, por primera vez en años, estaba a solas cada mañana tan solo acompañada por la máquina de escribir y por las patadas que Pablo me daba sin parar. Compartíamos aquella rutina. El segundo café con leche descafeinado. Los momentos en los que me quedaba pensativa mirando por la ventana. Las cartas que llevábamos a correos. La satisfacción cada vez que sentía que estaba haciendo algo útil, algo que me llenaba, hablando con

mujeres de todas partes de España. También con hombres, aunque pocos. Yo siempre he creído que nosotras somos mucho más comunicativas, que nos gusta compartir, dar, abrimos, que nos implicamos en todo de una forma más emocional.

Me reuní en dos ocasiones con Samuel y en ambas fuimos a comer. Él quería discutir conmigo algunas de las propuestas que había seleccionado del «buzón de sugerencias». Lo bueno de Samuel era que, al contrario que su padre, era alguien dispuesto a escuchar. No te miraba por encima del hombro y no se reía si decías algo tonto frente a su experiencia. Al revés, se lo tomaba todo muy en serio, hasta el comentario más insignificante. Me gustaba que se preocupase por la revista y por los contenidos que ofrecían. Yo estaba convencida de que el problema no eran los temas, sino que la revista se dirigía a un público joven y a esa generación nos interesaban otras cosas. Cuando me propuso que hiciese algunas pruebas para ver si podía participar de vez en cuando en alguna sección, me negué.

—Ni siquiera doy abasto respondiendo las cartas de las lectoras. Hay demasiadas. No puedo hacerme cargo de algo más, Samuel. Y menos ahora.

—Podemos contratar a alguien para que te ayude.

—¿Estás seguro? —pregunté indecisa.

—Claro. Se ha corrido la voz de que tenemos en cuenta la opinión de las lectoras, entre otras cosas, y las ventas han ido mejor este último trimestre. No me quiero precipitar, pero creo que vamos por el buen camino. Todo se reduce a darle al cliente lo que quiere, ¿no es cierto? Y, mírate, ¿quién va a saberlo mejor que tú, Valentina? Eres justo el tipo de mujer que nos lee, ¿qué edad tienes?

—Treinta y uno.

—Lo que decía.

Suspiré y lo pensé.

—Tengo una buena amiga que estudió conmigo y a la que le encantó la idea de responder las cartas. Se llama Clara, es lista y aprende muy rápido.

—Perfecto. Pues no hay más que hablar.

Así fue como Clara empezó a formar parte de aquel proyecto. A menudo trabajábamos juntas. Venía a casa, preparábamos algo para almorzar y contestábamos cartas, algunas entre las dos cuando trataban temas difíciles, en otras ocasiones nos centrábamos cada una en lo suyo y apenas hablábamos hasta terminar.

Era feliz. Y lo fui más cuando llegó Pablo.

Pablo, con sus manos regordetas y sus ojos oscuros. Con esa cabeza llena de pelo y la risa que se le escapaba cada vez que su hermana le hacía carantoñas. Al que empezaste a llamar «colega» antes de que él supiese siquiera qué significaba esa palabra y al que le cambiaste casi más pañales que yo, que estaba hasta arriba de trabajo a pesar de la ayuda de Clara y que, aun así, no quería parar porque necesitaba demostrarme a mí misma que podía hacerlo.

Pablo, que fue una pequeña estrella imprevista, que llegó quizá en un momento en el que no lo esperábamos, pero que llenó la casa desde el primer día que lo trajimos del hospital y lo dejamos en la cuna, con sus bracitos agitándose como una langosta (o eso dijiste tú, haciéndome reír). Y después, apenas un minuto después, cerramos juntos otra constelación, esa llena de puntos bonitos, porque los ochenta fueron así, bonitos, con salpicaduras en la pared que guardaban el recuerdo de mi primer empleo, de aquel viaje a Madrid, de días de playa en verano, de momentos cotidianos que nos habían abrazado y de nuestro Pablo.

Unos años más tarde, casi a finales de la década, compramos una pequeña casa en el campo. No era gran cosa. Tenía una parcela de terreno en la que tú empezaste a trabajar plantando árboles frutales, flores y algunas

tomateras que Sofía solía mirar contigo embobada, siendo testigo de cómo crecían; el día que recogisteis la cosecha (seis tomates) los dos estabais eufóricos. Hicisteis una ensalada entre risas y, cuando nos la comimos al mediodía, no dejabais de decir que el sabor de esos tomates era insuperable. Yo no noté nada diferente con respecto a los del mercado, pero asentí con la cabeza para daros la razón.

Me encantaba veros juntos, Gabriel.

En 1989, Pablo tenía ocho años, cuatro menos que su hermana, y te seguía a todas partes. Era tu sombra. Te miraba con admiración e intentaba repetir todo lo que tú decías o hacías. Tiempo después eso cambiaría y tendríais vuestros más y vuestros menos. Supongo que así es la vida, no siempre idílica, no siempre como lo deseamos. Pero aquellos veranos fueron vuestros. Le enseñaste a montar en bicicleta, se te encogió el corazón ante su primera caída y lo ayudaste a escalar árboles cada vez que os escapabais por el monte, aunque sabías que a mí no me hacía ninguna gracia porque temía que se hiciese daño. Aprendió de ti lo más importante; a ser un hombre de palabra, a reconocer sus errores, a saber pedir perdón a pesar de lo testarudo y orgulloso que fue desde pequeño. En eso no se parecía a ti. No. A ti te faltaba tiempo para decir «lo siento» cuando la fastidiabas, igual que a Sofía.

Con ella siempre fue diferente, Gabriel. Ni peor ni mejor, sencillamente eso, diferente. Hay cosas que no podemos forzar, cosas que ocurren y ya está. Y fue así desde el principio, cuando la cogiste en brazos en la habitación del hospital y la miraste con los ojos llenos de lágrimas. Podíais entenderos sin hablar, teníais un lenguaje solo vuestro y reconozco que a veces me dolía, que a veces os envidiaba, hasta que acepté que no era algo malo no compartir las mismas cosas con nuestros hijos, que cada relación es

un mundo y se teje a lo largo de los años con tantos hilos que pretender que sean iguales es casi ridículo.

Pero qué especiales fueron aquellos años.

Ver cómo crecían, cómo se manchaban las manos en el barro y jugaban entre ellos antes de que le comprásemos a Pablo su primera videoconsola y prefiriese quedarse matando los monstruos de la televisión que antes veía en su imaginación en medio del jardín. Reírnos cuando tú los mojabas con la manguera cada vez que pasaban cerca mientras regabas las plantas. Hacer conservas para el invierno. Tomarnos una Coca-Cola en la terraza durante las noches de verano en las que los grillos cantaban y la luna nos acompañaba. Esos polos de menta que ya no hay manera de encontrar. Discutir cuando no estábamos de acuerdo en algo y reconciliarnos después bajo las sábanas e intentando no hacer ruido. Avanzar junto a ellos, recorrer aquel camino juntos...

...separarnos en otros. Aprender a liberarnos.

Yo me impliqué cada vez más en el trabajo, porque me encantaba, porque por primera vez me sentía completa de una forma que no podía explicar. Tú te relajaste. Cambiaste las clases en la universidad por un colegio público que estaba cerca de casa y adorabas a tus alumnos, pero, cuando terminabas la jornada, la terminabas de verdad. Disfrutabas de nuestros hijos, te empezaste a interesar por la fotografía y por los aviones, que te fascinaban. Leías mucho. Leías tanto que, en algún momento, dejamos de hacerlo juntos. Cortamos esa cuerda, una que nos unió desde el principio y que sabíamos que tenía importancia, aunque no supimos dársela en ese momento. El problema de esas cosas es que nunca ocurren en un instante concreto, sino de una forma paulatina y silenciosa, una que pasa desapercibida.

Durante esos años, cambiamos los discos de vinilo por los casetes de música. Tú soplaste cuarenta velas un domingo acompañado por nuestros amigos y la familia; tu padre, Martínez con su mujer y sus hijos, Clara junto a su marido y el bebé que acababan de tener, algunos compañeros del colegio en el que trabajabas, incluida Elena, esa profesora que siempre se mostraba muy interesada en ti. No quería darle importancia, pero te lo comenté cuando nos acostamos por la noche.

—Esa chica... —susurré—, creo que le gustas, Gabriel.

—¿Elena? —Vi que dudabas antes de suspirar y dejar el libro que estabas leyendo en la mesita de noche. Me miraste. La luz de la lámpara iluminaba tu rostro dejando a la vista las primeras arrugas en la comisura de los ojos y esas canas que te habían salido y que nunca quisiste disimular—. Puede ser. Pero fue hace mucho.

—¿Bromeas? ¿Qué es lo que no me has contado?

—Cuando llegó al colegio le preguntó a María si sabía si estaba casado o salía con alguien y ella me lo dijo después. No tiene importancia.

—¡Lo sabía! ¡Es que lo sabía! —Me incorporé en la cama.

—¿No te gusta la idea de tener un marido irresistible?

—Muy gracioso —mascullé mientras me abrazabas.

—Vamos, no te enfades, cariño. Es una tontería.

—Ella es muy guapa —susurré haciendo una mueca.

—¿Estás celosa? —preguntaste sorprendido.

—Sí. No. Quiero decir, no me gusta cómo te mira.

—Valentina, después de tantos años me vienes con estas... —Te echaste a reír y yo me zafé de entre tus brazos, porque no entendía qué te hacía tanta gracia y aquello me había pillado por sorpresa—. Ven aquí. —Te tumbaste sobre mi cuerpo sujetándome las manos por encima de la cabeza

mientras seguías sonriendo como un idiota—. ¿Sabes que te estás comportando como una niña de quince años?

—No es justo. Deberías habérmelo contado.

—Acabo de hacerlo. Ni siquiera me acordaba.

Respiré hondo y luego cerré los ojos cuando tus labios me rozaron el cuello. Susurraste mi nombre. Susurraste que, si alguna vez volvía a dudar, mirase las constelaciones que habías dibujado en nuestra pared, todas las estrellas que nos habían marcado, las que habíamos cerrado y dejado atrás, las que aún estaban abiertas y casi presentes. Nosotros.

*Aquellos maravillosos
noventa*

—¿Por qué siempre tengo que ser yo la que ponga las normas? No me mires así, Gabriel. Solo tiene catorce años y es invierno, anochece pronto, no puede salir hasta las tantas.

—Las diez de la noche no es «hasta las tantas».

—No, pero más tarde de lo que debería.

—La sesión del cine termina a esa hora.

—Entonces tendrías que haberle dicho que no puede ir al cine.

Suspiraste, poniendo los ojos en blanco, y eso me cabreó aún más. No era la primera vez que teníamos aquella discusión. Tú solías ceder fácil con Sofía, decías que «confiabas plenamente en ella» y no es que yo no lo hiciese, es que tan solo era una niña. Confiaba en ella, no tanto en los demás, en los desconocidos que pudiesen hacerle algo, en las compañías con las que pudiese juntarse en algún momento. Yo qué sé, Gabriel. Tenía miedo. Empecé a tenerlo en cuanto ella creció y dejó de necesitarnos tanto. Lloré como una idiota el día que le bajó la regla, y también ese otro en el que nos anunció que se iría de viaje de fin de curso con el colegio. Ahora que ha pasado el tiempo, admito que quizá me equivoqué, pero en ese momento no supe hacerlo de otra manera, porque era un sentimiento visceral, uno que me oprimía y no me dejaba respirar ni ver más allá de lo que me preocupaba.

—Está bien, iré a recogerla a la puerta del cine, ¿te vale eso?

—Sí, pero también me vale que a la próxima seas tú el que le diga que no a algo. Porque siempre soy yo, Gabriel, siempre tengo que poner límites y quedar como la mala.

—Estás exagerando. Estás... haciendo eso otra vez.

—¿Haciendo el qué?

—Da igual. Déjalo.

—Qué fácil es así.

—No quiero discutir.

Pasaste por mi lado sin rozarme, cogiste el paquete de tabaco y te marchaste de casa. Yo me quedé en la cocina, pensando... pensando... en esa tontería. En que no me habías ni rozado. Puede sonar poca cosa, pero me di cuenta de que hacía tiempo que no lo hacías. No lo hacíamos, en plural. Y no en momentos como aquel, no cuando nos enfadábamos, sino de normal. Porque años atrás buscabas cualquier excusa para tocarme, la que fuese. Podíamos estar de mal humor, incluso, pero tú encontrabas la manera de que nuestros hombros se rozasen o nuestras miradas se enredasen. Era algo más allá de lo físico.

No estábamos pasando una buena época, ni juntos ni por separado. Siempre tenía mucho trabajo que hacer y, en cierto modo, nunca terminaba. No tenía un horario como tú, no salía a las cinco y punto. Y además eras de los que aprovechabas las horas de tutoría libres para corregir los exámenes y no traértelos a casa. Yo, en cambio, paraba cuando decidía que había llegado el momento de hacerlo y, últimamente, nunca sabía dónde poner el límite, porque quería abarcar más y cada hora extra, cada hora que quitaba de otras cosas, sumaba.

Y cada vez que nos alejábamos, me decía que «éramos nosotros».

«Éramos nosotros», con todas las letras.

Estaríamos bien. Estábamos bien.

—¿Quién entiende a los hombres? —Clara se encendió un cigarrillo y negó con la cabeza antes de suspirar—. A veces tengo la sensación de que vivo sola, ¿sabes? Cuando nos conocimos no era así. No llegaba a casa a las tantas oliendo a cerveza. El fútbol. El problema es el fútbol, Valentina. Deberían prohibirlo. —Su risa me sonó triste, gris.

Estábamos tomando algo en una cafetería.

—Supongo que sí... —contesté distraída.

—Bueno, olvidaba que tú tienes a Gabriel.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes. Que es perfecto.

En cualquier otro momento me hubiese enorgullecido, pero en ese me molestó. Quizá porque vivíamos en la misma casa, pero cada vez te sentía más lejos. Quizá porque yo sabía que tenías defectos, como todo el mundo, que eras humano, que te equivocabas. Quizá porque me dolía no tenerte igual, aunque ni siquiera supiese expresarlo de otro modo que no fuese enfado. Quizá porque habían pasado meses desde la última vez que hicimos el amor y no sabía por qué. No entendía por qué. Ahora sé que tú tampoco. Que, a veces, estamos tan centrados en el día a día que somos incapaces de respirar e intentar descubrir qué está ocurriendo. O simplemente atravesamos una mala época. O nos hemos desviado y no recordamos cómo es eso de que una mano tire de ti, porque el otro también está perdido.

—Gabriel no es perfecto. Te equivocas.

—Oye, ¿qué te ocurre? —Cogió aire—. Llevas unos meses muy rara, casi esquivas, y en cuanto a lo de Gabriel, creo que me has entendido mal.

Tendrá sus cosas, como todos, pero no te deja tirada cada día para irse a saber dónde. O con quién.

—Clara, lo siento, yo no pretendía...

—Quiero pedir el divorcio —me cortó.

—Lo siento mucho, Clara. Yo no imaginaba que estabais tan mal, de haberlo sabido... —Sentía una opresión en el pecho—. Dime qué necesitas. No te preocupes por el trabajo, puedo organizarme sola y ya hablaré con Samuel si veo que se me va de las manos.

—Aún no se lo he dicho, pero he visitado a un abogado.

—Haces bien si no eres feliz.

—Eso espero. No negaré que tengo miedo. Mi madre puso el grito en el cielo cuando se lo comenté hace unos días, pero no quiero... no quiero pasar el resto de mi vida con él.

Alargué una mano sobre la mesa para posarla encima de la suya, que temblaba. Visto ahora puede parecer poca cosa, pero a principios de los noventa no era tan común divorciarse como empezó a serlo tiempo después. Adolfo Suárez se había enfrentado años atrás a la iglesia católica para promover la ley del divorcio y no fue sencillo por culpa del rechazo de los más conservadores. El ministro de Justicia que impulsó la ley dijo: «No podemos impedir que los matrimonios se rompan, pero sí podemos impedir el sufrimiento de los matrimonios rotos».

Le había dejado caer el tema a mi madre un par de veces, pero no quería ni oír hablar de algo así. Aunque era su decisión, no podía dejar de compadecerme de ella. Era una buena mujer y tuvo una vida desdichada y triste. Intenté ayudarla en varias ocasiones, le dije que podía quedarse con nosotros en casa, pero a veces algunos corazones están tan dañados que ya no saben cómo latir a otro ritmo que el que un día les impusieron.

Cuando mis padres se hicieron mayores, regresaron al pueblo en el que había crecido, ese que quedaba a casi dos horas de la ciudad, y perdí aún más el contacto con ellos. Iba a verlos alguna vez, sobre todo para que ella pudiese estar con sus nietos. Y nos llamábamos los domingos, pero poco más. No hubo ningún cambio. No hubo ningún milagro.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —le dije.

Estuvimos hablando un poco más antes de despedirnos en la puerta de la cafetería hasta el lunes siguiente. Era viernes, el día que Aurelio iba siempre a recoger a Sofía y a Pablo para pasar la tarde con ellos e invitarlos a comer churros con chocolate cerca del barrio en el que vivía. Me acerqué hacia allí caminando a paso rápido, pensativa.

Tu padre sonrió al verme, como siempre. Una sonrisa sincera y cálida, de esas que se te cuelan bajo la piel. Le di un abrazo antes de besar a Sofía y apartarle el pelo de la cara mientras Pablo me contaba que aquel día había metido tres goles en el colegio, durante el recreo.

—¡Qué bien, cariño! Ven, deja que te limpie el chocolate.

—Es un pequeño cerdito —se burló Sofía.

—¡Me ha llamado cerdo! —gritó Pablo indignado.

—«Cerdito» —aclaré—, y seguro que lo ha dicho con cariño.

—Al menos yo no tengo la cara llena de granos como ella.

Sofía abrió la boca indignada y yo intenté calmarla rápidamente. Discutían a todas horas. Esa era otra de las cosas que me volvían loca por aquel entonces. Tenía la sensación de que nunca estaba «todo bien»; cuando no éramos nosotros, eran ellos, juntos o por separado, cuando Sofía se rebelaba o Pablo tenía una de sus pataletas. Los cuatro años que se llevaban parecían notarse más que nunca, como si viviesen en dos planetas distintos.

—Te he comprado galletas de canela, mi preciosa Valentina. —Aurelio se puso el sombrero y me guiñó un ojo—. Te las doy si subes a casa y las

encuentras.

Aquel era el juego, desde siempre. Él me compraba mis galletas preferidas, las metía en la cajita de latón y las guardaba en algún sitio, normalmente en el salón. Era una tontería, una tradición que no tenía sentido a los ojos de los demás, pero que se forjó desde que puse un pie en su casa más de veinte años atrás y él me recibió como si fuese su hija.

—¿Quizá el próximo día? Se me ha hecho un poco tarde.

—Siempre con prisas, Valentina. —Sacudió la cabeza.

Tenía mucha razón. Quería hacer tantas cosas que a veces no llegaba a todo. Quería trabajar más, quería ser una madre ideal, quería quedar con mis amigas para tomar café o salir una tarde, quería embarcarme en algún proyecto mío y personal, aunque ni siquiera sabía sobre qué. Quería... quería saber qué estaba fallando entre nosotros, qué nos estaba ocurriendo, qué tenía que hacer para que todo volviese a ser perfecto...

Te miré cuando llegamos a casa. Estabas sentado en el sofá, leyendo una novela con gesto ausente. Quise acercarme a ti, Gabriel. Deseé deslizarme como antaño entre tus piernas, sentarme allí y leer algunas líneas contigo, como hacíamos antes siempre. Pero no pude. Era como si hubiese una barrera entre nosotros que antes no estaba y que me impedía llegar hasta a ti. No era tu culpa. Quizá tampoco la mía. Creo que fue aquella etapa, el poco espacio que quedó para nosotros solos en medio del día a día, pequeños rencores y enfados por cosas tan tontas que ya no las recuerdo, semanas anclados en aquel hastío que terminaron convirtiéndose en meses, casi en años...

No conseguía conciliar el sueño. Sofía estaba celebrando su cumpleaños número dieciséis y le habíamos dejado que se quedase a dormir en casa de una de sus mejores amigas. Era una noche fresca, aunque ya casi estábamos dejando atrás la primavera, y de repente un recuerdo que parecía lejano me azotó con fuerza. Me giré en la cama y suspiré hondo.

—¿No puedes dormir?

Tenías la voz ronca.

—No. ¿Tú tampoco?

Negaste con la cabeza mientras imitabas mi postura. Nos quedamos allí, los dos con la mirada clavada en el techo, respirando hondo, respirando juntos. Aquel pensamiento me alivió entre el recuerdo que se había colado en medio de la noche y que, en lugar de bonito, empezó a resultarme distinto... punzante...

—¿En qué estás pensando? —preguntaste.

—Te sorprendería saberlo. Es una tontería.

—Cuéntamelo, Valentina.

Noté los labios secos, me los lamí.

—Pensaba en ti, en mí y en aquella noche que pasamos en Madrid. Parece que hace una eternidad de aquello. Parece... parece que ocurrió casi en otra vida.

Solo silencio. Y tu pecho subiendo y bajando con fuerza.

—Fue una gran noche —susurraste.

—Me duele. —Ahogué un sollozo.

—Valentina, cariño...

Nos encontramos en medio de la oscuridad. Noté tus manos en las mejillas, el tacto de tus dedos mientras me limpiabas las lágrimas y respirabas contra mi piel, cerca, más cerca que de lo que habíamos estado en mucho tiempo, aunque solo fuese físicamente.

—No sé qué nos está pasando...

—Yo tampoco —dijiste y las palabras fueron un golpe, porque tú siempre eras el que tenía las soluciones en el fondo de algún bolsillo, porque tú eras el que arrastraba hacia arriba incluso cuando tiraba hacia abajo sin darme cuenta. Yo era más egoísta, más mía. Tú eras una ventana abierta en una casa cerrada, pero ese día me di cuenta de que llevaba años con el pestillo puesto y ni siquiera me había percatado de ello.

—Quiero volver a aquella noche, quiero que volvamos a ser esas personas. No lo entiendo. No sé qué ha sido de nosotros durante estos últimos años, pero empiezan a pesar...

Se suponía que tú tenías que decir algo, Gabriel. Se suponía que en ese momento llegaban las palabras mágicas. Un «todo está bien», o algo como «lo superaremos juntos». Pero no hubo nada. Solo tus manos en mi cuerpo. Tus labios sobre los míos. Con furia. Con rabia. Como si no encontrases lo que estabas buscando por más que te hundieses en mí con fuerza, como si a pesar de estar pegados hubiese un plástico impermeable entre nosotros.

Hubo una serie de cambios en la revista, así que durante unos meses tuve que viajar más a menudo a Madrid para acudir a reuniones y ponerme al día. Dejé de encargarme de responder las cartas de las lectoras y me ocupé de administrar la parte más enfocada a la publicidad, elegía qué marcas podían interesar a las lectoras o qué tipo de colaboraciones podíamos hacer, porque en ocasiones se organizaban actos en la capital.

Que cada vez pasase más tiempo fuera no ayudó.

Vendimos la casa de campo, porque no íbamos.

Sofía estaba en plena adolescencia, rebelde.

Pablo seguía siendo testarudo y difícil.

Tú y yo dejamos hasta de discutir.

Un día, mientras hacía la cama, alcé la vista hacia nuestra pared llena de constelaciones y contuve el aliento al darme cuenta del tiempo que hacía que no dibujabas ninguna estrella nueva. Todos esos recuerdos parecían mirarme. Me pregunté si ya no habría más. Y tuve miedo. Un dolor inexplicable me atravesó y la sábana resbaló de mis manos antes de salir de la habitación como si fuese posible huir de una misma, de nuestra realidad.

Hay tormentas imprevistas, de esas que estallan de repente cuando minutos atrás el cielo estaba azul y cubierto tan solo por unas cuantas nubes grises. Y entonces ocurre. Algo se rompe allí arriba y la lluvia cae de golpe y con fuerza como si llevase demasiado tiempo contenida. Porque esa es una palabra terrible, «contención»: sentimientos, pasiones o impulsos refrenados. El problema es que, aunque no los dejemos salir, existen.

El tren me dejó en Valencia a las cinco de la tarde, dos horas antes de lo previsto. Llegué a casa y encontré una nota de Sofía en la que decía que se había ido a los recreativos que había dos calles más allá con unas amigas. Suspiré y dejé la maleta a medio deshacer, porque estaba agotada y porque de repente caí en la cuenta de que a esas horas deberías estar en casa.

Llamé al teléfono de la sala de profesores.

Otro día quizá no lo hubiese hecho, pero en ese momento tuve un impulso, un palpito. Lo cogió Héctor, un compañero tuyo que se había convertido en amigo años atrás. Me dijo que aquel día no te tocaba quedarte para las horas de refuerzo y que te habías ido al acabar. Estaba intranquila. Me prepararé un té y esperé en el comedor hasta que llegaste.

Parecías normal. Parecía una tarde más.

Era viernes y Pablo estaba con su abuelo.

—Has llegado antes. —Te inclinaste y me diste un beso en los labios. Seguíamos haciéndolo, pero más por costumbre que por otra cosa. De esos besos que no sientes.

—Y tú más tarde —contesté mirando el reloj.

—He estado tomando algo con Héctor.

El mundo se paró entonces. Lo sentí así, como si dejase de girar y tú y yo estuviésemos congelados frente a frente, cada uno en una dimensión diferente. Tenía un nudo en la garganta. No sé qué fue lo que hizo que te dieras cuenta de que me pasaba algo, porque ni siquiera me moví. Seguía sentada delante de la mesa, con las manos cerca del té.

—Acabo de hablar con Héctor.

Te miré. Tú no apartaste la vista.

El miedo te cambió la expresión.

—Valentina...

—No sé si quiero oírlo.

Me levanté y fui hacia el dormitorio.

—Espera, Valentina. —Me seguiste.

—No sé si *puedo* oírlo —maticé.

—No es lo que piensas. Te juro que no...

—¿Qué has hecho, Gabriel? —grité, temblando.

—Estaba con Elena. Pero no ha ocurrido nada.

Nunca había sentido un dolor tan intenso, tan adentro. Y nunca imaginé que nosotros seríamos de esa clase de parejas que terminarían así, que se engañarían y se harían daño. Que romperíamos por el camino todo lo que habíamos construido.

Me sujetaste del codo. Me obligaste a alzar la barbilla.

Pero es que no quería, Gabriel. No quería ni mirarte.

Sacudí la cabeza y tú dejaste escapar el aire que estabas conteniendo antes de seguirme hasta la ventana. La abrí. Noté tus brazos abrazándome por detrás, tu boca en mi oreja, tu pecho pegado a mi espalda y sosteniéndome con fuerza mientras se me escapaba un sollozo.

—Te quiero, Valentina. Te quiero más que a mi vida, pese a todo, siempre. Pero no puedo más y necesitaba hablar con alguien... necesitaba...

sentirme escuchado y cuando me has preguntado que dónde había estado pensé que si te lo decía empeoraría más las cosas. Y te juro que no sé si soy capaz de soportarlo, porque no lo entiendo, no te entiendo...

Me giré, llorando tanto que apenas te veía.

—¡Pero me has mentido! Acabas de hacerlo.

—Solo hemos ido a tomar algo. A hablar.

—¿Y qué es eso tan importante que tenías que hablar?

—Te lo acabo de decir. ¿Ves como no me escuchas? Joder, solo necesitaba... desahogarme. Hablar con alguien de esto que nos está ocurriendo, de esto que...

—¿De verdad le cuentas nuestros problemas matrimoniales?

—Al menos con ella puedo hablarlos.

—¿Cómo te atreves...?

—Lo siento, no quería...

Te llevaste una mano a la frente.

—¡Eso ha sido un golpe bajo!

—Ni siquiera podemos mantener una conversación normal.

—¿Una conversación sobre qué, si puede saberse? ¿Sobre cómo pasas el rato con otra mientras yo vuelvo de trabajar después de dos días fuera? ¿Te has parado a pensarlo siquiera?

—¿Es mi culpa que ahora todo se reduzca a tu trabajo?

—¿Me estás echando eso en cara? —chillé, histérica.

Habíamos ido subiendo el tono de voz. Habíamos empezado a hablar a la vez. No nos oíamos entre los gritos, los reproches, las miradas afiladas, los resoplidos.

—¡No me hagas reír! Te he apoyado siempre, joder. Siempre.

—¿Entonces cuál es el problema? ¿Qué es lo que ocurre?

Los dos nos estábamos rompiendo, trozo a trozo.

—¡El problema es que no estás, Valentina, nunca estás! Me siento solo, ¿vale? Me siento como si estuvieses en la otra punta del mundo incluso cuando te tengo delante...

—¿Y te has parado a pensar que quizá me sienta igual?

—Valentina... —Te llevaste una mano al pecho.

Nos quedamos callados unos segundos, mirándonos.

—Quizá hoy uno de los dos debería dormir en el sofá.

—Pero los chicos... —susurraste.

—Ya son mayores, Gabriel.

30

El sábado tú llevaste a Pablo a un partido de fútbol del colegio y yo aproveché esa mañana para pasar un rato a solas con Sofía, ir de tiendas antes de acabar en una de nuestras cafeterías preferidas del centro comercial y pedir dos batidos enormes de fresa.

—¿Qué está pasando con papá? —me preguntó.

—Nada, cariño. Nada que deba preocuparos.

—¿Os vais a divorciar? —Me miró seria.

Creo que hasta ese momento ni siquiera se me había pasado por la cabeza la idea. Daba igual la mala racha que estuviésemos viviendo, nunca valoré esa posibilidad. Quizá porque el mero hecho de imaginarlo me dolía tanto que no podía pensar en nada más.

Yo te quería. Siempre te he querido.

Incluso en los peores momentos.

—No, Sofía, claro que no.

—¿Por qué estáis enfadados?

—Es difícil de explicar... —Removí el batido, incómoda, porque no sabía cómo hablarle de aquello a nuestra hija. Ya no podía tratarla como a una niña. Tampoco como a una adulta—. No hay... no hay una razón concreta por la que estemos enfadados.

—No lo entiendo —contestó.

—Es como un estado de ánimo.

—Ya. Pero papá te quiere.

—Lo sé, y yo también a él.

—Echo de menos cuando estabais bien, cuando os veía leer juntos o cuando él te acompañaba a alguno de tus viajes de trabajo —dijo en voz

baja, casi en un susurro, sin ser consciente de que esas palabras se me iban a clavar en la piel con fuerza.

Porque nuestra hija tenía razón, Gabriel.

Nos queríamos. ¿Qué estábamos haciendo?

Nos habíamos abandonado. Me habías mentido.

Y era cierto, había dejado de escucharte. De mirarte.

Aquel sábado por la noche, mientras seguía masticando las palabras de Sofía, tú apareciste en la cocina y me preguntaste si necesitaba ayuda. Cualquier otro día te hubiese dicho que no solo porque me resultaba más cómodo estar sola, pero en ese momento asentí y te pedí que pelases las patatas mientras yo terminaba de preparar el aliño para el pescado.

Hicimos la cena juntos, codo con codo.

No hablamos, pero el momento no fue incómodo, sino calmado, sencillo. Como antes. Dentro de aquella cocina, mientras el aroma de la cena flotaba en el aire, volví a sentirme un poco más cerca de ti. Cuando me quitaste la cuchara para probar la salsa, nuestros dedos se rozaron y ninguno de los dos se apartó. Quizá parezca tonto, pero se me aceleró el corazón ante aquel gesto. Y hacía tanto que no latía por ti de esa manera...

31

Parecía una tarde cualquiera, pero no lo fue.

Las cosas estaban un poco mejor, aunque seguían rotas. No es tan fácil dejar algo a la intemperie durante años y luego regresar y buscar los pedazos para ir uniéndonos. Y tú y yo, Gabriel, nos habíamos dejado demasiado tiempo. No habíamos sabido frenar, buscarnos.

Pensaba en eso mientras ayudaba a Pablo con los deberes en la mesa del salón, porque había suspendido un par de asignaturas aquel último trimestre y me preocupaba.

Escuché el tintineo de las llaves. El clac de la cerradura.

Me levanté mientras tu hijo terminaba un ejercicio.

Avancé por el pasillo hasta el recibidor, preguntándome por qué no entrabas y saludabas, como siempre. Y entonces te vi, con los ojos irritados, el rostro contraído de dolor y una mano apoyada en la puerta que acababas de cerrar. Te vi y supe que había pasado algo.

—Gabriel... —Apoyé una mano en tu hombro.

—Mi padre ha muerto... Mi padre...

Me quedé sin respiración. Te abracé. Nos abrazamos tan fuerte que, durante aquellos segundos, fuimos un solo corazón latiendo a la vez, sufriendo juntos. Pero después... después dejé de centrarme en mi dolor, en todo lo que Aurelio era para mí, porque solo podía pensar en ti. En que ojalá hubiese podido aliviar aquello, en que me destrozaba saber por lo que estabas pasando en ese momento y no poder hacer nada para evitarlo.

Te aferraste a mí, derrumbándote. Me contaste que se había caído en el taller desde una escalera y se había dado un golpe en la cabeza. Murió en el acto. Unos clientes lo encontraron cuando entraron y avisaron a una

ambulancia y a la policía. Tú acudiste en cuanto te llamaron y te volviste loco al enterarte al llegar de que ya no se podía hacer nada.

Te besé las mejillas, llevándome tus lágrimas.

—Papá, ¿qué está ocurriendo?

Pablo nos miró desde el pasillo.

Te sujeté el rostro antes de que intentases hacerte el fuerte, como siempre, tragándote el dolor. En ese momento, mientras miraba tus ojos enrojecidos y tristes, me di cuenta de que seguías siendo tú. Seguías siendo el chico que pintaba constelaciones. Seguías siendo el gran amor de mi vida, el mejor hombre que había conocido jamás, con tus virtudes y tus defectos. La única persona, además de nuestros hijos, por la que sería capaz de hacer cualquier cosa. ¿Sabes ese pensamiento que tan pocas veces nos sacude y que es algo así como «ojalá pudiese sufrir yo por ti, ojalá pudiese cambiarme en tu lugar»? Es común cuando a alguien le sonrío la suerte, pero más difícil cuando pasa al revés. A mí me llegó en ese momento. Deseé pasar aquel trance por ti, deseé recibir tu dolor y evitártelo.

—Yo hablaré con él, no te preocupes.

—Mamá... —la voz de Pablo sonaba asustada.

—Gabriel, vete al baño y date una ducha de agua caliente.

Asentiste medio ido y, cuando vi que cerrabas la puerta, abracé a Pablo y le di un beso en la frente antes de caminar junto a él al salón. No tenía ni idea de cómo decírselo, pero necesitaba hacerme cargo de la situación y quitarte a ti aquel peso de encima. Me senté frente a él en el sillón e intenté explicárselo despacio, con dulzura. A pesar de que ya tenía doce años, creo que le costó entenderlo. Al principio se quedó en silencio, mirándome sin reaccionar durante tanto rato que me inquietó, hasta que de repente se lanzó a mis brazos y se echó a llorar. Mi pequeño. Con lo mucho que quería a su abuelo...

Con Sofía fue aún más difícil. Sofía quiso estar sola.

Sofía se encerró en su habitación y, cuando entré preocupada a la hora de la cena, incapaz de dejarle más espacio por mucho que nos lo pidiese, vi que ya se había dormido. Tenía entre los brazos el peluche de oso que tu padre le había regalado las Navidades anteriores, algo que a todos nos hizo gracia porque era demasiado mayor para aquello, cosa con la que Aurelio, por supuesto, no estaba de acuerdo. Solía decir que Peter Pan era el mejor filósofo.

Preparé la cena, aunque ninguno probamos bocado.

El funeral era al día siguiente, por la tarde.

Esa noche, en la cama, nos abrazamos.

—No me sueltes ahora... —susurraste.

—Nunca, Gabriel. Tú a mí tampoco.

—Eso es imposible —dijiste contra mi pelo—. Te llevo dentro de mí. Cuando lo he visto hoy... cuando vi cómo se llevaban a mi padre... Solo podía pensar en ti. En que necesitaba abrazarte, en que tenía que llegar a casa porque me sentía solo y sentía... que me iba a caer.

—Lo sé. Pero siempre te sostendré.

—Te he echado de menos...

—Y yo también a ti, Gabriel.

Lloramos juntos hasta quedarnos dormidos.

Al despertar, seguíamos abrazados.

No dijimos nada mientras nos levantábamos. Preparé el desayuno, pero dejé que los chicos durmiesen más aquel día, ya que no iban a ir al colegio. Nos tomamos juntos el café de la mañana e insistí para que te comieses una tostada, porque no habías probado bocado desde el día anterior al mediodía. Tú aceptaste a regañadientes. Los del seguro llamaron al timbre de casa poco más tarde y los invitamos a pasar al salón para reunirnos con ellos. Te

pedí que me dejases encargarme del papeleo, pero no quisiste. Supongo que también necesitabas mantenerte ocupado. Así que lo hicimos entre los dos y después, con los niños aún cabizbajos y casi sin hablar, nos arreglamos y nos marchamos al funeral.

Fue rápido. Acudieron algunos vecinos y amigos de tu padre. También Martínez, que estaba destrozado por la noticia y que no se separó de tu lado. Lo enterraron junto a tu madre, porque era lo que él siempre había deseado. Mientras nos despedíamos bajo el cielo anaranjado del atardecer, me encogí al pensar que ya nunca buscaría más galletas de canela, que ya no habría comidas los domingos en su casa ni partidas al dominó.

Volvimos a casa. Cenamos un vaso de leche con un trozo de bizcocho. El silencio era denso y doloroso. Tuve la sensación de que aquel día había durado una semana. Es curioso cómo cambia la percepción del tiempo y lo diferente que resulta en los buenos y en los malos momentos. Casi parece irreal. Seguía dándole vueltas a eso cuando nos metimos en la cama.

Dejé la luz de la mesita encendida y te miré.

Estábamos los dos sentados con la espalda recostada en el cabecero, bajo nuestra pared llena de constelaciones. Tu voz ronca y agrietada lo llenó todo.

—Lo quería muchísimo...

—Lo sé, Gabriel.

—No me lo esperaba.

—No pudiste hacer nada.

Asentiste. Entonces me levanté, busqué en el cajón de la cómoda y te tendí el rotulador que habías usado para las últimas estrellas. Sonreíste. Fue una sonrisa triste, que no te llegó a los ojos, pero lo cogiste y te pusiste en pie sobre la cama. Alargaste el brazo. Dejaste allí aquel recuerdo. Y después uniste los puntos sueltos que había y cerraste otra constelación.

Me incliné para coger el libro que tenías en la mesita mientras tú te metías de nuevo en la cama. Lo abrí por la página que tenías señalada y cogí aire antes de mirarte de reojo.

—¿Puedo leerte? —pregunté en un susurro.

Asentiste, mirándome, mirándome todo el tiempo.

Empecé a leer suave, sin alzar mucho la voz. Era una novela de Dickens, una de esas que tú solías releer a menudo. No sé cuánto tiempo estuve leyendo, pero sí sé que las palabras parecían encadenarse unas con otras, calmándonos, acompañándonos. Sentí cómo te relajabas a mi lado, con los ojos tristes y la respiración más rítmica.

Al menos hasta que la puerta se abrió y Sofía y Pablo entraron y se metieron en nuestra cama como cuando eran pequeños. Ella se acurrucó contra tu pecho y tú soltaste el aire que contenías al sentir su abrazo. Pablo se quedó algo más alejado, quizá porque siempre le ha costado más abrirse y dejar fluir las emociones.

—Deberíais estar durmiendo ya —les dijiste.

—Yo no puedo, no dejo de pensar en el abuelo.

—Ni yo... —añadió Pablo, asintiendo.

Les hicimos un hueco entre los dos para que se metiesen bajo las mantas. Y allí, aquella noche, recordamos algunos de los momentos que habíamos pasado con Aurelio. Tú te echaste a reír cuando Pablo relató esa vez en la que se atragantó con la limonada y se le salió por la nariz en medio de la comida. O cuando Sofía rememoró lo poco que le gustaban los Take That, ese grupo de música que a ella le encantaba; Aurelio solía decir que parecían «bobalicones» y que esperaba que se echase un novio mejor en el futuro.

Y fue bonito a pesar de la tristeza.

Nos despedimos entre sonrisas.

Nos despedimos juntos.

No fue una década fácil para nosotros, Gabriel. De hecho, diría que fue la peor. Tu padre nos dejó y, no mucho después, también los míos. Murieron tan solo con unos meses de diferencia. Decidí abandonar el trabajo, porque sencillamente no podía más y necesitaba tiempo para mí misma. Tú estabas algo apagado, pero, pese a todo, volvimos a descubrirnos el uno al otro en medio del camino. Si algo bueno podemos sacar de entonces, fue eso.

En cierto modo, nunca entendí por qué llegamos a alejarnos. ¿Qué nos pasó? Seguíamos siendo nosotros. Supongo que, a veces, estamos tan ocupados mirándonos el ombligo que no nos paramos a pensar qué sentirá la persona que tenemos al lado, qué etapa estará pasando, qué le ocurrirá. Nos dejamos llevar por la marea y somos incapaces de cambiar de dirección, porque es más cómodo seguir y seguir y seguir sin mirar atrás; el problema es que, en ocasiones, cuando de repente te giras, has dejado de ver la orilla y te has perdido del todo.

Tú y yo nos encontramos. Volvimos a mirarnos.

Volvimos a querernos bien y a pensar en el otro.

Y nos enfrentamos juntos a los problemas que vinieron. Como al cambio de Pablo cuando empezó a crecer y a volverse cada vez más problemático, sobre todo cuando repitió el último curso. Sofía, en cambio, empezó a no necesitarnos. Fue duro, sobre todo para ti, que siempre estabas ahí para ella, tendiéndole la mano incluso antes de que te lo pidiese. Pero también fue una nueva aventura ver cómo empezaba a estudiar en la universidad y se hacía cada vez más independiente. En dos años, nos presentó a tres chicos. Ninguno te pareció lo suficientemente bueno. Dijiste, literalmente, que «no le llegaban ni a la suela de los zapatos».

—Empiezas a comportarte como un viejo cascarrabias...

Me reí mientras tú refunfuñabas por lo bajo. Grité cuando me cogiste y los dos terminamos en el sofá. Parecías entre divertido y malhumorado, todo a la vez.

—Solo he cumplido cincuenta. Y son los nuevos cuarenta.

—¿Te lo has tomado en serio? —Solté una carcajada.

—Eres cruel. Eres una mujer cruel y muy mala.

Volví a reírme y después nos quedamos mirándonos unos segundos, respirando aún agitados, con tu cuerpo junto al mío en el sofá. Te acaricié el pelo. Lo tenías salpicado de canas, pero a mí me gustaban, te daban ese aire intelectual y atractivo que siempre habías tenido. A pesar de las arrugas que los rodeaban, tus ojos seguían siendo profundos e intensos. Y tus labios... la sonrisa que esbozaban era mi perdición. Te sujeté de la nuca antes de besarte despacio, uno de esos besos que hacía tiempo que no nos dábamos.

—Aún estoy joven para muchas cosas, ¿sabes?

—Vas a tener que demostrármelo para que te crea.

—Maldita seas... —Me desnudaste. Ya casi nunca solíamos hacerlo así, de forma improvisada, pero aquel día fue divertido y excitante. Nos reímos. Nos susurramos tonterías al oído. Nos unimos un poquito más. Dibujamos una nueva constelación, porque sí.

Aunque fueron unos años difíciles con Pablo, creo que lo llevamos todo lo bien que supimos hacerlo. No hay ningún manual sobre cómo ser buenos padres que se pueda seguir al pie de la letra y había días en los que nos sentíamos asfixiados, en los que tú te cabreabas más de la cuenta o yo me agobiaba por no poder entender qué le estaba ocurriendo, pero tras unas semanas difíciles siempre volvía a llegar la calma.

Pablo no tenía mucho interés en los estudios. Un día te escuché gritarle en su habitación, diciéndole: «No tienes ni idea de los sacrificios que tu

madre ha hecho para que tú puedas tener ahora una educación. No tienes ni idea de lo que era antes no poder acceder a nada parecido. Y tú lo tiras a la basura». Saliste dando un portazo.

Casi siempre estabais enfadados, si no era por sus notas en clase, era por las compañías que frecuentaba o porque nunca llegaba a casa a la hora que habíamos acordado con él y nos quedábamos despiertos hasta las tantas, preocupados; tú fumando en la ventana del dormitorio mientras yo leía en voz alta alguna novela compartida para no pensar más de la cuenta hasta que aparecía y os enzarzabais en otra discusión que terminaba igual que las demás.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—No lo sé... —contesté, porque era cierto, no tenía ni idea. Pablo aún seguía cediendo conmigo, pero contigo era más duro, casi como si te viese como a un rival. Parecía mentira que años atrás fueses su héroe, ese al que perseguía por todas partes.

—Esto no puede seguir así, Valentina.

—Ya. —Apagué la luz de la lámpara.

Aquel año, a pesar de que no trabajé, estuve bien a nivel personal. No sé si es porque lo necesitaba o porque aún no había decidido qué deseaba hacer a continuación. Anhelaba encontrar algo que de verdad me motivase y me ilusionase, pero no quería precipitarme. Por suerte, tenía una lista de cosas que quería hacer y teníamos ahorros tras vender la casa de campo y, más tarde, el piso de tu padre. Así que me apunté a un curso de inglés solo por el placer de hacerlo y también decidí sacarme el carné de conducir. Tú me ayudaste con las prácticas.

—Gira a la derecha...

—Vale. Derecha.

—No has puesto el intermitente.

—¡Claro que sí! Te estarás quedando sordo.

—Valentina... —Pusiste los ojos en blanco.

—Está bien, tienes razón, no lo he puesto y aún tienes algo de oído. Pero lo de la vista sí que tienes que mirártelo, deja de retrasarlo más o será peor.

Frené delante de un *stop* del polígono en el que hacíamos las prácticas y tú resoplaste.

—Veo perfectamente.

—No es verdad. Corriges los exámenes con la nariz pegada al folio y casi nunca puedes leer lo que pone en las etiquetas de los alimentos cuando vamos al supermercado.

—La letra es diminuta —te quejaste.

—¿Qué pone ahí? —Señalé el cartel de lo que parecía ser un almacén de muebles.

—Ehh... —Frunciste el ceño—. Pone: «Tenemos muelas...», no, eso no tiene mucho sentido. Vale, ya veo lo de abajo, «sofás, sillas, mesas...».

—Pone: «Tenemos muebles de segunda mano; sofás, sillas, mesas...»

—He acertado la mitad.

—Necesitas gafas, Gabriel.

Unas semanas más tarde, poco después de que aprobase el examen práctico de conducir, te convencí finalmente para que fuésemos a una óptica. Te quedaban bien las gafas, no sé por qué te resistías tanto; además, ni siquiera tenías que usarlas a todas horas.

—Estás guapo. De verdad.

—Si tú lo dices...

En 1999, cuando Pablo celebró su dieciocho cumpleaños, la situación llegó al límite y se rompió, pero, al mismo tiempo, también se empezó a reconstruir poco a poco. Un mes después de cumplir la mayoría de edad, nos dijo que se marchaba, que iba a coger una mochila y el primer tren que pasase. Que quería recorrer el mundo, sin ataduras, sin tener que cumplir horarios ni darle explicaciones a nadie. Yo me eché a llorar. Tú te enfadaste como nunca.

Quizá no nos lo tomamos de la mejor manera.

Simplemente pensábamos que no era bueno para él y queríamos protegerlo de aquello que creíamos que lo perjudicaría. Y no, no nos entusiasmó la idea de que se colgase una mochila del hombro y se largase por ahí con los pocos ahorros que había reunido trabajando algunos fines de semana en un local del barrio del Carmen.

Pero no era nuestra vida. No era nuestra decisión.

Estuvisteis dos semanas sin dirigiros la palabra. Los silencios en casa eran dolorosos. Los recuerdos del pasado también, sobre todo cuando pensaba en aquellos años ochenta dulces y llenos de risas, los días soleados en la playa y en la casa del campo, lo mucho que jugabas con tus hijos y disfrutabas viéndolos crecer sin poder imaginar ni por un momento que, con el paso del tiempo, Pablo y tú os distanciaríais y dejaríais de entenderos igual.

Pero, como digo, fue también cuando todo empezó a reconstruirse.

Aquel día, el último que pasó en casa, lo ayudé a prepararse el equipaje. Me aseguré de que se llevase medicamentos, una tarjeta sanitaria que lo cubriese fuera y cosas prácticas en las que, por supuesto, él no había

pensado. Antes de irse a la universidad, Sofía se pasó por el dormitorio y abrazó a su hermano con fuerza; le dijo que estaba loco, lo llamó «renacuajo» entre lágrimas y le regaló uno de esos chupetes de colores que siempre colgaban de sus llaves para que lo usase como amuleto y se acordase de ella. Yo tenía un nudo en la garganta.

Te esperamos, Gabriel. Saliste de casa en cuanto empezamos a preparar su equipaje y dijiste que volverías, pero cuando el taxi llamó abajo a la hora acordada, tú no estabas allí. Pablo nos había pedido que no lo acompañásemos hasta la estación, porque quería elegir solo su primer destino. Pero se suponía que tenías que estar en casa. Despedirte de él.

¿Cómo no ibas a hacerlo...?

Incluso aunque no apoyases su decisión. Pese a todas las discusiones de los últimos años. A pesar de los malentendidos y las palabras dichas que no sentíais.

Vi que Pablo miraba a ambos lados de la calle cuando llegamos hasta el taxi. Se puso un poco nervioso. Tragó saliva con fuerza. Lo cogí de las mejillas, como si aún fuese un niño.

—Todo irá bien, cariño.

—Ya lo sé —gruñó.

—Y si surge algún problema, cualquier imprevisto, sabes que estamos al otro lado del teléfono, ¿de acuerdo? Y llámanos, Pablo. Llámanos cada vez que puedas.

—Vale, mamá —suspiró.

—En cuanto a tu padre...

—Déjalo —masculló molesto.

—Te quiere muchísimo. Y siempre ha intentado hacer las cosas bien contigo, es solo que ahora mismo está tan cerrado en sí mismo que ni siquiera ve más allá...

—No importa —dijo sacudiendo la cabeza.

Pablo no era de los que se abrían fácilmente o hablaban de sentimientos, tampoco tenía la misma capacidad que tú para pedir perdón o recapacitar cuando se equivocaba. Por eso me enfadé contigo. Porque conocías a nuestro hijo y pensé que en aquel momento era tu responsabilidad no caer en aquella situación. Te grité eso mismo cuando llegaste a casa quince minutos más tarde, abriste su habitación y te quedaste en el umbral de la puerta.

—¿Cómo has podido no despedirte de él, Gabriel?

Te revolviste el pelo. Estabas nervioso, incómodo.

Me fijé en tus manos. Tenías todas las uñas mordidas.

—Valentina... —Fue un susurro—. Tú no lo entiendes.

—Supone lo mismo para los dos. ¿Crees que no me ha costado ayudarlo a prepararse el equipaje y dejarlo ir sin saber dónde dormirá mañana o pasado? ¿Crees que ha sido fácil?

—No, pero...

—No te has despedido de tu hijo y te vas a arrepentir toda tu vida de esto. Te estaba esperando, Gabriel, estaba esperando a que aparecieses, no dejaba de mirar a los lados en la calle antes de subirse al taxi y le has fallado. Pero, peor aún, te has fallado también a ti. Porque tú no eres así. —Te acaricié la mejilla—. Ya sé que es duro...

Te tapaste la cara y suspiraste.

—La he cagado...

—Un poco.

—Es que no podía...

—Ya lo sé, mi vida.

—Aún puedo despedirme.

Te miré sorprendida mientras te apartabas y cogías la chaqueta que colgaba del perchero tras la puerta de la entrada. Agitaste las llaves en la mano antes de inclinarte para darme un beso rápido. Y sí, lo hiciste. Me lo contaste horas después, por la noche, mientras nos abrazábamos e intentábamos compartir la preocupación. Fuiste hasta la Estación del Norte. Estuviste a punto de saltarte el control de seguridad cuando viste que él acababa de cruzarlo para subir en ese tren que salía en cinco minutos. Te miró. Lo miraste. Os abrazasteis fuerte. Al parecer, no hablasteis, por una vez no os hizo falta para comunicaros y saber que todo estaba bien, que seguirías allí cuando volviese, que él aún te quería como siempre.

34

Me compré mi primer ordenador. Mientras trasteaba en aquel cacharro y lo descubríamos juntos antes de decidirnos por fin a contratar Internet, no sospeché jamás que la clave para mi futuro estaba ahí, detrás de esa pantalla y de un sistema formado por unos y ceros que ni siquiera alcanzaba a comprender, por más que Sofía me lo explicase con paciencia.

Pero sí. De repente supe lo que quería hacer.

Tú sonreíste cuando me decidí a explicártelo.

Y eso fue todo lo que necesité para empezar.

El siglo XXI
Una nueva era

Ocurre algo curioso con esto de la edad. Es como si no fuésemos muy conscientes de ello, al menos no de una manera objetiva. Cuando tenía diecisiete años, veía «viejos» a los de treinta. Cuando cumplí treinta, en cambio, seguía sintiéndome como una niña y los que me parecían más «viejos» eran los de cincuenta. Al alcanzar esa cifra, no imaginaba cómo pude pensar aquello alguna vez. ¡Si éramos dos chiquillos todavía! ¿Verdad? O así se ve entonces, cuando cruzas esa línea y, al mirar atrás, parece que hayan sido dos días.

Estábamos en la cama. Tú leías un libro en voz alta.

Juré que no volveríamos a perder esa tradición.

—Valentina, no estás escuchándome.

—Solo pensaba en mis cosas. Repite la última frase.

—Dime en qué pensabas. —Te quitaste las gafas.

—En el tiempo. En los años. ¿Qué nos ha ocurrido? Quiero decir, ¿cuándo se hicieron mayores nuestros hijos? No lo recuerdo, ¿dónde estábamos? Ha pasado tan rápido que tengo la sensación de que me perdí ese capítulo de mi vida. Hace nada eran dos bebés que podía achuchar a todas horas y ahora Pablo está en Viena y Sofía está por ahí con ese chico... ese chico... ¿cómo se llamaba? Gonzalo, sí, ese.

—Ya no está con Gonzalo. Este es Raúl.

—Vale. Lo que sea, pues Raúl. ¿Lo ves? Ya ni siquiera puedo seguirles la pista porque ellos van muy rápido y nosotros empezaremos a usar bastón dentro de poco.

—Creo que aún nos quedan muchos años para eso.

—¡Pero el tiempo vuela, Gabriel! Volverá a ser otro pestañeo.

—Es ley de vida, cariño. —Me miraste con ternura.

—Y mírame. —Me giré hacia ti—. Mírame en serio.

—Ya lo hago. ¿Qué ocurre?

—He cambiado. Tengo arrugas.

—No es verdad. Estás preciosa.

—Sabes que no es cierto. He engordado y ya casi no me entran los pantalones de siempre. Pero no es solo eso, es que siento que me estoy quedando atrás. Que la vida se escapa.

—Dice la actual empresaria con más ojo de la familia...

Se me escapó una sonrisa, porque eso era verdad y no podía evitar sentirme orgullosa. Tras unos meses usando el ordenador, se me había ocurrido la idea de lanzar una revista digital, una que no tuviese que imprimirse ni venderse en los quioscos y que estuviese al alcance de todo el mundo y gratis. Los conocimientos que había aprendido tiempo atrás fueron de gran ayuda, porque ya estaba acostumbrada a contactar con marcas durante los últimos años y sabía que gran parte del beneficio provenía de los anunciantes. Los medios *online* estaban en alza y Sofia acababa de terminar la carrera de periodismo, así que las dos nos embarcamos juntas en aquel proyecto. Fue bonito, no solo por hacerlo con ella, también porque tú nos ayudaste y también compañeros suyos de la facultad que más tarde terminaron siendo una pieza clave.

Por aquel entonces aún nos quedaba un largo camino por delante que recorrer, pero me sentía satisfecha y confiaba en que, con tiempo y dedicación, funcionase todavía mejor.

—Y a todo esto, ¿quién es ese tal Raúl?

—Creo que el de los tatuajes. El rubio.

—¿El informático que ayuda en la revista? ¿Ese que lleva un *piercing* en la ceja? —Asentiste con gesto distraído antes de volver a colocarte las gafas

y coger la novela—. Y tú que pones el grito en el cielo con todos sus novios, ¿se puede saber por qué estás ahora tan tranquilo?

—No me parece que esté tan mal —dijiste.

—Cuando llamó a casa, pensé que venía a robar.

—Ya, a mí también se me pasó por la cabeza. Pero el otro día, mientras trabajabais, me fijé en cómo la miraba.

—¿Y cómo la miraba? —insistí confundida.

—Como yo te miré a ti la primera vez que te vi.

—¡Eso no vale, Gabriel! Maldito seas.

Me reí y negué con la cabeza, divertida.

—Lo digo en serio, lo prefiero a él que a todos los demás con los que ha salido hasta ahora. Eran, no sé, poco interesantes, ¿no te parece? Ni siquiera podían seguirle la conversación cuando ella se ponía a divagar sobre sus cosas, ya sabes cómo es Sofía.

Tuviste razón. Quizá fue suerte o que siempre mantuviste con tu hija esa especie de conexión inexplicable, vuestro propio idioma. La cuestión es que Raúl pasó a formar parte de la familia poco a poco; asistía a los cumpleaños, se iba contigo a menudo a hacer fotografías a la Albufera y cada vez se implicó más en el proyecto de la revista, hasta el punto de formar parte de ello como si fuese algo de los tres.

Los siguientes años fueron tranquilos, pero también productivos. Los vivimos sumidos en una especie de rutina agradable, no de las que pesan, sino al revés. De las que llenan. Nos despedimos de la peseta y le dimos la bienvenida al euro, conseguimos una afluencia de visitantes diaria y fiel en la revista digital y la publicidad convirtió aquello en un negocio del que Sofía empezó a hacerse cargo. Raúl, en cambio, seguía echando una mano, pero se fue alejando como si una parte de él quisiese separar la parte laboral de la personal, sobre todo cuando decidieron irse a vivir juntos.

La casa se quedó vacía, Gabriel. Llena de silencio.

Al principio me entristecí, no puedo negarlo.

Pero unas semanas más tarde, conforme empezaba a asimilarlo, me di cuenta de que, después de más de veinticinco años conviviendo con nuestros hijos, volvíamos a estar solos. Eso significaba que podía ducharme con la puerta del baño abierta sin pensar en que Raúl o cualquier otro amigo de Sofía decidiese hacerme una visita sorpresa. Podíamos cenar lo que quisiésemos cada día sin tener en cuenta una tercera opinión. Y la televisión... ah, ya no más programas de esos de canto que a tu hija le volvían loca; qué descanso para los oídos.

—Tengo una idea, ¿por qué no te mudas a la habitación de Sofía para trabajar? Es más grande y podríamos tener ahí el estudio —dijiste pensativo—. Aún mejor, ¿y si montamos una librería en la de Pablo? Unas cuantas estanterías, dos sillones, una mesa pequeña...

Noté un nudo en la garganta y sacudí la cabeza.

—En la de Pablo todavía no.

—Hace mucho que no viene.

Tenías razón. Había estado unos años dando tumbos por el mundo, mandándonos postales y fotografías desde diferentes países. Cada vez que nos llamaba nos contaba alguna historia trepidante de esas que cualquiera pensaría que solo ocurren en las películas; tenía anécdotas para dar y regalar. Sin embargo, durante los últimos meses había hecho una parada en Londres, una parada que al final se convirtió en algo más cuando decidió que trabajaría un tiempo en un bar de copas para ahorrar algo antes de marcharse de nuevo. Esa pausa en el camino terminó alargándose tanto que al final fuimos nosotros los que nos animamos a ir a verlo a él. Era la primera vez que cogíamos un avión. Tú parecías un niño emocionado. Yo estuve a punto de sufrir un infarto. Aun así, valió la pena. Nos quedamos en

un hotel porque Pablo vivía en una habitación de alquiler que me puse a limpiar en cuanto nos la enseñó (porque lo obligué, claro) y que era más pequeña que una ratonera. Pero fueron seis días increíbles en los que recorrimos la ciudad con nuestro hijo, que se mostraba entusiasmado mientras nos enseñaba esto y aquello y nos llevaba a los mejores locales que conocía.

—Entonces quizá deberíamos preguntárselo.

—O podemos esperarnos un poco más y ya está.

—Vamos, Valentina. No me digas que no quieres tener una librería solo para nosotros. Podríamos leer ahí por las tardes. Compraremos una alfombra inmensa... —te acercaste a mí sonriendo de lado—, y te haré el amor sobre ella. Admite que suena perfecto.

Me reí mientras tú intentabas meterme mano.

—Lo haremos en la habitación de Sofía, ¿de acuerdo? Pondré una mesa para el ordenador y el resto serán estanterías. No me mires así, quizá Pablo quiera volver algún día. Ella ya tiene un hogar, pero él no, es diferente. Y bien, ¿cuándo nos vamos de tiendas?

Elegimos cada mueble con mimo. Disfrutamos recorriendo por las tardes centros comerciales, merendando en cafeterías y discutiendo para ponernos de acuerdo. Pintamos las paredes de un color naranja tan suave que casi parecía crema cuando había más luz. Tal como tú querías, compramos una alfombra gruesa y de pelo, y al final nos decidimos por dos sillones cómodos, el tuyo especial para los dolores de espalda que cada vez sufrías con más frecuencia. Colocamos una estantería inmensa cubriendo un lado entero de la estancia y, después, fuimos llenándola con esos libros que habíamos guardado en cajas y en el trastero años atrás por falta de espacio. Encontramos tesoros, como aquel ejemplar en el que tú escribiste un día «Cásate conmigo, Valentina» en una pequeña nota, o aquel otro de Jack

London que me regalaste justo antes de besarme por primera vez bajo la luna.

Y sí, pasar allí las tardes ultimando algo de trabajo o compartiendo contigo alguna lectura mientras el cielo se oscurecía cada día, fue perfecto. Fue esa nueva estrella que pintaste en la pared después de que Sofía se fuese de casa. Cerramos aquella constelación, aquel cambio.

El doctor frunció el ceño mientras revisaba los últimos informes y luego carraspeó para aclararse la garganta antes de alzar la vista hacia nosotros.

Contuve el aliento, preocupada.

—¿Hace algún tipo de deporte?

—No —contestaste.

—Y fuma... —recordó.

—Sí. ¿Hay algún problema?

—Gabriel, voy a ser sincero con usted. —El doctor cruzó las manos por encima de la mesa, inspiró hondo y te miró a los ojos—. Tiene cincuenta y nueve años, pero los valores obtenidos en la espirometría pulmonar corresponden a los de un hombre más mayor, aunque, desde luego, usted ya no es un niño. Tiene que dejar el tabaco y empezar a tener otros hábitos de vida. No sé si está entendiendo la gravedad de la situación. Sus pulmones están envejecidos.

—Me hago una idea de lo que eso significa —respondiste, pero, por primera vez, parecías algo preocupado. Por supuesto, te había repetido que dejases de fumar hasta la saciedad, tanto o más que Sofía, pero nunca habías hecho mucho caso.

—Si necesita ayuda, puedo recetarle unas pastillas.

—¿Pastillas? —preguntaste ladeando la cabeza.

—Son relajantes. También puede probar los parches de nicotina.

Cuando salimos de allí, lo hicimos en silencio.

No sabía qué decir. Estaba asustada, Gabriel. Llevaba meses agobiándote para que fuésemos al médico, pero los hospitales y tú no os llevabais nada bien y era algo que siempre intentabas evitar. Sin embargo, tosías todas las

noches, fuerte y con insistencia. Y te fatigabas rápido, cuando no muchos años atrás parecías fuerte como un roble. Me daba miedo que te pasase algo malo y tú lo ignorases.

—Ven aquí. —Tiraste de mi mano en medio de una calle peatonal llena de gente en cuanto te diste cuenta de que estaba temblando, enfadada contigo por haber sido tan irresponsable y conmigo misma por no haber conseguido que fueses antes a hacerte esas pruebas—. No llores, Valentina. Lo voy a hacer, ¿de acuerdo? Dejaré de fumar.

—¿Me lo prometes? —susurré.

—Te lo prometo, cariño.

Cumpliste tu palabra. Fue otra estrella. Yo tuve que aguantar tu humor de perros unos meses y escuchar cómo masticabas chicles de menta a todas horas, pero dejaste el tabaco y empezaste a caminar más a menudo y a coger menos el coche para ir y volver del trabajo.

Pablo no volvió. Pronto descubrimos por qué.

Había conocido a una chica en Londres llamada Amber y estaba tan enamorado que casi no lo reconocí cuando fuimos a verlo de nuevo y nos saludó con los ojos brillantes, el pelo más corto y una sonrisa inmensa. Tú le diste un par de palmadas en la espalda e intercambiasteis una mirada llena de cosas; de respeto, de amor, de admiración. Unos minutos después nos presentó a su chica, que esperaba fuera del aeropuerto. Era preciosa. Le cogimos cariño desde el primer saludo y, tras aquellos días junto a ellos, nos marchamos de allí con la certeza de que Pablo estaba bien. Y estaría bien.

Tanto como Sofía, que meses más tarde nos anunció que se había quedado embarazada. Ella y Raúl nunca se casaron, pero tuvieron un bebé precioso al que llamaron Eva. No sé si es que con la edad uno se vuelve más sensible o si los dos estábamos atravesando una etapa parecida, pero nos emocionábamos por cualquier tontería. La primera vez que te llamó «abuelo» estuviste a punto de echarte a llorar.

La diferencia entre tener hijos y nietos es que a los hijos debes educarlos y ponerles normas; en cambio, con Eva nos limitamos a disfrutar de ella y a saltarnos a escondidas las reglas que sus padres marcaban. Reconozco que le di alguna galleta más de la cuenta de esas que llevaban pepitas de chocolate y quizá le compré más juguetes de los que debía, pero, en mi defensa, tenía una sonrisa tan bonita que era muy difícil negarle nada

cuando hacía uno de sus pucheros, o eso solías decir tú cada vez que te ablandabas.

Y la vida siguió. Los días pasaron. Los meses. Los años.

Forjamos una nueva rutina. Yo trabajaba por las mañanas mientras tú estabas en el colegio, pero cada vez delegaba más cosas en Sofía para poder pasar las tardes contigo, sobre todo cuando Eva empezó a ir a la guardería. Entonces, cuando caía el sol, salíamos a caminar con la esperanza de que tus pulmones se mostrasen agradecidos, dábamos una vuelta por el barrio cogidos de la mano, parábamos a tomarnos un café descafeinado o, si era sábado, unas bravas en alguna de esas terrazas que conocíamos tan bien. Leíamos juntos y nos aficionamos a ver series y a ir cada vez más al cine. De vez en cuando hacíamos alguna escapada y tú aprovechabas para hacer fotografías y fingir durante unos días que seguíamos siendo jóvenes.

Pero ya no lo éramos, Gabriel. Solo en nuestra cabeza.

Empezamos a notarlo poco a poco. Es curioso cómo la mente se moldea. Según mi percepción, seguía teniendo en torno a cuarenta años, pero según el espejo había dejado ya atrás los sesenta. Las arrugas, esos caminos llenos de recuerdos, surcaban mi piel. Me teñía el pelo cada mes para ocultar las canas. Ya no recordaba qué significaba la palabra «cintura», porque mi cuerpo era completamente recto. Me habían salido varices en las piernas y empecé a darme masajes y a tomar infusiones de cola de caballo, aunque fue en balde. Dejé de tener la misma fuerza en los brazos y, aunque a regañadientes, acepté el carrito de la compra que Sofía me regaló porque, en el fondo, tenía razón y era práctico.

Fue paulatino, pero al mismo tiempo rápido.

Pequeños cambios y detalles que se asentaron en nuestra vida y comenzaron a ser parte de la rutina, como si siempre hubiesen estado ahí. Tus pastillas para el colesterol, por ejemplo. Me parecía algo muy normal

recordarte cada mañana si te las habías tomado. También la del corazón. Y qué mal sonaba eso. Lo pensé cuando el médico te la recetó. «Esta es la pastilla para el corazón». Me resultó raro. Pensar que tu corazón necesitase ayuda, un empujoncito, ese corazón que tantas veces había escuchado antes de dormirme con la cabeza apoyada en tu pecho, ese del que me había enamorado cuarenta y cinco años atrás.

Cuarenta y cinco años, Gabriel.

Cuarenta y cinco años desde que te vi en aquella calle mientras llevaba un pan debajo del brazo. Desde esa primera vez que me seguiste hasta el Mercado Central y me convenciste para que saliese contigo. Desde que fuimos a la heladería y escuchamos *Cuéntame* y *Chica ye-ye* sin imaginar entonces que después serían canciones casi prehistóricas.

Cuarenta y cinco años desde que todo empezó...

El día de tu jubilación fue emotivo. Algunos estudiantes reunieron dinero y te regalaron una edición antigua de *Cuento de Navidad*, un libro que te encantaba. Tus compañeros prepararon en el colegio una merienda improvisada y colgaron algunos globos en el salón de actos. Llevabas trabajando allí tantos años que casi conocías mejor cada rincón de aquel edificio que el de tu propia casa. O, mejor dicho, en cierto modo fue también tu casa, esa a la que ibas cada día y de la que regresabas con una sonrisa satisfecha.

Vinieron antiguos alumnos que querían despedirse de ti por última vez, unos acompañados incluso por hijos, otros contándote qué había sido de sus vidas después de graduarse. Sofia y Raúl también acudieron con Eva, orgullosos de presenciar aquel momento. Ese día fui yo la que se escondió detrás de la cámara de fotografías que siempre solías llevar tú e intenté capturar cada instante, cada sonrisa nostálgica que esbozabas, cada mirada cariñosa.

Cerraste una etapa. Y poco después, te seguí también.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté.

—No lo sé. Podemos hacer lo que queramos.

Era una mañana de miércoles y, tras unas semanas algo confundidos aún por los cambios, decidimos sentarnos a desayunar en el salón y hablarlo con calma. Nos miramos de reajo y sonreímos. Era raro. Como volver atrás en el tiempo, a esa época en la que no tienes responsabilidades ni un trabajo al que ir cada día. Pero también hacía que nos sintiésemos un poco perdidos entre tanta novedad. ¿Qué hacíamos con todas esas horas...?

—Podríamos volver a comprar una casa en el campo.

—Suenan muy lógico, sí —contestaste irónico.

—No me mires así, ahora tendría tiempo para dedicárselo a las plantas. Haríamos el mejor jardín de la urbanización. Podrías hacer allí hasta sesiones de fotos.

Removiste el café y alzaste una ceja, divertido.

—¿Desde cuándo te interesa la jardinería?

—Desde nunca, pero podría aficionarme.

—No creo que sea un buen plan volver atrás.

—Vale. Pues un apartamento en la playa.

—¿Y qué hacemos en invierno?

—No lo sé, Gabriel. ¿Qué hace la gente cuando se jubila?

—Juega a la petanca. O se apunta a algún curso de ganchillo.

—Bromear es lo único que no se aprende con la edad, está comprobado.

Te reíste y después inspiraste hondo y me miraste pensativo.

—Podríamos viajar.

—¿A dónde?

—No lo sé, por ahí. Por todo el mundo. Pablo ha estado en un montón de sitios, podría recomendarnos algunos. Y cada día sería una aventura, algo nuevo.

Dudé, pero reconozco que la idea era tentadora.

Solo habíamos salido al extranjero cuando íbamos a visitar a nuestro hijo, que cada vez era más frecuente. Pero nunca nos habíamos ido nosotros solos por el mero placer de hacerlo.

—Admito que no suena mal.

—Mejor que lo de la jardinería.

—Un poquito. Pero me da miedo.

Te inclinaste y me cogiste las manos sobre la mesa, acunándolas entre las tuyas. Me fijé en tu rostro. Cómo cambiamos con los años, Gabriel, pero

aun así seguías pareciéndome atractivo, con la piel arrugada y con los ojos más opacos. En cierto modo, tu imagen representaba una vida entera delante de mí, llena de momentos dulces, agrios y templados. Todos me parecían entonces igual de necesarios para ser quiénes éramos en ese momento.

—Sé que últimamente no dejas de pensar en mí y en todas esas tonterías que dicen los médicos. Que no digo que no sean ciertas, pero me cuido, ¿vale? O eso intento. Y seamos sinceros, cariño, de algo nos tenemos que morir.

—No digas eso, Gabriel, no se te ocurra...

—Pero no será ahora. No somos tan mayores. Lo que quiero decir con esto es que tenemos que aprovechar los años que nos quedan. Vivir, Valentina. Deberíamos gastar buena parte de nuestros ahorros en hacer lo que nos apetezca. ¿Quieres comprarte alguna joya? Pues hazlo. ¿Quieres nadar con tiburones? ¡Adelante! ¿Por qué no?

—¿Te has vuelto loco? —Me eché a reír con ganas.

—No, lo digo muy en serio, cariño. Este es el momento. Pablo está lejos y está bien, es feliz. Sofía tiene treinta y siete años, es una mujer adulta, y sé que crees que aún nos necesita a todas horas, que deberías aconsejarla en cada paso que da en la empresa y que a veces aún nos pide ayuda con Eva, pero déjale espacio, deja que sea ella la que venga a nosotros. Tienen que vivir sus vidas, tomar sus propias decisiones. Y nosotros debemos seguir adelante.

—Ya lo sé... Y suena bien, de verdad que sí...

—También sé que te da miedo que ocurra algo, algo malo, pero ¿sabes qué? Pasaría igual aquí que dos calles más allá o en la otra punta del mundo. No sabemos cuándo ni cómo, lo único que sabemos es que ahora estamos aquí tú y yo, tal como empezamos, los dos solos.

—Tienes razón. —Me limpiaste las lágrimas.

—Cierra los ojos. —Lo hice—. Piensa en un lugar.

—París —susurré casi antes de que las imágenes que había visto durante años en películas aparecieran en mi cabeza; sus calles empedradas, los tejados de los edificios, la Torre Eiffel.

Cuando abrí los ojos de nuevo, tú estabas sonriendo.

—Ya tenemos un primer destino. París.

Un par de semanas más tarde hicimos las maletas. Recuerdo los nervios antes de subir al avión. Ya ves tú qué tontería. Habíamos visitado a Pablo a menudo durante los últimos años, pero en esa ocasión era diferente. No sé. Nadie nos esperaba en el aeropuerto y nos haría un tour por la ciudad. Y me sentía como una niña a punto de cometer una travesura. Cuando nos abrochamos los cinturones en el avión y te dije eso al oído, te echaste a reír.

Me miraste. Yo estaba en el lado de la ventanilla.

—Es que a veces para mí lo sigues siendo.

—¿Qué sigo siendo? —Fruncí el ceño.

—Una niña. La más bonita del mundo.

—Baja la voz. Si alguien te escucha, pensará que estás loco y llamarán a seguridad.

—Que piensen lo que quieran. —Alzaste una mano y la pusiste en mi mejilla. En ese momento anunciaron que el avión estaba a punto de despegar y, como siempre, entrelacé mis dedos entre los tuyos, porque volar me daba más miedo que esa idea loca de nadar con tiburones—. Tranquila. Respira hondo —me susurraste al oído.

Y después alzamos el vuelo hacia esos días que fueron nuestros.

Recorrimos París. Nos perdimos entre sus calles, cenamos en un restaurante caro cuando nunca nos habíamos permitido aquel lujo y me di

un baño de espuma en la bañera del hotel mientras tú me leías una novela sentado en la silla que había enfrente.

Al ir a salir, te pedí que me acercases la toalla. En lugar de tendérmela, la alejaste cuando estaba a punto de rozarla con los dedos. Te miré enfadada.

—¿Qué pretendes? —espeté.

—Sal antes de cogerla.

—No quiero. No así.

—¿Ahora te da vergüenza que te vea? Vamos, hace mucho tiempo que no me dejas hacerlo, parece que te escondas a propósito. —Me miraste con impaciencia—. ¿De verdad, Valentina? Si conozco tu cuerpo mejor que el mío, no me hagas reír. Venga, ven.

Salí de la bañera aún insegura. Me ayudaste cogiéndome del brazo y una vez me planté desnuda delante de ti me cubriste con la toalla y me secaste despacio, con ternura, sonriendo. No sé qué esperaba de ese momento, pero fue íntimo y... diferente. ¿Sabes? Una piensa que, llegados a cierto punto de la vida ya no puede haber nada nuevo, pero no es verdad. Nunca habíamos vivido nada como aquel instante, por ejemplo. Nunca me había sentido avergonzada delante de ti y el sentimiento se había ido disipando conforme tus manos se deslizaban por mi cuerpo desnudo, arrugado y blando. La que era entonces. Y me entraron ganas de llorar, pero no de tristeza, sino porque me hiciste recordar cuánto te quería y, sobre todo, por qué lo hacía. Porque, como pensé un día ya muy lejano, eras el mejor hombre que he conocido jamás. El más generoso. El más valiente.

Me pusiste la bata cuando estuve seca y después nos quedamos toda la noche en la cama hablando de nuestras cosas, de los planes que haríamos y las ciudades que visitaríamos, del regalo que le compraríamos a Eva aquel año por su cumpleaños. Me comí todos los bombones que había en el

minibar sin pensar en lo que costarían o engordarían y tú me robaste un beso con sabor a chocolate antes de darme las buenas noches y abrazarme.

Empezamos por Europa. Entendí entonces por qué a la gente le gusta tanto viajar. Es fácil. No se trata solo de conocer otros lugares, se trata también de conocerse a uno mismo. Porque la novedad de estar en un sitio diferente te obliga también a vivir en ese presente, a agudizar todos los sentidos, a «estar», tan sencillo como eso. No te pierdes en tu propio mundo ni en recuerdos cuando atraviesas una calle nueva o visitas ese monumento que estabas deseando ver, no piensas en los problemas ni caminas con ese saco de preocupaciones que a menudo cargamos en nuestra vida diaria, cuando avanzamos como autómatas del trabajo a casa, de casa al gimnasio, del gimnasio al supermercado.

Es diferente. Es intenso. Y se vuelve adictivo.

Ámsterdam, Edimburgo, Dublín, Brujas, Praga, Lisboa y Copenhague. Yo creo que, conforme recorríamos aquellas ciudades, tú empezaste a entender mejor a tu hijo. O eso reconociste un día mientras paseábamos por Venecia de noche y cogidos de la mano. Se lo dijiste a la mañana siguiente cuando lo llamaste por teléfono y comentaste que ese gesto tan pequeño lo emocionó tanto que, como siempre que se trataba de sentimientos, Pablo no supo qué contestar antes de cambiar de tema y contarte que Amber había encontrado un nuevo trabajo en el que le pagaban mucho mejor que en el anterior.

A ti te hizo gracia. Eso es lo que pasa cuando conoces a las personas y sabes qué esperar y qué no. En cierto modo, los defectos pierden fuerza y las pequeñas taras de cada cual se convierten en eso que lo diferencia del de al lado, lo que hacía que Pablo fuese único, por ejemplo, con sus defectos y sus virtudes, con sus luces y sus sombras.

Cuando le explicamos a Sofía que queríamos ampliar horizontes y cruzar al otro lado del charco, empezó a ponerse nerviosa. Creo que entonces fui más consciente que nunca de que mi pequeña, nuestra hija, ya era madre en todos los sentidos. Esa preocupación por todo, ese impulso de querer abarcar más y más. Esa tensión que se asentaba en sus hombros.

Supiste captar las señales y te fuiste a charlar un rato con Raúl a la cocina para dejarnos a solas. Apoyé una mano en su pierna y la miré antes de coger aire.

—Deberías relajarte, Sofía. Hazme caso.

—Estoy bien, solo me preocupo por vosotros.

—Ya lo sé. Y también sé cómo te sientes, porque una vez estuve en tu situación y años después me di cuenta de que quizá podría haber hecho las cosas de otro modo. ¿Sabes lo que me decía a menudo tu abuelo? Te vas a reír. Me decía: «Siempre con prisas, Valentina».

—¿Tú con prisas? —Parpadeó sorprendida.

—Hubo una época en la que sí, Sofía.

—Es que siento... —Se llevó una mano al pecho y vi cómo contenía las lágrimas—. Siento que siempre tengo algo que hacer. Siempre, mamá. Desde que me levanto hasta que me acuesto. Pero tampoco puedo pedirle más a Raúl, porque sabes que hace todo lo que puede...

—Quizá deberías delegar en alguien parte de tu trabajo.

—Ya, pero la gente es poco profesional... lo harían mal...

—Entonces buscarías a alguien que lo hiciese mejor.

—Puede ser. —Respiró hondo—. Y luego estáis vosotros...

—¿Qué pasa con nosotros? Papá y yo no tenemos problemas.

—Tengo la sensación de que debería estar más cerca, de que cada vez que os hacemos una visita vamos con prisas y corriendo, de que hace una eternidad que no compartimos un rato tranquilo. Y no me gusta que estéis

siempre de un lado para otro, porque si os pasase algo... si ocurriese cualquier cosa y no pudiese estar ahí... creo que no me lo perdonaría.

La abracé. Dejé que se desahogase y luego le aseguré mil veces la verdad, que nosotros estábamos bien, estábamos pasando una época maravillosa juntos y recorriendo el mundo, estábamos disfrutando después de mucho trabajo. Quería que lo entendiese y que aceptarse que, si surgía algún imprevisto, no era su responsabilidad. Nada de aquello lo era.

—Y no intentes ser perfecta, cariño. Me he mordido un montón de veces la lengua durante estos últimos años porque le prometí a tu padre que dejaría de darte consejos relacionados con el trabajo. La empresa es tuya y solo tuya, así fue como quedamos, pero déjame decirte tan solo que me hagas caso en eso. Confía en otros. No te pongas toda la carga.

Sofía asintió con la cabeza y después me escuchó embelesada mientras nos bebíamos un chocolate caliente y le contaba la última ruta literaria que habíamos hecho, la de *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamázov* en San Petersburgo. Nos habíamos aficionado a leer las novelas antes y mientras visitábamos algunos lugares. *La Divina Comedia* en Florencia o *La Metamorfosis* en Praga. Cuando nos despedimos, parecía más relajada.

—¿Has hablado con ella? —preguntaste en el ascensor, aunque era más una afirmación.

—Sí. Y antes de que me lo reproches, te diré que le he dado algunos consejos. Pero no como socia ni como jefa, tenía que hacerlo como madre, ¿lo entiendes?

Dudaste un segundo antes de asentir.

—Ahora sí. Ahora lo entiendo.

—Creo que las personas somos como edificios.

—Yo creo que esta es otra de tus teorías locas.

—Puede ser. —Me miraste—. Pero es cierto. Piénsalo. Somos como edificios, empezamos siendo apenas un trozo de suelo y cuatro paredes.

—Y luego llega el techo —dije siguiéndote el juego, tan solo porque me divertía escuchar las cosas que a veces se te pasaban por la cabeza, esas pequeñas locuras.

—Exacto. Llega el techo y una y otra planta conforme pasan los años.

—Los rascacielos son gente centenaria —apunté.

—Quédate con la teoría, Valentina. Somos edificios, por eso necesitamos unos cimientos sólidos antes de poder crecer. Y a veces algún pilar está en el lugar incorrecto desde el principio, por ejemplo, y hace que todo se tambalee. O que salgan humedades.

—Odio las humedades.

—Pero también están esos edificios que tienen fachadas increíbles y que por dentro están sucios y casi para derribar. Y, al contrario, algunos que por fuera parecen poca cosa y resulta que tienen hasta patio interior o terrazas desde las que ver el atardecer.

—¿Y qué somos nosotros, Gabriel?

—Tú un ático, desde luego.

—¿Eso por qué?

—Porque siempre has estado arriba, aunque no te dieras cuenta. En cuanto a mí, no sé, no me importaría ser una casa de una sola planta siempre y cuando fuese sólida, ¿me entiendes? De las que se hacían antes,

con las paredes gruesas para que en invierno se conservase el calor y en verano el frío. Nada de estas que hacen ahora que parecen casi de papel.

—Lo serías, Gabriel. Serías una de esas casas.

—Me alivia saberlo —contestaste.

—Tendrías la fachada de ladrillo.

—Creo que la conversación se nos está yendo de las manos.

—Has empezado tú —repliqué.

—Y a ti te falta tiempo para seguirme.

Nuestras miradas se enredaron. Nos sonreímos.

—No entiendo qué está pasando. Me estáis poniendo nerviosa. —Miré a Sofía y luego desvié la vista hacia Amber y finalmente la bajé hasta Eva—. Dímelo tú, cielo.

—¡No puedo, abuela! ¡Es un secreto! —Se llevó un dedo a los labios.

Puse los ojos en blanco mientras ellas reían entusiasmadas.

—Venga, mamá, ponte el vestido o llegaremos tarde.

Sacudí la cabeza incómoda porque, por supuesto, Sofía sabía que no soportaba las sorpresas. Creo que obedecí fácilmente solo porque Amber estaba allí y era una chica demasiado dulce como para montar un numerito para una vez que venía a visitarnos con Pablo así, sin siquiera avisar. De modo que me puse ese vestido de corte recto y de color azul marino que me habían regalado junto a unos pendientes. Después me crucé de brazos.

—Listo. Estarás contenta —dije.

—Pues sí, la verdad. —Sofía sonrió.

—Ahora tienes que darte la vuelta, abuela.

Hice caso, una vez más. Me taparon con un pañuelo los ojos y después sentí la pequeña mano de Eva cogiendo las mías para guiarme hasta el ascensor y ayudarme a subir al coche. Pregunté si de verdad aquello era necesario y todas estuvieron de acuerdo en que sí, desde luego. Ciertamente, lo dudaba. Además, tú no estabas allí, aunque imaginé que te encontrarías con Pablo o Raúl. Me pasé el viaje en coche algo mareada, pero, visto lo emocionada que parecía tu nieta, evité protestar o intentar quitarme el pañuelo.

No sé cuánto duró el trayecto, pero sí sé que cuando salí del coche adiviné que estábamos en la playa. Olía a mar. Amber me cogió del brazo

mientras avanzábamos y estuve a punto de tropezar dos veces antes de que llegásemos al final del recorrido y me quitasen la venda.

Tú estabas allí, recién afeitado y vestido con camisa.

—¿A ti también te han secuestrado? —preguntaste.

—Sin opción a pedir una recompensa, sí. —Miré a Pablo, que se reía a tu lado—. ¿Qué estamos haciendo aquí? —Di una vuelta sobre mí misma y entonces empecé a entenderlo todo. Contuve la respiración—. No me digas... no me digas que lo habíamos olvidado.

—Nuestro aniversario —continuaste tú.

No era el primer año que se nos pasaba.

—Este es especial, papás. Cincuenta años.

Miré a Sofía, incrédula. Luego alcé la vista hacia ti, que empezaste a sonreír lentamente. Cincuenta. Medio siglo a tu lado. Me temblaron las piernas cuando Sofía empezó a explicar que aquello era como celebrar unas «bodas de oro» improvisadas y sin ningún certificado oficial, claro. Amber se apresuró a darme el ramo de flores que llevaba en la mano y yo la besé en la mejilla antes de situarme frente a ti, a unos metros de distancia. Raúl se encargó de la música en uno de esos reproductores que podían llevarse a todas partes y de inmediato sonó *Forever and Ever*, de Demis Roussos. Mientras caminaba hacia ti, empecé a llorar y a reír a la vez, como si estuviese loca. Quizá sí que lo estaba, porque no podía apartar mis ojos de los tuyos. Eva estaba a tu lado y, cuando nos situamos frente a frente, se ocupó de la ceremonia y leyó una carta sobre nosotros y sobre el amor que había escrito ella sola. Si he de ser sincera, se notaba, porque no tenía mucho sentido, pero ¿qué más daba? Solo podía mirarte, sonreír y llorar. Y fue perfecto. Todo aquel día. Todo.

Más tarde comimos en el restaurante que había frente a la playa. Tú estabas pletórico, lleno de felicidad mientras mirabas a tus hijos y presidías

aquella paella gigante de marisco que nos sirvieron. Me cogiste de la mano por debajo de la mesa cuando casi estábamos terminando y los demás se comían el postre. Y ese gesto bastó para emocionarme.

Llegamos a casa agotados, pero con una sonrisa.

Suspiré satisfecha mientras dibujabas otra estrella. Me senté en la cama, ya con el pijama puesto, y alcé la mirada hacia aquellas constelaciones preciosas que representaban cada paso, cada caída, cada vez que nos habíamos vuelto a levantar. Era la obra de nuestra vida. Puntos y líneas conectadas, una pequeña galaxia que solo nosotros entendíamos.

—¿Por qué lloras, Valentina? —Me abrazaste.

—Hemos tenido una buena vida, ¿verdad?

—La mejor. ¿Sabes por qué lo sé?

—¿Por qué? —Te miré, temblando.

—Porque no cambiaría nada si volviese atrás. Miro ahora nuestras constelaciones y volvería a vivir una a una todas esas estrellas, tanto las malas como las buenas.

—Ha pasado demasiado rápido, Gabriel.

—Lo sé. Tienes razón. La vida debería ser el doble.

—A tu lado, el triple.

—El cuádruple.

Nos reímos mientras nos metíamos en la cama. Esa noche, la noche en la que hacíamos cincuenta años, busqué el calor de tu cuerpo bajo las mantas y me acurruqué a tu lado.

—Mi preciosa Valentina... —susurraste.

—No me dejes nunca, Gabriel.

—Nunca —dijiste contra mi pelo.

Un amanecer de invierno

Ocurrió una mañana cualquiera de invierno. No sé si era un martes, un jueves o un lunes. Pero sí sé que cuando me giré en la cama y te vi tumbado a mi lado, el corazón empezó a latirme más fuerte. Porque tú te levantabas temprano, Gabriel, antes de que el sol saliese. Y aquel día la luz resbalaba hasta alcanzar la colcha y las motas de polvo se agitaban bajo la ventana cerrada. No se escuchaba nada, pero existen silencios que son ensordecedores, silencios que son peor que un grito desgarrador. Y en ese instante lo supe. Simplemente lo supe. Lo sentí en el pecho, en la garganta, en la tripa, en el alma. Me quedé sin aire. Te llamé, pero no contestaste. Te zarandeeé, pero no te moviste. Te grité que no me hicieras aquello, pero esa vez no me calmaste, no me limpiaste las lágrimas ni me aseguraste que todo iría bien. Esa vez me dejaste sola. Esa vez dejamos de ser «tú y yo» y, cuando lo entendí, solo pude aferrarme a tu cuerpo frío antes de susurrar tu nombre; apenas un gemido ahogado, apenas un sollozo roto por el miedo que se extendió hasta paralizarme.

El chico que dibujaba constelaciones

Siempre me ha resultado sorprendente lo natural e inevitable que parece la muerte cuando les ocurre a otros, cuando está lejos. Escuchas cosas como «es ley de vida», «todos acabaremos así», o «al menos se fue sin sufrir». Eso no sirve cuando la persona que se ha ido es la que amas con todo tu corazón. No sirve cuando te has ido tú, Gabriel. No me parece ley de vida y no me alivia la ausencia de sufrimiento, porque solo puedo pensar en que deberías estar aquí. Deberías. Mis dedos tendrían que estar entre los tuyos y tendrías que darme un apretón para aliviar el dolor, para tirar de mí y sacarme de aquí, sacarme de tu propio funeral. Y entonces echaríamos a correr. Como antes. Como cuando podíamos hacerlo sin ahogarnos, cuando tú reías con un cigarro entre los labios y te creías el rey del mundo, el de la sonrisa más bonita, el que coleccionaba vinilos y bailaba conmigo en el salón de casa, con el que compartí los buenos y los malos momentos, el que me dio a mis hijos, el que pedía «perdón» casi antes de recordar por qué, el que me enseñó a leer, a crecer y a vivir, el que me miraba como si fuese la chica más especial, la única...

Gabriel, en este mundo es difícil cruzarse con alguien como tú, alguien que siempre sume, alguien que aporte luz y aleje las sombras, alguien que dé sin esperar recibir nada a cambio. Por eso solo puedo pensar en que no es justo. No debería ser así. No debería estar aquí, sin ti a mi lado. Apenas escucho nada. Tampoco puedo abrir los ojos, que están hinchados. Nunca había sentido una tristeza tan profunda, un dolor tan intenso, como si hubiese perdido una parte de mí, como si el mundo hubiese dejado de girar para siempre.

Te has marchado, Gabriel. Te has ido sin despedirte.

Y no estaba preparada. Si he de ser sincera, jamás podría estar preparada para algo así, para soportar esta presión en el pecho que me ahoga y que se hace más grande cuando todo llega a su fin y la gente se aleja y las palabras de pésame se convierten en un murmullo.

Pablo, que ha cogido el primer avión que salía hacia aquí, me abraza con fuerza y solloza. Apenas puedo consolarlo. Apenas puedo alzar la mano para rodearle la espalda, porque estoy rota y ahora entiendo que los pedazos que faltan te los has llevado contigo y ya nada volverá a ser igual. Diferente, quizá, sí. Pero no igual. Cuando entiendo eso, cuando escucho tu voz casi susurrándomelo al oído, me hago un poco más fuerte y logro mirar a tu hijo a los ojos y limpiarle las lágrimas con los pulgares, aunque las manos me tiemblan tanto que no lo consigo del todo.

Después busco a Sofía. Intento calmarla. Intento pensar que es lo que tú hubieses querido, porque era tu ojito derecho, tu pequeña. Sé que odiarías verla así. Te rompería el corazón. Lloramos juntas hasta que el funeral termina y el cielo se oscurece. Insiste una y otra vez en que me quede esa noche a dormir en su casa, pero le digo que no. Quizá le cueste entenderlo, pero esa noche necesito estar en nuestra cama porque es lo más cerca que en estos momentos puedo estar de ti, porque, tal como preveía, cuando me acuesto y apoyo la cabeza en la almohada descubro que todavía huele a ti y se me escapa un sollozo desgarrador al fijarme en tu mesita de noche, en el libro que has dejado a medio leer, en tus gafas junto a un collar de macarrones que Eva te regaló hace unas semanas.

Pienso en ti. Intento recordar todos los momentos bonitos que hemos vivido juntos. Nuestra primera noche en aquel piso, cuando hicimos el amor. Las partes agridulces del camino. El bebé que perdimos. El viaje al camping ese verano. Sofía. La escapada a Madrid. Mi primer empleo. Pablo. Los dulces años ochenta. Nosotros alejándonos. Y nosotros

acercándonos. Los problemas que fuimos superando. Los viajes. Las risas. Las miradas. La complicidad. La confianza. El amor, Gabriel; el amor.

Los recuerdos se enredan en mi cabeza y se agitan con fuerza. Sé lo que tengo que hacer, lo sé perfectamente, pero tardeo una eternidad en inclinarme para abrir el cajón de la cómoda. Luego me incorporo un poco sosteniéndome del cabecero y me atrevo al fin a contemplar nuestra pared, la de las constelaciones, la de la vida que hemos compartido juntos. Me diste muchas cosas que se convirtieron en solo mías, pero esas estrellas no lo son. Eran nuestras. Y hoy ya no. Aquí termina el recorrido. Aquí acaba el «tú y yo», Gabriel. Sabíamos que uno de los dos cargaría con el peso de cerrar la última constelación, pero jamás imaginé que sería tan duro, porque una cosa es pensarlo y otra vivirlo, intentar encuadrar la pared desenfocada con la vista borrosa, unir los puntos, trazar las líneas, cerrar nuestra historia juntos. Saber que gran parte de todos esos recuerdos se convertirán en polvo cuando me reúna contigo.

Al despertar horas más tarde, el sol de invierno me acaricia.

Solo deseo quedarme ese día en la cama contemplando la luz que entra por la ventana. O toda la vida, quizá, no lo sé. Pero levantarme no parece una opción. Hasta que pienso en ti. En tus palabras. En la manera que tenías siempre de tirar de mí, de impulsarme a ser más y mejor, y entiendo que quedarme allí con la nariz hundida en tu almohada no haría que te sintieses orgulloso de mí. Ni siquiera soy demasiado consciente de lo que hago cuando me pongo en pie lentamente, un poco mareada. Avanzo hasta la cocina y me preparo un café.

Después, con la taza en la mano, entro en esa habitación que los dos convertimos en un estudio. Todo sigue igual, aunque nada lo es. ¿Cómo puede ser que nada haya cambiado de sitio y que parezca casi otro lugar? Pienso en ello mientras enciendo el ordenador y me siento delante

ahogando un sollozo que me atraviesa y se apodera de mí durante unos minutos.

Luego vuelve la calma, el esfuerzo por respirar hondo.

Deslizo los dedos por el teclado con suavidad.

Pienso en ti. Abro un nuevo documento, uno que va a ser solo mío, uno en el que necesito volcar todo esto que siento, el dolor lacerante, el amor por ti, la rabia, la ternura, los sentimientos atrapados en un cuerpo que ya no puede contenerlos.

No dudo antes de elegir un título y sonrío con tristeza y con nostalgia al pensar que puede que para los demás solo fueses un hombre de setenta años con el pelo canoso y las mejillas arrugadas, pero para mí siempre seguiste siendo el chico que dibujaba constelaciones.

Y entonces empiezo a teclear.

Al principio despacio, después más rápido.

«Recuerdo como si fuese ayer la primera vez que te vi.

Tuve la sensación de que un imán me obligaba a mantener los ojos sobre ti y de inmediato se me calentaron las mejillas. Inquieta, apresuré el paso mientras abrazaba la bolsa de ganchillo en la que llevaba una barra de pan aún caliente».

Lo releo despacio, saboreando el momento.

Sintiéndote cerca de nuevo.

Abrazando nuestros recuerdos.

Porque este será mi «hasta pronto».

FIN

Agradecimientos

Este proyecto llevaba mucho tiempo esperando su momento, pero un día cualquiera los personajes empezaron a susurrarme su historia y ya no pude parar de terminarla. Y eso es gracias a ellos, a mis abuelos. También a mis padres. Y a mi suegra. Todos me ayudaron a documentarme regalándome sus propios recuerdos y anécdotas de la infancia. También están los míos; el taller de tapicería, la puerta 16 de esa tercera planta. Los polos de menta, los libros, los castillos en la arena, las canciones, los vinilos, los caramelos de nata y los veranos en el campo. Ha sido especial y reconfortante ir entretejiendo esta historia más íntima y llena de nostalgia. Gracias por todo. Por una vida entera. Por enseñarme tanto.

Valentina y Gabriel llegaron en un momento en el que necesitaba escribir y estaba un poco desconectada del mundo, así que me puse a ello como si no existiese nada más, como cuando las palabras simplemente fluyen sin pensar. Por eso no mucha gente sabía en qué estaba metida, pero sí compartí estas semanas raras con Dani y con Neïra, Saray y Abril. Gracias infinitas por acompañarme y «estar». También a todas esas personas con las que vivo el día a día, a compañeras y amigos, ellas saben quiénes son.

Y a J, siempre. Me he pensado mucho qué frase dejarte en esta ocasión, pero sabía que sería una de Gabriel. Tenía que serlo. Y es que, como él decía, «los recuerdos malos también somos nosotros», tú lo sabes bien. Sabes que tiene su parte bonita.